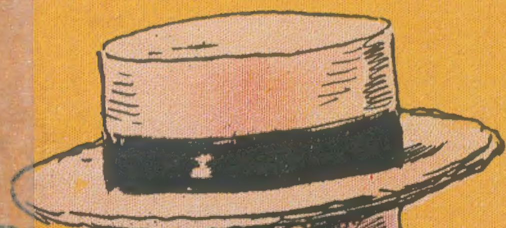
Fray Mocho



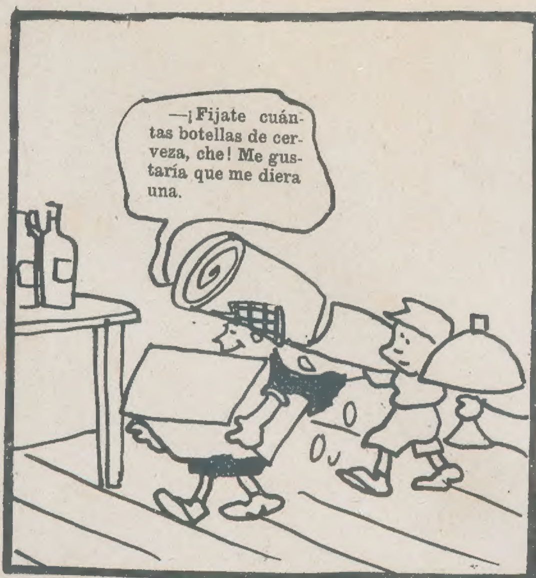


—¿Qué hace, amigo?
—Estoy escogiendo concejales para las próximas elecciones.

PAGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí





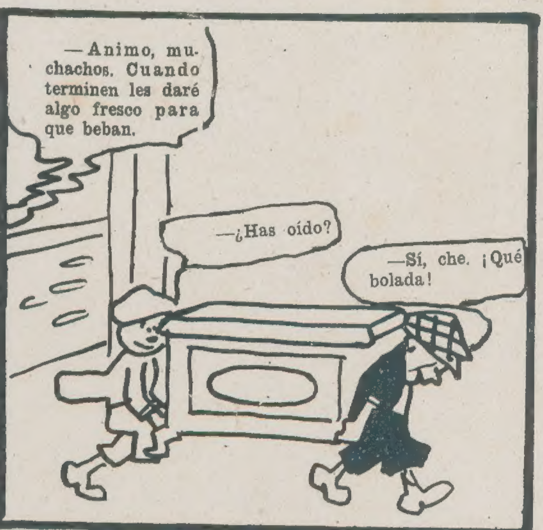




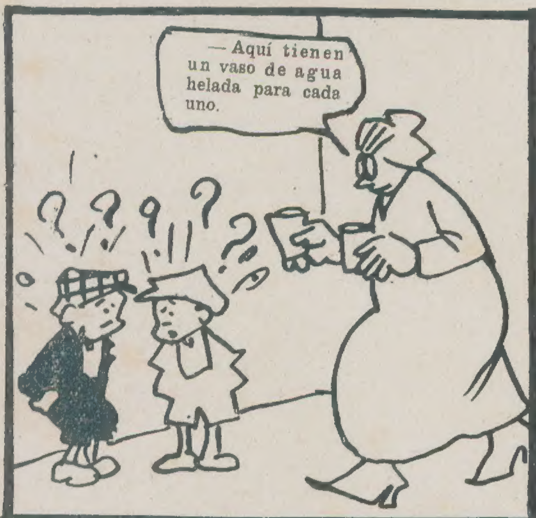




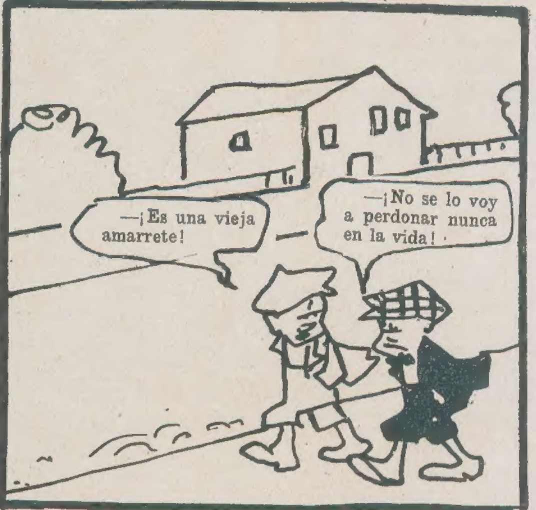












FRAY MOCHO

Año IX — Buenos Aires, 9 de noviembre de 1920 — Núm. 446

Otra vez el precio del pan y los alquileres

En medio de la discusión inacabable de los sistemas para abaratar la vida, cuando el alza o las alzas anteriores estaban aún muy lejos de ser aceptadas por la mayoría del público, un nuevo aumento en el precio del pan, vino el 1.° del corriente a sorprendernos y a desagradarnos.

Como siempre ocurre en casos de análogos atropellos al bolsillo popular, las explicaciones del fenómeno abundan, las teorías se multiplican; la tinta, el papel y la dialéctica desempeñan un papel importantísimo en el examen de los antecedentes y consecuencias de la catástrofe... pero la calamidad no se remueve.

¿Qué guerra, qué desastre, qué fundamental trastorno en el orden económico de Buenos Aires obligó a los patrones de panadería a declarar el lunes de la anterior semana, que desde esa fecha el precio del pan se aumentaría a razón de diez centavos por kilo?

"El aumento constante del precio de las harinas — dijeron, como si hablaran de una epidemia irremediable o de la invasión por el enemigo — nos obliga a ello, con la advertencia de que si no se toman medidas por quien corresponda, seguirá elevándose el precio."

De manera que el daño se divide en dos partes: una, la actual, que ya pesa insoportablemente sobre los hogares pobres, y la otra, la del porvenir, que equivale a la pérdida completa de la más lejana esperanza de mejoramiento; antes bien, "si no se toman medidas por quien corresponda", la actual calamidad podrá parecer dentro de algún tiempo alegre aventurilla de la edad de oro...

Nadie dudará, en presencia de tan pavoroso cuadro, que ha llegado el momento de aplicar "por quien corresponda", el remedio rápido y seguro que la situación exige.

Ahora bien, el médico no puede ser otro que el gobierno, habilitado por una ley ruidosa para producir el abaratamiento oportuno, mediante los recursos de los 50 millones que ya ha producido el impuesto a la exportación expresamente creado con ese objeto.

La adquisición del cereal indispensable, su entrega a los molineros para la consiguiente fabricación de la harina y el expendio de ésta a bajo precio, son operaciones sucesivas que dependen de la iniciativa oficial, y que producirían por efecto mecánico, el alivio económico que se busca.

Otro tanto cabe decir, paralelamente, del problema de los alquileres.

El fracaso de la ley proyectada para contener el alza, ha producido un movimiento de reacción entre los propietarios, y ésta es la hora en que un nuevo aumento se notifica a los inquilinos.

Hace ya tiempo que el desequilibrio entre la oferta y la demanda de locales ha traído el presente desbarajuste; pero si lo natural es atenerse a las soluciones económicas espontáneas en épocas normales, nadie duda que en tiempos de crisis corresponde a los poderes públicos dictar medidas de emergencia para prevenir daños mayores.

Tanto el asunto del pan, como el no menos pavoroso de los arrendamientos, como los relacionados con otras alzas de precios que amargan la vida del pueblo, debieran suscitar la preferente atención de las autoridades, las que ya habrían dictado medidas salvadoras si contaran con el órgano indispensable, con la junta nacional de subsistencias, de la que tanto y tan estérilmente se ha hablado.

La canción del reloj

En esta primavera reinante; en las noches cuando el alma nota la percepción de su musa eximia, de esa musa que lejos nos recuerda o entona el último poema concebido para ella, cuando aletea en la mente el "pajarillo azul" de que hablaba Rubén, la sombra es como el símbolo del dolor universal y cada estrella refulgente cual la imagen de una esperanza. Entregado a meditar en mi aposento, solo, allí donde no llega el más leve rumor, parece que el alma de las cosas me trajera la esencia de otra alma acaso hermana, que goza en la idealidad de mis sueños. En ese aposento sombrío, entre libros polvorientos y cuadros vetustos, ya percibiendo el hálito de las rosas que lucen los floreros, rosas que me recuerdan otras rosas acariciadas por manos sutiles, o que han dormido sobre la albura de un seno tibio, allí en la calma augusta he escuchado muchas veces la canción del reloj, de ese viejo reloj que hace más de dos lustros descansa sobre mi escritorio.

No puede mi ser aguzado, que ama la belleza en sus variadas manifestaciones, permanecer impasible ante su eco inarmónico.

El reloj es un sereno en la noche, que con su ton-ton nos grita al oído: "Mortal, van pasando las horas y tú tranquilo, haciendo caso omiso de lo que te rodea, te deslizas por la pendiente de la vida. Marchas atado al carro de tus triunfos, de tus locos afanes, ya venciendo obstáculos con la casualidad, ya recogiendo intrigas, cuando la Muerte, la vencedora me dice que te recuerde con mi ton-ton inarmónico, que el tiempo huye y que los hombres, al decir de Nervo, también "pasan como las naves".

¡Cuántas veces he elevado el pensamiento hacia las regiones del ideal supremo, en la calma hierática de noches largas, percibiendo el ton-ton del reloj amigo que hiere la majestad del silencio!

No es por escepticismo ni menos por una depresión moral, que en las noches de esta reinante primavera que engalana de flores mi huerta, siéntome embargado por exóticas sensaciones al escuchar en mi aposento la canción del reloj, de ese "mueble inútil", como le llamaba Mármol, el poeta de nuestra historia. Es intensa la impresión que recojo, cuando anhelo dar rienda suelta al corcel de la inspiración y me substrae el eco de ese guardián de mis vigilias nocturnas. Es el compañero impávido que todo lo observa, cuando la fugitiva visión de la musa llega a la soledad para reanimarme, o invitame a proseguir tejiendo mis versos en la rueca de mi fantasía.

¡Oh!, viejo reloj, yo despierto una memoria cada vez que te escucho; en tal hora me digo: disfruté de la magnificencia de aquel paisaje; a esta otra, recogí tal emoción; y en tanto señalas con tus agujas de acero las horas, me das las evocaciones del pasado, de lo que no tornará jamás.

Sigues tu marcha incólume y mi alma también continúa su ruta en el tiempo que tú le señalas; y en ese tiempo recoge inquietudes y maledicencias, pero se resguarda siempre en su amor infinito presintiendo la muerte.

¡Oh!, tu canción, reloj de mis noches, que interpretas mis ensueños. Escuchando tu ton-ton, no puedo menos que pensar con Amiel que "el tiempo que tú marcas no es sino el espacio de nuestros recuerdos".

Me he habituado tanto a tu aviso, que cuando me entrego a mis quiméricas visiones y pugna por brotar el verso, si no estucho tu tic-tac me parece que falta algo en mi soledad. Es que mi espíritu, al ir cantando por esos mundos de la fantasía, necesita de tu inarmónica voz, porque además de interpretarte sabe que tú eres el compañero de sus noches largas, y además que le reservas—pues no eres explícito—la hora que marcarás cuando la muerte lo arranque de su pobre envoltura.

¡Oh, cancionero de mi soledad, que me alegras a veces y otras entristeces, quién sabe si no enmudecerá tu voz el día en que deje de hilvanar mi canción!

Félix B. VISILLAC.

Ezio Bellelli

Después de un rudo período de trabajo, el señor Ezio Bellelli, administrador general de FRAY MOCHO, y copropietario de la revista, se retira momentáneamente de las funciones activas.

Nadie habría ganado a más legítimo título el derecho a cierto descanso provisorio, cuando en plena madurez de la vida, se puede observar, como él, lozanos frutos de su actividad y de su inteligencia dondequiera que interpuso su esfuerzo.

Pero el señor Bellelli es un "incansable" por naturaleza. El viaje a Europa, que en breve emprenderá, ha de resultarle, más que un asueto, un simple cambio de hábitos, ya que FRAY MOCHO tendrá siempre, de cerca o de lejos, la colaboración eficacísima de su obra.

Más adelante, nuestros lectores han de tener oportunidad de apreciar en toda su importancia lo que nos permitimos insinuar ahora en el sentido de los progresos materiales que ha de experimentar nuestra publicación gracias al concurso que desde Europa ha de prestarnos el señor Bellelli, lo mismo que a su regreso, apoyados, naturalmente, por el constante favor del público.

En reemplazo del administrador que se ausenta, ha asumido esas funciones nuestro director, el señor Carlos Correa Luna.

Celebración de la Semana de Galicia

El domingo, con las alegres fiestas de que la prensa diaria ha proporcionado menuda información, se inició la llamada Semana de Galicia, en recuerdo de la bella provincia española, cuyos hijos que entre nosotros residen, constituyen una legión de esforzados y cultos trabajadores.

Terminados ya los números del interesante programa en la quinta de Juan Bautista Alberdi y Lacarra, y celebrado el que correspondía a la Asociación Patriótica, donde la elocuencia de don Faustino Martínez Santander conquistó tan merecidos aplausos, proseguirán hoy los festejos con el gran banquete de la Casa de Galicia en honor de la prensa argentina, de la española y del jurado de los juegos florales, realizándose mañana por la noche un festival infantil y un concurso de declamación para menores de 12 años.

El 11 habrá concurso de alalás y otros aires regionales.

El 12 se efectuará una visita a las cárceles, con reparto de obsequios a los presos; a las 16 se procederá en la Casa de Galicia a la entrega de premios a los niños que hayan tomado parte en la fiesta del día 10, y por la noche se realizará en el teatro Avenida una función en homenaje a la memoria de la pensadora gallega Concepción Arenal.

La noche del 13, en el teatro Colón, se distribuirán los premios de los juegos florales, anunciándose también una velada en el Centro Gallego de Avellaneda.

El 14, a las 10, será inaugurada una placa en la calle Concepción Arenal. Por la mañana y por la tarde continuarán las carreras y demás concursos en la quinta antes mencionada, en la que, a las 10, se oficiará una misa con sermón por el padre Blanco, siguiendo la procesión, con las imágenes de la Virgen del Pilar y Santiago Apóstol.

A las 12 se realizará el "xantar" que la Casa de Galicia dedicará a los señores Piccardo y Cía.

Durante la Semana Gallega todas las noches se efectuarán verbenas en los jardines de la Casa de Galicia.

LA MUERTE DEL REY ALEJANDRO

por Enrique OSÉS

Era costumbre de antes—de antes del bolchevikismo—que la muerte de un rey se anunciara en todo el mundo por los medios más estridentes, bocinas, cañonazos, etc.

Aquí, vulgares imitadores, de lo bueno y lo malo, hacíamos otro tanto, y los diarios que tenían la suerte de poseer una sirena, cuando sucedía tal cosa, estaban de parabienes, pues que les daba ocasión de usarlas.

Indudablemente, aquello que se repite, cae en la vulgaridad. Y esto no sabemos si lo dijo Perogrullo, pero debió decirlo. Vino la conflagración y hoy el emperador de Austria y rey de Hungría, mañana el zar de todas las Rusias, otro día una abdicación y al otro una fuga, la danza de las coronas se hizo frenética y las sirenas no hubieran tenido tiempo de enmohecerse, de haberse seguido con la costumbre.

Pero ya lo que era un acontecimiento que se comentaba y discutía en todas partes, había pasado a la categoría de cosa sin importancia mayor, y, ante la indiferencia general,—por lo menos de las partes poco interesadas, como nosotros—las sirenas enmudecieron, con muy buen acuerdo, por cierto.

¿Valía la pena alborotar por cosa al fin y al cabo tan natural como la muerte de un rey?

No era esa la razón, con seguridad. Era, sencillamente, que no había por qué echar a vuelo las campanas y repicar fuerte por tal motivo, cuando a diario la crónica debía registrar acontecimientos de trascendencia universal, y no repicaban, sin embargo.

Así, el zar Nicolás fué hecho desaparecer con toda su familia, Guillermo de Hohenzollern huyó a Holanda abandonando el trono imperial, Constantino I abdicó, Francisco José murió, y las sirenas de los diarios grandes permanecieron mudas.

Así también, murió el rey de los helenos, Alejandro de Grecia, y tal vez desaparezcan otras monarquías, y las sirenas callarán.

¿Bolchevikismo? Nada de eso.

Mayor comprensión de las ideas y los sentimientos que dominan hoy en el mundo, nada más.

Ciertamente que la muerte del rey Alejandro tiene sus complicaciones, y ya se han encargado otros de señalarlas, antes de ahora; pero este aspecto de la cuestión, con ser el más importante, no lo es para el objeto de estas líneas, que no contemplan ese deseo sino en su faz sentimental, que la tiene.

Hay en la corta vida de Alejandro de Grecia, por su misma juventud, muy pocos rasgos que le hagan sobresalir del común de los mortales, a excepción de uno, su matrimonio con la señorita de Mannos.

Esto es casi del dominio de la fantasía, y fantasía romántica. Un personaje de sangre real, que tiene probabilidades de llegar a reinar sobre un pueblo y que desdeña esas probabilidades, no muy remotas, para casarse por su voluntad, con quien quiere. Este no es rasgo de príncipe, seguramente, o de príncipe de nuestro siglo, en último caso.

Y si para conseguir tal objeto los protagonistas de la aventura tienen que vencer obstáculos y tropezar con intrigas, ya tenemos material para una novela, que costaría bien poco escribir.

Hay, ante todo, el gesto viril de un hombre, que rehusa las prerrogativas de su rango, las satisfacciones de su posición, por satisfacer un impulso del corazón.

Hay el amor de una bella mujer, bella y humilde como en los cuentos de hadas, que sueña con su príncipe azul; por lo menos Alejandro si no era todo azul, tendría la sangre de ese color privilegiado.

Hay la atención expectante de la familia real entera, en el rebelde, y la mirada al parecer indiferente, pero atenta, de dos o tres potencias extranjeras que siguen el desarrollo de la aventura.

Hay las intrigas palaciegas, temibles por lo solapadas, que se disfrazan de sonrisas; la sorda lucha para impedir el triunfo; luego una guerra fantástica que tiene por soldado de las filas del derecho, al mismo príncipe enamorado; más tarde las dos victorias—de la libertad y de los jóvenes protagonistas. Más adelante, el destino que se interpone y las potencias que ayudan al destino (o son acaso el mismo destino); la exaltación al trono, y, por fin, hay el drama, esa pincelada dramática final, sin la cual una novela romántica no es una buena novela y deja malhumorados a sus lectores.

Esa nota sentimental es el rasgo más sobresaliente en la vida de Alejandro de Grecia.

Porque su ascensión al trono, su misma vida de monarca con corona, es insignificante.

Era un rey a la moda; un rey todavía admitido en nuestro siglo; con parlamento y con un primer ministro que lo era todo. El firmaba—el formulismo de la firma real—y se dedicaba con todo corazón a su vida de esposo y a sus aficiones de sportman.

En realidad era un buen rey, que no molestaba sino a algunos pretendientes. Sin éstos, quizá hoy no escribiéramos la presente crónica.

Lo que sigue es conjetura, pero basta nada más que un poquito de perspicacia, o si se quiere de fantasía, o de mala intención, para figurarse todo lo que ha sucedido antes de la muerte de Alejandro.

¿Hay un interés en su desaparición? Sí: y tal vez más de uno.

Obligado Constantino I, su padre, a abdicar, por las potencias extranjeras que veían en él un enemigo de su política, sube al trono, pasando por sobre el heredero legítimo, su hermano mayor, por voluntad de la asamblea constituyente que manejan las potencias y Venizelos.

La esposa que toma es una señorita burguesa, que queda por su casamiento, que además aprueba la Iglesia griega, en rigor reina de Grecia, pero a quien, según las leyes, no se puede considerar como tal.

El viejo lema policiaco: "Cherchez la femme", ¿no se podría aplicar en este caso?

Se habló a su tiempo de la reina Sofía, madre de Alejandro, y suegra mal de su grado de la señorita de Mannos, presentándola como principal enemiga del matrimonio de su hijo con una plebeya, pero quién sabe hasta qué punto podría haber llevado su despecho por la derrota sufrida.

También está el partido "realista", el de su padre, poderoso y con ambiciones, que alentó siempre las esperanzas de una vuelta al poder de su jefe.

¿Y el príncipe heredero legítimo?

Casi se podría asegurar, pues, que la muerte de Alejandro responde más a maquinaciones de los hombres, que a sentencia del destino.

Y en este caso, ni se emplea el puñal de Ravaillac, ni la manzana del duque de Anjou, ni la emboscada de Enrique III, ni el libro de caza de Carlos IX.

Un mono, un inocente mono, previamente envenenado, es el instrumento que se emplea.

La mordedura es mortal y Alejandro de Grecia muere sin sucesión que lo reemplace en el trono.

Por lo menos, hay originalidad en el método. Entre los asesinos de reyes, faltaba un mono, y ya tenemos uno.

Y aunque luego los padecimientos, los dolores, las alternativas de esperanza y desaliento son las mismas de otros casos parecidos, tal originalidad hace interesante el desenlace de la novela que se escribirá algún día.

Queda el broche, el último capítulo; la situación de la señorita de Mannos, reina sin corona, sin esposo ni amigos.

Indudablemente, es un triste final de su sueño de cuento de hadas.

En fin: "¡El Rey ha muerto: Viva el Rey!"

Aunque sería más original y novedoso, escuchar este otro grito:

"¡El Rey ha muerto: Viva el Presidente!"

DEL GREMIO. — Rodolfo N. Luque, por García Beltrán



Secretario de redacción de "La Prensa" y abogado con chapa, estudio y ponderada clientela. Hijo de la muy docta Córdoba. Trabajador infatigable, hombre de fósforo y óptimo amigo. De aquella fué soldado raso, vale decir reportero. Luego, ascendió sobre el campo de las cuartillas. No es coetáneo de Fernández Cuevas ni del comandante José Sandalio Sosa.

ERES

Fuego la boca, las pupilas fuego,
Venus el cuerpo y la palabra ruego.

Milagro de armonía inconcebido,
de color y de luz, forma y sonido.

Belleza en tu alegría, en tu tristeza,
en tu gesto, en tu andar... ¡toda belleza!

De lirio palidez, rojo de dalia,
gloria de suavidad, fuente Castalia.

Fuente Castalia que arrebata al cielo
su alba, su ocaso y su nocturno duelo.

Maga de ciencia del Amor, del Arte,
de tu ciencia inmanente quiero parte.

Para que sean mis cantares sabios
debo en tu linfa refrescar mis labios...

Será un minuto eterno... he de rimarlo.
Hallaré en mi sentir para expresarlo,

Cuando en tu efluvio espiritual me anegue,
la palabra que el léxico me niegue.

Horacio H. SIVORI.

POR LA GLORIA

—¿Has leído el último poema de Rubiales?

—¡No había de leerlo!... Es algo monumental.

—¡Pocos poetas hubo en lo que va de "mundo" tan inspirados como él!

—¿Pocos? Ninguno, créamelo usted.

El nombre de Jacinto Rubiales, desde hacía tres años era admirado y aclamado... El pueblo todo le adoraba, y era justificada aquella adoración... Jacinto Rubiales era un excelente poeta. La opinión pública y la crítica siempre fueron unánimes en proclamarlo "excelente"... Sus retratos, sus caricaturas honraban revistas y periódicos... Y a pesar de que era feo—porque era feo y desentonaba su rostro de facciones duras con sus poemas delicados,—Jacinto Rubiales era extraordinariamente afortunado en el amor. Las mujeres se lo disputaban como un objeto de arte, y mientras un objeto de arte lo "conquista" aquel que más da por él, a Jacinto lo conquistaba aquella mujer que mayores encantos reunía y le ofrendaba.

Sin embargo, su trato, sus expresiones, su cultura, en fin, negaban a Jacinto Rubiales aquella facilidad de concepción de que se enorgullecía, aquel su arte supremo, aquella su gracia inimitable y sobre todo aquel talento que fluía de cada estrofa... Cada vez que sus amigos improvisaban un banquete o una reunión para obsequiarle, Jacinto se negaba en absoluto a brindar... No, no, nada de obligarle a hacer uso de la palabra o a improvisar... El, sí, se confesaba tan excelente poeta como pésimo orador; .y era—según él—insensato sacrificar una reputación por un alarde o un capricho...

Y a medida que el tiempo corría la fama de Jacinto hacíase cada vez más sólida. Su firma, al pie de una poesía o de un artículo crítico, era una garantía de verdad y de perfección:

—Pero, ¿no ves que firma Rubiales?...

—Es verdad; firma Rubiales.

Ahora bien; Jacinto Rubiales era un excelente poeta... ¿Pero era él, Jacinto Rubiales, el excelente poeta? No. El verdadero poeta éralo otro, un tal Rodrigo Campollano, un fracasado... pero un genio...

Tras un sinnúmero de tentativas Rodrigo Campollano había sacrificado su ideal de toda la juventud... El orgullo y la envidia de aquellos que—quién sabía por qué medios—habían triunfado "momentáneamente", fueron para él vallas insalvables... Su talento, superior, claro, limpio, era un peligro. No era posible que Rodrigo, un ilustre desconocido, con su primera obra pasase por sobre todos para ocupar la vanguardia de los talentos de su generación... No, no; Campollano no debía prosperar en el camino de las letras... Campollano era un pobre diablo, un bohemio casi...

Y un día en que, convencido de su mala estrella quiso romper la pluma y no pensar más en los efímeros goces de la popularidad, Jacinto Rubiales, hombre de dinero, sediento de glorias, le habló al corazón... Media hora de conversación bastó para que entre ambos se sellara un pacto... Campollano escribiría y Rubiales, gracias a su dinero primero y a su "fama" después, publicaríalo todo con su firma entregando intactos los réditos a Campollano...

El compromiso moral entre los dos hombres fué solemne. Campollano juró por su hijita muerta no descubrir jamás aquel "chantage", y Rubiales—a su vez—juróle respetar su palabra de cederle íntegros todos los rendimientos de sus obras...

Y así pasaron tres años. Mientras Rubiales hacía famoso su nombre, Campollano mejoraba a grandes pasos su situación precaria... Su hogar, siempre abandonado y triste, pronto fué un nido de venturas y de alegrías... Ante la felicidad que envolvía a su esposa y a sus hijitos, Rodrigo no tuvo "celos" de su "amo", de aquel hombre inculto e ignorante que sólo por ser rico le había usurpado esas glorias con que siempre soñara...

Pero un día, el azar, el Destino, la fatalidad acaso, cortaron las relaciones entre Rodrigo y Rubiales... El motivo fué nimio pero trascendental... Rubiales, ebrio acaso, había ofendido a Marta, la esposa de Rodrigo... Y aunque no fué grave la ofensa, Rodrigo no quiso perdonar a aquél, previendo futuras y mayores ofensas; porque Rubiales, ahito de todos los placeres y de todas las bellezas iba rodando a un abismo de vicios y de miserias...

Y roto aquel pacto que a uno diera la gloria y al otro el bienestar, Rodrigo y Rubiales se separaron para siempre, para no volver a unirse jamás... Si bien Rodrigo, ofendido, en venganza pudo hacer público el "chantage", no lo hizo; su juramento, aquella invocación de su hijita muerta, eran algo sagrado para él... y se concretó a vivir en silencio, siguiendo paso a paso, a hurtadillas, la carrera de Rubiales...

Y Rubiales, el excelente poeta, el crítico sensato, frente a sus compromisos con editores y directores—que no querían disculparle aquel "inmenso cansancio cerebral" que alegaba—se sintió naufragar...

Y ante el inminente derrumbe de su pasado glorioso quiso, por lo menos, salvar su nombre de la catástrofe, legándolo limpio y glorioso a la posteridad...

Una mañana amaneció muerto en el lecho y su muerte fué atribuída a una pena de amor...



El color del iris del ojo y el clima

Los climas influyen en el color del iris. También las enfermedades del individuo. Los habitantes de los climas fríos suelen tener el iris azul; verde por degeneración o por transformaciones especiales debidas a la combinación de "azul" con "ocre". Muchos iris que al principio parecían azules o castaños, al mirarlos de cerca con lente (yo tengo una arreglada por mí con tres puentes) se divisan manchas, radiaciones de otro color o el originario azul-castaño, castaño-azul, ocre-azul, etc. Es indiscutible que los medicamentos producen una coloración especial, por ejemplo, bromuro, puntos blanquecinos parte superior del iris. Quinina, líneas de color amarillo en el iris azul degenerado en verdoso. Intoxicación por alimentos, aureola más obscura al centro (región del vientre) más o menos apartado, según si pertenece al estómago, al intestino delgado o grueso.

Hay obras muy buenas que se pueden estudiar estos misteriosos signos que por los cuales yo he podido saber el estado del organismo de mis pacientes con toda exactitud, pues estoy seguro que esto ha de ser el diagnóstico del porvenir.

Prof. FERRANDIZ
Del Sanatorio de Lemán (Suiza).

Luis Macaya, artista del lápiz y del pincel

Las cosas de su vida y de su "astudio".—Monos, vírgenes y apuntes futuristas. — Una carta de Marinetti.

Analizar un verso es algo tan cruel como analizar una flor. Lo mismo que un cuadro. Igual que una estatua. Es buena o mala. Nada más. Nos da una impresión de belleza o nos arranca un gesto de disgusto. Pero medirlo ¿para qué?... Si un verso os canta en el alma, al pasar por los labios, es porque tiene por lo menos un gramo de divinidad. La divinidad de las obras de arte es el alma. Yo creo esto, —firmemente. — Por eso al cruzar por las bohardillas bohemias, o por las salas de arte, no hago más que entregarme a la emoción, y dejar que ella haga en mi alma su efecto...

Macaya, por su continuo trabajo en las revistas, ocupaba un puesto en la galería mental de mis candidatos. Me ofrecía el asunto sutil que necesita una crónica. Fuí a verlo. Yo tenía con él relaciones espirituales, desde que aquella revista de la noble acracia que se llamó "Libre Palabra" publicara una vez un aguafuerte donde palpitaba toda un alma de artista, que conoce las torturas de la vida, y que sabe pintar en la cara de un muñeco ese rictus de amargura que llevamos nosotros mismos, después de haber gozado la miel de un beso y la amargura de una traición... ¡Torturados eran aquellos hombres que pintara Macaya, y que han quedado grabados en mi mente a través de los años...

* * *

Rivadavia 600 y pico. Las cuatro de la tarde. Subo. Dos golpes en la puerta del "astudio", y un hombre bajo de estatura, de cara sonriente, de modales sencillos, que me tiende la mano, desde dentro de un guardapolvo.

—¡Salud!

—Salud.

—Vengo a enfocarlo para una de mis crónicas relámpago.

—Pase. Pero no enfoque. ¿Qué crónica puede usted hacer conmigo?

—Veremos.

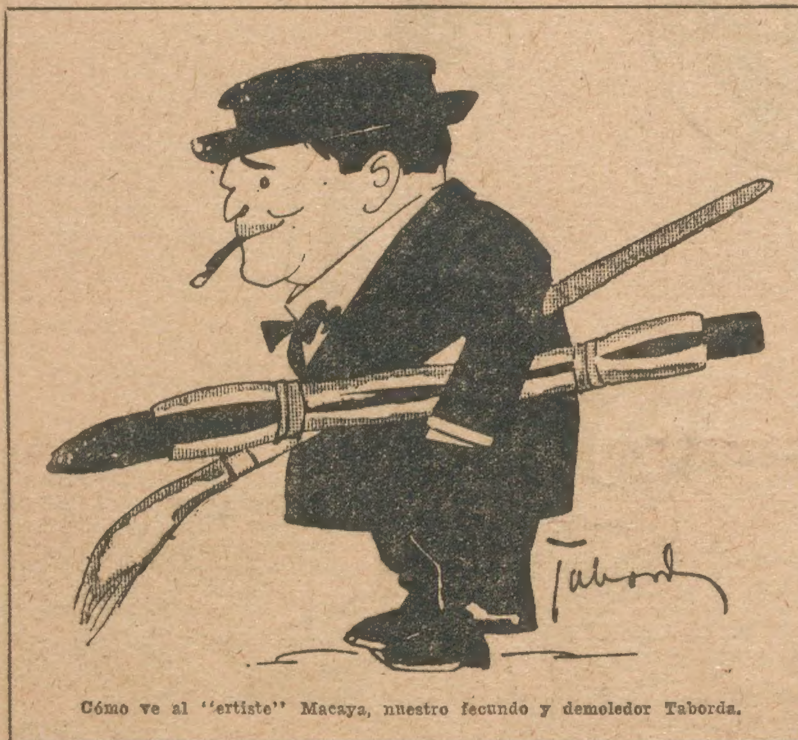
—No.

—Sí. (Y mientras esto pasa, yo veo con asombro que Macaya no ha ensayado posturas. Ni gestos. ¿Cómo? ¿Me encontraré ante un artista sin "pose"? ¿Me encontraré ante un hombre tan ingenuo que no sabe que la vida hay que vivirla con decorado, con "maquillage"? El caso es que Macaya no quiere deslumbrarme con posturas de escenario...

Fácil, juguetón, sencillo hasta la quintaesencia, me mira y sonríe... De vez en vez, hace un rasgo sobre una cartulina. Jugando. Riendo. Y sobre la página blanca van naciendo a la luz Doroteo y Timoteo, los aventureros que de noche danzan en el cerebro blanco de los niños sus cosas raras...

Sobre las paredes del estudio hay una multitud de monos, de vírgenes y de estudios futuristas, y, en un marco, una carta de Marinetti. El loco italiano le felicita desde aquella tierra, y en un párrafo de sinceridades le llama "fratello".

Pero, por sobre las caricaturas, los monos y los futurismos, hay también cuadros serios, de una belleza grande. Son desnudos casi todos, donde Macaya, huyendo de la nota rápida que el grabador reclama, ha puesto más alma, más sentido, más nervio, más arte.



Cómo ve al "ertiste" Macaya, nuestro fecundo y demoledor Taborda.

—Cuénteme cosas de su vida. Hágame en dos palabras la historia de su primer dibujo...

—Bueno, le diré. Mi vida no tiene nada digno de la linotipo...

(Comprendí que mentía: él siguió):

—Desde pequeño, allá en mi pueblo, mis únicos juguetes fueron un lápiz, una pared o un pedazo de papel; y pintando con mi mano alocada de chiquillo travieso esas cosas que pasaban, o las que yo soñaba, me pasaba las horas... No tuve nunca un aliciente. Nadie hizo un elogio de mis cosas. Muy al contrario, alguna vez me pegaron por haber "manchado" una pared, o por pintar al señor cura, un tío muy gordo, muy gordo y con la nariz muy colorada... (por efecto de la sangre de Dios...)

—¿Y después?

—Después fuí pintor de paredes. Yo no podía dejarme derrotar por la vida. Era mi ley luchar con un pincel. Desde Cataluña me fuí a París. Allí, con Alejandro Sux y con otros que fueron bohemios, revolucionarios y líricos... seguí mi lucha a brazo partido, alegremente, con mucha ilusión, cantando en el "cuore". Nuestro palacio en la ciudad luz, era la bohardilla de las célebres locuras. Recuerdo un caso memorable.

—Cuente.

—Vivíamos en el Barrio Latino. Nuestras cosas marchaban tan mal, que debíamos catorce meses de alquiler. La dueña de la casa, cansada ya, nos demandó... Cuando vencía el plazo,—una noche más obscura que ninguna—la víspera del desalojo, Sux me habló del suicidio... ¡No era posible luchar más! Entonces... Entonces por no tomar una determinación tan extrema, transamos... y varias dosis de éter nos sumergieron en un sueño tan profundo, tan enorme, que cuando los encargados del desalojo llegaron a nuestro lírico rincón, donde cantaba la miseria a dúo con nuestra riqueza ideal, nos creyeron muertos... Nos llevaron a la Morgue... "Le Matin" habló aquel día de dos artistas de talento, que habíanse suicidado, víctimas de los rastacueros... Entonces una miss, histérica, coleccionista de prendas célebres, pagó dos mil francos, por mi chaleco de fantasía...

—¿Y qué más?

—Si yo le contara, se llenarían mil cuartillas, pero son cosas íntimas que sólo tienen importancia para mí. Cosas cuyo perfume de juventud nos queda para aliviar la bruma de los años viejos. Nada más...

* * *

Yo sé que Macaya, por modestia, no quiere seguir. Parece como si quisiera silenciar todas las aventuras en que la vida lo hizo ser héroe, hasta llegar a esta hora tranquila que vive hoy. Sobre su mesa de trabajo los pedidos apremian. Las revistas traen a diario sus trabajos. Y Macaya vive feliz. Sabe que cada una de sus líneas es pan... Pan para sus hijos, porque el muchacho inquieto que desde los primeros años soñara raras aventuras y batallas fantásticas en busca de la gloria, ha comprendido ya que la gloria más grande es la gloria de un hogar, de un nido, donde el cariño reina, la felicidad...

* * *

Me despido. Al estrechar la mano habilidosa que el artista me tiende, sonriente y feliz, yo me río mirando de reojo la carta del futurista Marinetti... El futurismo de Macaya es el mañana de sus hijos... El pan... La escuela... El trabajo.

Y por primera vez, comprendo la utilidad brutal de los relojes...

Isaac Morales (h)

Donde no es posible ahogarse

A Rafael Clavijo.

Los manantiales de Salsso-Maggior (Italia), son muy notables por la circunstancia de que no es posible ahogarse en sus aguas.

En ellas pueden bañarse y cometer cuantos atrevimientos quisieran desde el nadador más temerario hasta el bañista más pusilánime, porque por mucho que hagan, siempre quedarán a flor de agua.

Las aguas de Droitwitch, en Inglaterra, ofrecen iguales ventajas, sólo que tanto en éstas como en aquéllas hay que tener mucho cuidado de no mojarse los ojos, so pena de sufrir agudos dolores.

El secreto de la imposibilidad de irse a fondo en ambos lugares es muy sencillo, todo estriba en que las aguas están trece veces más cargadas de sal que las del Océano, y por tanto, son mucho más densas.

R. Rodríguez de Vicente y Perojo.

El cadáver más antiguo del mundo

Lo es sin duda uno que actualmente figura en la galería egipcia del Museo Británico. Pero no es la momia de ningún faraón o personaje conspicuo de la misma época, sino simplemente el cuerpo de un hombre sepultado en una cavidad de la piedra arenisca de la orilla occidental del alto Nilo. El individuo en cuestión debió recorrer las orillas del río sagrado muchos años antes de que viviera el primer rey momificado que existe ahora en el mismo museo, y acaso es algunos siglos anterior a Menes, que se cree gobernó en Egipto hacia el año 5000, antes de Cristo.

En aquellos tiempos parece que hubo en la región del Nilo dos razas prehistóricas, los conquistadores y los conquistados, de las cuales se derivó la raza egipcia de las primeras dinastías. Con una de ellas debe identificarse el cadáver del Museo Británico, que indiscutiblemente representa uno de los últimos períodos de la edad neolítica en Egipto. En su sepultura se encontraron instrumentos de pedernal y cacharros de barro cocido, sin inscripción de ninguna clase, puesto que entonces aún no se había inventado ningún lenguaje escrito.

Tributo póstumo

Jim Lawley era un honrado chauffeur que conducía en Quebec un modesto auto de alquiler. Entusiasta de su profesión, tenía al auto verdadero cariño. Hace poco, Jim Lawley murió, y en su testamento expresó el deseo de que su "taxi" le acompañase a su última morada, lo mismo que en otro tiempo acompañaba al paladín muerto en combate su corcel de guerra, costumbre que todavía se sigue en casi todos los países en los entierros de los generales.

El deseo del difunto fué cumplido. Un amigo y compañero de oficio se prestó a ponerse al volante del auto, cuyos faros se encendieron y se cubrieron de crespón, y lentamente siguió al coche fúnebre hasta el cementerio.



Militarismo práctico



Las trincheras que es necesario construir.

El tráfico



Lo que sucede cuando el ''varita'' le pregunta cualquier cosa a una pebeta papa.

La eleccion presidencial en los Estados Unidos



—¿Contarán también estos setenta mil votos?

(De ''Life'').

La última aventura de Don Quijote

por A. T'SERSTEVENS

Después de las mil extraordinarias aventuras, escritas con un estilo jugoso por Cid-Hamet-Benengeli, historiador árabe, Don Quijote y su fiel Sancho Panza llegaron en 1920 a Barcelona, capital de Cataluña, el caballero en su soberbio "Rocinante" y el escudero en su asno.

Como los dos héroes, siguiendo la evolución de las ideas, vestían tal que burgueses, no provocaron la curiosidad de la población. Dejaron sus monturas en un "garage", fueron a reparar sus fuerzas en la posada del señor Jou, posadero obeso, con anteojos de escamas, y como al anochecer caía una lluvia menuda, entraron en una sala de espectáculos, en el momento en que la orquesta preludiaba la tragedia.

A los primeros ademanes de los personajes, Don Quijote tocó el brazo de su escudero y le dijo en voz baja:

—He aquí, Sancho amigo, que vamos a meter el brazo hasta el codo en lo que se llama aventuras. Porque, o mucho me engaño, o esos villanos que tenemos delante se proponen armar camorra a la bella princesa que ves ahí. No sé qué me contiene, para no tirar de mi espada, si no es que la he dejado en la silla de "Rocinante". Pero, por mi fe de caballero, haré conocer a esos traidores la fortaleza de mis puños.

—Espere, señor—contestó Sancho—que conozcamos el final del asunto. No es necesario poner la cola del burro en las narices. Creo que la bella princesa sabrá librarse de los encantadores que la quieren hacer mal.

—Consiento en esperar, amigo Sancho; pero que esto que hago no afecte en nada al renombre de mis virtudes y las santas leyes de la caballería andante.

La princesa, que en el drama era una joven martirizada por su tutor, terminaba siendo víctima de un infame complot: casada contra su voluntad con un industrial tan viejo y feo como rico, se veía obligada por su verdugo, gigantesco y barbudo, a firmar un acta renunciando a todos sus bienes. El drama concluía con el despojo de la señorita y el triunfo de su perseguidor.

—Salgamos, amigo Sancho—dijo Don Quijote levantándose—y vamos a esperar al traidor a la salida. Le quiero hacer devolver su reino a la princesa, y, una vez cargado de cadenas, enviarlo a mi bella y sin par Dulcinea del Toboso, para que se presente de mi parte a la señora de mis pensamientos y le declare que me debe la vida.

Esto diciendo, se detuvo ante una portezuela, en la que se leía:

Entrada del personal

—Aquí—continuó el caballero—vas a contemplar por milésima vez el ímpetu de mis bríos. Porque, aunque no tenga a mano mi buena espada Valiente, ni el yelmo de Mambrino, ni mi valeroso corcel, voy a medirme con ese gigante, terrible por todos los que lo sean, como tu señor, el amor a la justicia y a la verdad.

Mientras hablaba, salían los músicos uno a uno, con sus cajas o sus envoltorios de hule; después, un grupo de obreros, que, viendo que llovía, se pusieron a croar como ranas en el mar; en seguida, un joven elegante, del que se desprendía fuerte perfume. Pero ni el gigante, ni el rico industrial, ni la princesa, aparecieron.

—Si quisiera creerme, señor—dijo Sancho—procuraría esconderse. Esos felones han tenido noticia de su presencia y guardan a la princesa en rehenes. Como no ignoran vuestras empresas, conocen el valor de aquel a quien ha proclamado la fama el invencible caballero de la Triste Figura, y no osan presentarse ante vos. Si nos ocultamos cerca de aquí, los veremos salir sin tardanza.

—Dices bien, Sancho, y me place rendirme a tus razones cuando no las dicta la cobardía.

Se escondieron, pues, no lejos de allí, en un templete, lleno de caídas de agua y de anuncios medicinales, y vigilaron la puerta mirando por los florones de la montera. El ruido del agua, que caía sobre la techumbre de cinc, se mezclaba con el de las pequeñas cascadas. La calle se extendía, brillante y solitaria, bajo la luz lívida de los reverberos, que el viento hacía parpadear.

—Señor—exclamó Sancho—no hace calor.

—Sancho amigo—respondió gravemente el caballero—los males de esa princesa desgraciada, ¿no son nada, puesto que puedes pensar en tu situación? Si quieres que alguna vez te arme caballero, tienes que soportar con valentía las vigilias y el frío, el hambre, la sed y otras molestias inherentes a nuestra naturaleza. No dudo de que la victoria sobre ese cruel gigante nos aportará con ella incomparables delicias; la princesa nos conducirá a una isla encantada; esta calle se convertirá en un bello jardín, poblado de limoneros, y el refugio en que estamos, que, debo decirlo, no huele a ámbar ni a almizcle, se transformará como por ensalmo en un bosque de rosas. Tú, Sancho amigo, podrás admirar una vez más las maravillas de la caballería andante y las aventuras que proporciona servirla.

—Quiero creeros, señor, porque sois sabio y habéis leído libros donde se habla de estas cosas. Y os quedaré muy agradecido si, cuando hayáis vencido a esos herejes, reclamáis a la princesa el reino que me tenéis prometido.

—Me comprometo, amigo Sancho; quiero recompensar tu celo, y acometeré por ti las más audaces empresas, excepto las que las reglas de caballería prohíben expresamente.

Durante algún tiempo continuaron vigilando la portezuela, obstinadamente cerrada. Tras de ellos, el agua corría sobre las planchas metálicas con un ruido sordo y continuo. La calle, azotada por el viento, extendía hasta el infinito su desesperante soledad. A veces, el viento, soplando en los reverberos, la envolvía en las tinieblas. En los intervalos de calma se divisaban, al lado de la puerta, dos anuncios, que el héroe, entregado a sus sueños, no veía, a pesar de estar escritos en grandes letras:

CINEMA DE FAMILIAS

"EL CRIMEN DEL TUTOR"

Drama en cuatro partes

Y Don Quijote y su fiel Sancho discurrían acerca de las virtudes de la caballería andante y esperaban imperturbables la salida del traidor...

COSAS QUE NUNCA SUCEDERÁN



Si don Constante Pechemiel devolviera a la vez todos los libros que le han prestado.

En la paz del jardín

De los floridos árboles al penumbroso amparo
se azulaba la niebla de la alta noche. El claro
surtidor de la fuente rústica parecía
que, al caer, se reía
con una loca risa de mujer. Yo aspiraba
una sutil fragancia que en el aire temblaba,
oyendo, muy distante, una canción de cuna
bajo la ensoñativa claridad de la luna...
De pronto—Dios lo sabe—un recuerdo penoso
anegó mis pupilas de lágrimas. Hermoso
pues así fué el paisaje del espíritu lleno
de una melancolía de atardecer sereno...
Y lloré... Tuve un lapso de sincera tristeza,
y dije: "Sí, he pecado al amar la belleza"...
¡Oh! y entonces, la eterna ilusión turbadora,
rota en flor, dió al ambiente su rocío de aurora!
Por eso es que hoy me angustia este largo esperar
la dicha de un ensueño que no he de realizar,
no obstante la promesa cordial que—como rosa
oculta en el vacío de un cántaro—la hermosa
amante de mis versos conocer bien me hiciera
con el alma en acecho de alguna primavera...

Veinte años de mi vida: bajo las alboradas
¿Por qué lo esperáis todo de las cosas soñadas?

Santos Aguilera

Ingeniosidades para sacar la plata

Tratando de los nuevos impuestos que será necesario crear para procurar la nivelación del presupuesto, una revista francesa recuerda la historia de la hacienda inglesa, que ha sido siempre la que ha demostrado más aptitudes para descubrir la materia imponible. Pitt creó un impuesto sobre las criadas, pero únicamente sobre las criadas; Cronwell estableció una tasa casi prohibitiva sobre las pasas de Corinto que adornan el Nacional Plum Pludding.

Al enterarse que unos padres habían puesto a una recién nacida los nombres de Patricia-Dorotea-Inés-Juana-Teresa-Ana-Winifreda-Carlota-Carolina-Cecilia-Luisa-Josefa-Emilia, el canciller W. Mitcham decidió gravar a todos los nombres, excepto al primero. Dichosamente para la señorita Patricia, el impuesto no tuvo efecto retroactivo. Después vinieron los impuestos sobre las pelucas, sobre los polvos de arroz, sobre los sombreros, sobre los perritos, sobre los pájaros ultramarinos, sobre los espectáculos de feria, exceptuando entre éstos, Dios sabe por qué, a los fascineradores de serpientes.

Pero de todos los impuestos raros, uno de los más curiosos es el creado por Enrique VII sobre las barbas. Este impuesto variaba, no, como era lógico, según lo largo de la barba, su color o su forma, sino según el rango social y la fortuna del "peludo". Un impuesto progresivo aplicado a la barba. La barba fué tasada igualmente por Catalina de Rusia, y en Francia, por el canciller Duprat. Cuando Isabel de Inglaterra quiso renovar este impuesto, los ingleses, que habían meditado sobre la forma de eludir el pago, se hicieron afeitar toda la cara. Por lo tanto, la reina perdió sus derechos. El contribuyente ganó en este caso la partida.

Jorge III de Inglaterra instituyó un impuesto sobre los funerales.

Es indudable que hay que pagar, pagar siempre, al menos que los ministros no lleguen a comprender la filosofía de un comunista chino, cuya prudencia es ponderada por Confucio.

Ngai-Koung se dirigió a Yeou-jo de esta manera:

—El año es estéril y las rentas del reino no bastan. ¿Qué hacer en esto caso?

Yeou-jo contestó con deferencia:

—¿Por qué no exigís el diezmo?

El príncipe dijo:

—Dos décimas partes no me bastan. ¿Qué haré yo entonces solamente con una décima?

Yeou-jo contestó de nuevo con deferencia:

—Si las cien familias (el pueblo chino) tiene lo bastante, ¿cómo no lo tendrá el príncipe? Si las cien familias no tienen lo bastante, ¿por qué lo exigirá el príncipe?

Este diálogo encierra una filosofía que debe hacer pensar a todos los que rigen las haciendas de los países.



Crónicas de Alemania

EL BAILE DE LAS VIUDITAS

por Manuel M. CAMPOS

Los patrióticos aniversarios de Tanneberg y de Sedán pasaron alborotados y truculentos. La juventud pudiente y nacionalista de Prusia entró en sus amantes hogares con equimosis y magulladuras. Enfundáronse las banderolas estudiantiles, y los venideros funcionarios de este desbaratado Imperio agachan su cerviz perezosa y apuntan con ojos fláccidos y llorosos hacia el indigesto bodrio de la jurisprudencia tudesca.

Políticos y testaferros—he nombrado a los alcaldes—ráscanse furiosamente la cabeza, lucubran, inventan y se espantan ante los terribles problemas de la alimentación y caldeo para el próximo invierno, problemas a resolver con doscientos cincuenta mil millones de déficit en los presupuestos sin ayuda de la tercera internacional y sin "Deutschland über alles!"

Y no por falta, sino por sobra de catedráticos y profesores economistas vamos camino de la inanición completa y fulminante. Las raciones de pan mayoritario ofrecidas con aumento de peso a los juiciosos votantes plebeyos, siguen livianas de ídem. Los geniales "Volkswirtschaftler", los entendidos en la ciencia difícil de comprar a crédito, sin fondos plausibles y navegables, declaran ahora su incompetencia en tan abstracta materia.

Pero todavía no ha llegado el momento tenebroso de sonar la campanilla para que nos muramos en masa y desaparezcan del "Reich" los "vingt millions de trop"—los veinte millones de ala, traduzco—con general aprobación del resto de los ciudadanos, por tocar entonces a dos raciones por barba. Más de un alemán hambriento, más de cien mil alemanes hambrientos (si me apuran los germanófilos) desean esa hecatombe funeraria con más ahinco que Clemenceau.

Mientras tanto, para ir matando el gusanillo y no desesperarse en vano, una sociedad alegre de guerreros antiguos, organiza bailes domingueros en los "salones" del ramo, que en Berlín pueden contarse por centenares.

"Witwenball" (baile de viudas) se intitula el que mi curiosidad mórbida, fustigada por anuncios callejeros, obligóme a visitar en la Kommandantenstrasse. Todas las señoras visten toaletes de riguroso luto; los caballeros de uniforme. La escala de reserva gratuita está aquí admirablemente representada.

Paso, de matute, claro, y no porque soy un pillín; porque me acompaña la linda y enlutada Fritzi Knoblauch, de felice memoria, y esta madama, por su categoría y circunstancias burocráticas, tiene franca la puerta de esos establecimientos y otros más ubicados en su distrito contributivo.

Auras epileptiformes y vahos del "Prince Albert" (especie de puntilla inglesa que va a dar al traste con reaccionarios y comunistas) nadan cadenciosamente por el foyer.

En la gran sala de refrescos y a la derecha, según se entra de la calle, pequeños kioskos, lujosos y coquetones, ofrecen a la distinguida concurrencia los objetos indispensables para gastar bromas a la alemana, objetos inofensivos que se arrojan mutua y cariñosamente parejas y mirones: huevos con líquidos acres y corrosivos; roscas de cartón barnizadas, amarillas unas, negras otras, de color anaranjado las más, recordando superfluidades digestivas de los vertebrados superiores. Todo muy lindo, muy "comme il faut".

Una mano hercúlea, pintada de rojo en el testero principal, al pie de la orquesta, señala con su índice rígido el retén de bomberos, el lugar en donde se apagan los fuegos amorosos: Hotel, dice el negro rótulo que corona un discreto hueco siguiendo la línea de flotación marcada por el dedo.

Nenes con faldetas, ya creciditos, los pobres, llevan bandejas con artículos que se hinchan al soplarlos. "¡Diez marcos la pieza!", gritan, mostrando fundas rosadas muy de recomendar tratándose de sondeos en territorios no controlados por la "Entente".

Se ven hombres, muchos hombres, emparejados, individuos que desdeñan el contacto femenino. También el sexo débil calza el 49 entero. Parejitas de mimosas muy agarraditas arrúllanse con mucho salero y mucha desvergüenza, bajo los chorros luminosos de los arcos voltaicos.

No es que sean viudas las enlutadas; algunas habrán que lo sean, sí. Mas lo que importa es el escarnio que se hace a esa institución venerable en un país que cuenta por millones los maridos que fallecieron en campaña... y por la patria, ¡atiza!

La música toca un "fox trott".

Parejas masculinas y femeninas, o las naturales de sexo distinto (estas últimas en minoría), bien estiraditas, comienzan a dar saltos. De pronto para la música y los danzantes siguen su ritmo. El maestro de baile, un caballero de gran uniforme con las insignias de mariscal tudesco, levanta su bastón de mando, un tirso emperifollado con cuernos de cabrito en el vértice, y las parejas se detienen; pero continúan agarradas, muy agarradas.

Hay viudita que bajo pretexto de que se le ha soltado el tirante corseteño, levanta su poco complicada faldamenta y enseña gratis blancas preciosidades que a nadie asustan ni escaman.

De nuevo carga la orquesta.

Recomienzan los saltos y los golpes de barriga, sin orden, sin compás. Esta gente no sabe bailar. Si no dan patadas y pisotones, estrujan a la "víctima" o molestan con el codo las barbas de los vecinos que no se divierten. Hay que hacer daño, fastidiar a quien sea. Ahí está el intríngulis de las diversiones tudescas.

La cortesía

La vida, por breve que sea, nos deja siempre tiempo para la cortesía o, como dijo Emerson: "Life is not so short but that there is always time for courtesy".

Huye de las gentes que te dicen: "Yo no tengo tiempo para gastarlo en etiquetas". Su trato te rebajaría. Estas gentes están más cerca de la animalidad que las otras. ¡Qué digo! La animalidad se ofendería... El perro, jamás te dejará entrar a tu casa sin hacerte fiestas con ese meneo de cola, "tan honrado", como ha dicho Schopenhauer. El gato mimoso y elástico, en cuanto te vea, irá a frotarse contra ti. El pájaro parecerá escuchar con un gracioso movimiento de cabeza lo que dices, y si percibe en el metal de tu voz la cariñosa inflexión que él conoce, romperá a cantar.

Dante, en la "Vida nueva", llama a Dios *señor de la cortesía.*

La cortesía es el más exquisito perfume de la vida, y tiene tal nobleza y generosidad, que todos la podemos dar; hasta aquéllos que nada poseen en el mundo. El *señor de la cortesía* les concede el gracioso privilegio de otorgarla

El hombre feliz, que no tenía camisa, sí tuvo cortesía para recibir a los emisarios del sultán enfermo.

¿En qué abismo de pobreza, de desnudez, no puede caber la amable divinidad de una sonrisa, de una palabra suave, de un apretón de manos?

La caridad, opulenta o humilde, lleva siempre el ropaje de la cortesía, y la santidad más alta no podemos ni imaginárnosla sino infinitamente cortés.

¿Os acordáis de San Francisco de Asís?

La golondrina, el gato y el mono

(Cuento infantil)

por Juan de las VIÑAS

"¡Quivit, quivit! ¡Quivit, quivit!"... En el alero del tejado de aquel hotel pasaba los veranos una pareja de golondrinas, y aquella mañana andaba dando vueltas por la terraza del hotel con más tragín que de costumbre... "¡Quivit, quivit!"...

Es que aquel día el golondrino chiquitín salía del nido por primera vez en su vida, y querían decírselo a la dueña de la casa para que los acompañara en el paseo.

La dueña del hotel era una señorita muy rubia, muy linda y muy amable, que echaba todos los días un párrafo con ellas y les daba de comer migas de pan, granos de arroz y pedacitos de bizcocho. Por eso aquella mañana la golondrina hembra dijo a su marido:

—Tenemos que decir a la señorita que hoy sale "Qui-quí" de paseo. Y conformes los dos, como buen matrimonio que era, sacaron del fondo del nido los trapitos de ceremonia y se fueron a la puerta del jardín a esperar que saliera la dama.

¡Oh, qué bien vestidos iban! Ella con una manteleta rameada y una cofia de tafetán; él con un casaquín de notario con dos botones a la espalda, y faldellines en punta, lo mismo que su cola. Llevaban también cuello almidonado, corbata de plastrón con un gusano de seda por alfiler y sombrero de copa color castaño... ¡Oh...

La señorita del hotel apareció, por fin, en la terraza; pero en vez de salir con bata, como era lo general, salió con traje de calle, y sombrero, y sombrilla.

—"Quivit, quivit"... Veníamos... Veníamos...

—Justo; veníamos a invitarla.

—Porque hoy sale "Qui-quí".

—Sale por primer día.

—Y veníamos a invitar a usted... "Quivit, quivit".

—¿Qué jaleo es este?—dijo la linda señorita, viendo al matrimonio tan peripuesto y piador...—¿Qué os pasa?

—Que hoy sale "Qui-quí".

—"Qui-quí".

Pero la señorita llevaba prisa, y como no entendía una palabra, les dijo: "Adiós, adiós... Hoy no como en casa... Adiós... Hasta mañana." Y se marchó corriendo, dejando al matrimonio defraudado y mohíno.

El golondrino-esposo, que siempre defendía a la dama, dijo, por fin, buscando una disculpa:

—No nos ha entendido.

—Pues vaya... Luego dicen que los hombres son listos, y no en tienden.

—Es que llevaba prisa.

—Pues mal hecho, porque hoy no debía haberse comprometido con otras personas, sabiendo, como sabía, que iba a salir "Qui-quí".

Pero no era esto lo peor. Lo peor era que el niño se había cansado de esperar a sus papás y se había escapado del nido sin paciencia para aguantar más tiempo las ganas de marcharse de paseo.

¡Ay, Dios mío, qué apuro! ¿Dónde se habría ido aquel chico? ¡Tanto como le habían repetido que no se moviera!...

La señora golondrina dejó la manteleta porque estaba muy sofocada, y el señor golondrino hizo lo propio con el chaqué y el cuello almidonado.

Busca por aquí, busca por allá, se lo encontraron, al fin, dentro de un tiesto vacío. Como no sabía volar, en cuanto se vió fuera del nido se cayó y había ido a parar al fondo de aquel otro nido, más duro, más frío y más hondo que el suyo.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Por no hacer caso a los mayores...

No tuvieron fuerza para regañarle, sin embargo, porque les amenazaba un peligro gravísimo.

El gato estaba durmiendo a cuatro pasos de ellos; en cuanto despertara olería al niño golondrina y se lo zamparía en dos minutos... "¿Qué hacer, señor, qué hacer?" Y después de pensar mucho se acordaron de que el mono estaba regañando siempre con el gato... Nada mejor, en vista de eso, que acudir al macaco; éste los protegería, aunque no fuera más que por ponerse en contra del minino.

El mono, en rigor, no era al gato a quien no podía ver; era a la cocinera. Pero como la cocinera mimaba al gato mucho y el gato era un grandísimo egoísta, le pareció al mono de perlas aquello de favorecer al matrimonio golondrina en contra del morrongo.

—Yo me encargo de que no se meta con Bebé—dijo el mono a las golondrinas.—Por lo pronto id vosotros a despertarle para que se ponga muy rabioso.

Así lo hicieron, y el gato empezó a tirar zarpazos a las dos golondrinas sin conseguir cazarlas, porque la golondrina es el pájaro de vuelo más ligero y más seguro.

Cuando el gato estaba más picado, se acercó el mono y le dijo con mucho retintín:

—Hola, amigo; esto de cazar golondrinas no es tan fácil como cazar ratones.

—¿Qué sabes tú? No hay nada más difícil que cazar ratones.

—Los que tú cazas, no, porque te los dan en la ratonera.

—¿A mí?

—A ti... Ya te he visto esta mañana... Vergüenza debía darte.

—¿A mí? ¿De qué?

—De meterte con un animal que está encerrado en una jaula. ¿Qué dirías tú si te metieran en mi jaula y fuese yo entonces y empezara a mortificarte?

—Si me metieran en tu jaula me saldría.

—¿Tú?

—¡Yo! ¿Qué te figuras, que no sé cómo se abre tu jaula?

—¿Qué has de saber?

—¿Que no?

—Que no...

—¿Quieres apostarte algo?

—Lo que quieras.

El mono sabía de sobra que el gato era un maestro en aquello de levantar pestillos y abrir puertas; pero él tenía su plan, y poniendo su jaula en medio de la habitación dijo al gato:

—Anda, ya está; entra, cierra; a ver si sabes abrir luego.

El gato entró, cerró y, sacando la pata por entre dos barrotes, fué a levantar el pestillo y a salir—cosa de un minuto—; pero el mono, antes de que el gato pudiera darse cuenta, cogió la alfombrilla del suelo y la echó por encima de la jaula, cubriéndola toda y tapando la salida por todas partes...

Luego cogió el edredón del ama y lo echó encima; después echó mano de la colcha y envolvió todo con ella, y, por último, cogió un ovillo de lana que tenía la cocinera y con el que estaba haciéndose unas zapatillas de abrigo para cuando llegara el invierno, y empezó a atar el lío todo, lo mismo que el chico del jardinero cuando se hacía pelotas de estambre.

¡Lo que es de aquella hecha no se escapaba el prisionero!

Mayaba éste y bufaba, dentro de la jaula, medio asfixiado ya; pero el mono se entusiasmaba cada vez más y daba brincos de contento a cada bufido del gato.

Los chillidos del gato quedaban amortiguados por tanta cosa como tenía encima el infeliz; pero, en cambio, los del mono eran tan estridentes y las golondrinitas chillaban tanto también, gritando "¡viva! ¡viva!", que acabó por presentarse la cocinera, extrañada de tal algarabía.

Y ¡no queráis pensar!... Cuando vió el zafarrancho y comprendió que su pobrecito gato estaba ahogándose, fué a la cocina por la escoba y...

Y gracias que llegó la señorita en aquel momento oportuno, que si no, el estropicio del castigo hubiera sido mayor que el de la culpa.

—¿Qué ocurre? Por Dios... Pero, ¿qué es esto?—preguntó alarmadísima.

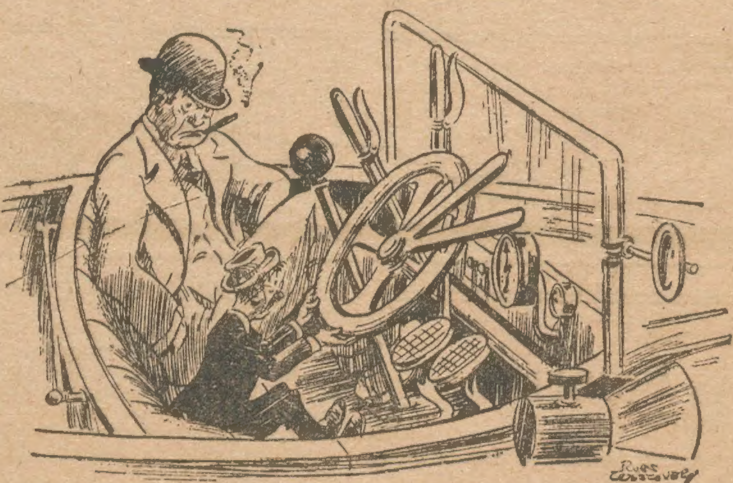
El gato echaba la culpa al mono, el mono a la cocinera y la cocinera estaba tan furiosa que se atragantaba al explicar y no había manera de enterarse a derechas de lo que allí había ocurrido.

Entretanto, a las golondrinitas todo se les volvía coger con el pico el borde de la falda a la señorita y tirar de ella para llevársela donde estaba su nene. La joven se dejó conducir, por fin, y se encontró con la golondrinita-bebé dentro del tiesto.

Venía la joven aquella tarde contentísima porque se le había declarado un pretendiente, y sentía ganas de ser buena y perdonar a todo el mundo. Así que recogió a la golondrinita, la hizo muchas fiestas, la colocó ella misma en el nido y no castigó al gato ni al mono, con gran indignación de la cocinera esto último, pues quería, a todo trance, que el macaco llevara un escarmiento.

Desde aquel día las golondrinas, agradecidas, trajeron a su amita, en el pico, las cartas del novio. ¿No habéis visto que en los sobres de los novios pintan una golondrina con una carta en el pico? Pues por eso es...

Y, colorín colorado, aquí se acaba el cuento.



La que experimenta el joven a quien se examina para darle el brevet de chófer.

Concurso de iniciativas

Una práctica digna de imitarse

Todas las grandes administraciones, y en no escasa medida las reparticiones públicas, debieran imitar el ejemplo del ferrocarril del Sud, cuyos concursos periódicos de "ideas" entre los empleados y obreros de la empresa, están traduciéndose, como no podía menos de suceder, en mejoras y beneficios incalculables para todo el mundo.

Nada más sencillo y más práctico que el estímulo de esta acción individual, mediante premios en dinero que oscilan entre 25 y 75 pesos, y, sobre todo, por la notoriedad y ventajas morales que representan los triunfos para los agraciados.

En esta forma, ningún esfuerzo se pierde, ninguna idea útil deja de aprovecharse; ningún obrero o empleado, por humildes que sean sus funciones, puede permanecer largo tiempo en una esfera inferior, si su inteligencia probada en iniciativas eficaces, lo indica para desempeños más altos.

Es ésta, en suma, una ocurrencia feliz, que merece entusiastas aplausos, y cuyo éxito se demuestra en el gran número de premiados del último concurso. Sentimos no poder reproducir la nómina completa con el detalle de cada caso, debiéndonos limitar por razones de espacio, a dar únicamente la lista de los agraciados, que son:

James Kennedy, Juan F. Llamas, Pedro Viola, Guillermo Young, A. Pisani, Juan Milne, Manuel Morgando, S. R. Giffani, José Kruzich, Antonio Romero, Manlio Alfio, Antonio Pesculich, Serafín Dabone, Manuel Otero, J. Llobet, Juan M. Lens, José de la Vega y Francisco Calaleiro.

La flor de la muerte

A la flor llamada edelweiss se la da también el nombre de "flor de la muerte" con muchísima razón. No hay temporada que no cobre sus derechos de peaje de un modo dramático. Aún no hace mucho tiempo ocurrieron tres desgracias fatales en un solo día, las tres a consecuencia de tres diferentes tentativas de otros tantos alpinistas inexpertos, que quisieron coger flores de esa clase, criadas en escarpas peligrosas y cubiertas de nieve.

Además de éstas, se han registrado más de treinta muertes en los Alpes por la misma causa. En un solo verano ocurrieron 231 accidentes entre los buscadores o aficionados a la planta, de los cuales resultaron mortales ochenta y tres.

Según cálculos del eminente estadístico francés M. H. Dupont, el edelweiss es indiscutiblemente responsable de la muerte de cinco mil personas, desde que empezó a ponerse de moda el alpinismo, en los comienzos del siglo pasado.

Un aficionado a la estadística, ha calculado lo que el gobierno de Francia cuesta y ha costado por hora a la nación, y ha obtenido las siguientes cifras: en tiempo de Napoleón I, francos 115.000; en tiempo de Luis Felipe, 150.000; cuando la segunda república, 103.000; y en tiempo de Napoleón III, 225.000.

Desde 1870 a 1880, y a causa de la guerra, subió el coste del gobierno a 307.000 francos por hora, y desde entonces siguió subiendo hasta 350.000, que cuesta en la actualidad.

PUCHITOS

La moda de los kimonos sigue haciendo furor en París. Pero esos kimonos deben ser de seda, fabricados en el Extremo Oriente y llevar los caracteres chinos que los tejedores y bordadores acostumbran a colocar en las telas a manera de adornos.

Los chinos y los europeos que conocen ese idioma suelen celebrar con carcajadas la lectura de muchas de esas leyendas, que las elegantes parisienses ostentan con orgullo.

Algunas de esas frases de los bordadores chinos son tan crudas, que no es posible transcribirlas.

Otras dicen: "Adoro a mi amante porque se llama Laluna".

Una señorita que se paseaba por la plaza de la Opera llevaba el kimono en que se leía: "El público no entra aquí".

"La Tribuna", de Nueva York, publica el siguiente anuncio:

"Vida en venta.—Un ex marinero, joven, en buenas condiciones físicas, se halla dispuesto a obedecer cuantas órdenes se le den durante el resto de su vida por la persona que quiera satisfacerle tres mil dólares. No se aceptarán ofrecimientos de menor cantidad."

Este anuncio ha sido redactado por un marinero llamado J. Hardy, residente actualmente en Nueva York.

El anunciante tiene cinco pies y seis pulgadas de estatura, y cuenta veintinueve años de edad.

A un periodista que se apresuró a ir a verle, para conocer la causa de tan extraña proposición, le dijo que necesitaba ese dinero para satisfacer una deuda de la mujer que le había criado después de la muerte de su madre, acaecida cuando él era muy niño.

Cree que quien necesite los servicios, durante toda su vida, de un joven bien constituído físicamente, no considerará excesivo el precio.

Pigault-Lebrun, que fué el hombre que más hizo reir a una generación, según Carlos Monselet, adoraba a su nieto Emilio Augier, cuyo centenario se acaba de celebrar en Francia.

Tenía el famoso y alegre novelista ochenta años, cuando una mañana muy temprano se presentó con su hija en casa de un amigo.

—Tal vez os moleste mi venida—le dijo, dando muestras de profunda agitación;—pero es el caso que acabo de recibir una gran noticia: mi niño, mi Emilio, ha obtenido un segundo premio de Griego, y necesito un cartón. ¿Tenéis alguno?

El amigo mostróse sorprendido de semejante demanda, y le entregó un antiguo almanaque, cuya cubierta satisfizo las aspiraciones del abuelo.

—¡Admirable! — exclamó éste. — Quiero que mi hija le adorne con flores pintadas, en cuyo centro se lea: "Segundo premio de Griego, alcanzado por Emilio Augier en los exámenes generales del 30 de julio de 1834". Este recuerdo lo colocaré a la cabecera de mi cama, para verlo todos los días... esperando el primer premio.

Llegó, en efecto, el primer premio; pero con algunas horas de retraso, porque Pigault-Lebrun abandonó la vida sin poder tener la satisfacción de felicitar a su nieto, cuyo nombre debía eclipsar el suyo.

En el Congreso Internacional de Filosofía celebrado en Oxford hace pocos días, y en presencia de 300 asambleístas allí reunidos, bajo la presidencia de lord Haldane, habló el filósofo francés M. Henri Bergson acerca de la "Previsión y la novedad".

Dijo que la ilusión estaba implicada en las teorías filosóficas, que admiten una preformación del futuro en el presente. Demostró que esta ilusión consistía en la creencia de que la realidad de devenir existe ya en forma de posibilidad en tal manera, que una super-inteligencia podría ahora percibirla. Si se tiene por "posible" lo que no es imposible y la realización de lo cual no es impedida por un obstáculo invencible, evidentemente, la posibilidad de una cosa precede a su existencia, pero esto en modo alguno implica predeterminación.

En el dominio de la vida y de la conciencia, lo "posible" no es más que la imagen, hundida en el pasado, de lo real, que se ha cumplido, y como el futuro acabará por convertirse en presente, del mismo modo imaginamos que en el presente, hoy, se halla positivamente contenido el futuro en la forma de lo "posible". Durante la guerra tratóse especulativamente de lo que llegaría a ser la literatura cuando se restableciese la paz. A algunos que dirigieron a Bergson esta pregunta, el filósofo les contestó:

—Si conociese los elementos constitutivos del gran éxito en el próximo género dramático, me apresuraría a escribir el drama requerido.

Cuando esa obra ha sido creada, se hace retrospectivamente posible, pero no antes.

M. Hachet-Souplet, cuyos trabajos en Zoología estímanse como los más autorizados, afirma que los datos que se poseen acerca de la duración media de la vida de los animales son, en su mayor parte, imprecisos y dudosos, hasta en lo que respecta a las especies domésticas y a los huéspedes ordinarios de los parques zoológicos.

Nuestra ignorancia en este asunto parece ahondarse más al considerar el número de especies que pueblan la tierra.

Según la estadística formada en 1830 por Günther existían 71.398; pero, posteriormente, la lista se ha ampliado de una manera extraordinaria.

En 1881 se conocían ya 2.300 clases de mamíferos, 11.000 de pájaros, 3.450 de reptiles y 11.000 de peces.

Las especies de insectos ascendían a 220.150, y cada año se cuenta un aumento mínimo de 12.000 especies.

Hace pocos años, un zoólogo inglés aseguraba que en nuestro planeta viven 650.000 especies conocidas.

Según Buffon, basta multiplicar por 6 ó 7 el tiempo transcurrido desde el nacimiento a la época de completo desarrollo o edad adulta, para conocer la duración media de la vida. Pero Flourens indicó después otro multiplicador...

Todo ello es problemático. De las observaciones comprobadas en la historia de los animales de los parques zoológicos, resulta que los lobos y los osos no viven más de veinte años, a pesar de todos los cuidados que se les prodiguen.

M. Hachet-Souplet conoció un león que alcanzó la edad de setenta años. En cambio, el rinoceronte no pasa nunca de los veinticinco años en cautiverio. Los leopardos viven ocho años, a lo sumo, y las panteras y los tigres, de veinte a veinticinco.

Las águilas imperiales, los buitres y otras aves de presa pueden pasar de los cien años.

Los animales dotados de mayor vitalidad son las carpas y las tortugas. Se asegura que las carpas existentes en Fontainebleau datan del tiempo de Francisco I, y se conocen tortugas gigantescas que tiene doscientos cincuenta años. Una de ellas fué cogida en las islas Seychelles en 1706, con otras cuatro del mismo género, y transportadas a la isla Mauricio. Las cinco tortugas gigantes vivieron hasta 1833, en que dos de ellas fueron adquiridas por el Jardín Zoológico de Londres, donde murieron al poco tiempo. La tercera, que pasó después al mismo parque, continúa siendo la admiración de los visitantes.

Las otras dos permanecieron en Port-Louis. Una de ellas, la gran María, se ha vuelto ciega.

Los naturalistas calculan que, al ser cogidas en 1766, estas tortugas tenían ya cien años de edad. Por lo tanto, actualmente pesan sobre ellas doscientos cincuenta años de vida.

APERTURA DE CAZA



El primer tiro del "nouveau riche".

Nuestras hermosas jóvenes pueden sentir molestias con el calor. En este caso, deben imitar a las damas de Roma.

Estas, durante los grandes calores, llevaban alrededor del cuello pequeñas serpientes a manera de collares para que el contacto de estos animales, siempre frescos, diera a su pecho una frescura agradable. Todo está en que se ensaye, y si se ensaya, se adoptará.

Este procedimiento es antiguo, sin duda; pero, a causa de su excentricidad, puede volver a ponerse de moda. Se dirige sobre todo a las jóvenes que no temen mostrar en público la belleza de sus brazos y la gracia de su pecho y espaldas.

La prensa de la capital francesa ha lanzado estos días el grito de alarma. París se halla infestado de ratas. Las estadísticas más aproximadas estiman en ocho millones la cantidad de estos roedores que han asaltado la ciudad, y por todas partes surgen demandas urgentes de medios que acaben con la plaga, que constituye un peligro para la salud pública por ser estos animales el vehículo más eficaz de transmisión de toda clase de enfermedades. A ellos se atribuyen los casos de peste bubónica registrados allí recientemente.

El profesor Bordas reclama que en Francia se constituya un servicio permanente destinado a la extirpación de las ratas. En primer término, recomienda que se evite en lo posible su alimentación, retirando de las vías públicas los detritus de las comidas, en los mercados los restos de las hortalizas y en los mataderos los desperdicios de las reses.

EL QUESO

por Eduardo DULAC

—Como perdices, Cadiche, son hermosas perdices, y tú eres, a fe mía, bien virtuoso al regalármelas... Solamente...

—Le véo venir, señor cura: usted querría saber dónde las he cazado.

—Secreto profesional, ¿no es cierto?

—¡Bah! Usted no es el guarda, y si yo merodeo algo, nada más que por distraerme, estos pájaros de Dios a todos nos pertenecen.

- ¡Hum!... ¡Hum!...

—Y no es necesario un permiso para traerlos a la mesa de un santo varón como usted...

—Sí... sí... En fin... Te estoy dejando gastar saliva y no te he ofrecido un traguito ni algo de comer.

—Eso, señor cura, no se rechaza nunca.

—¿Y asegurarías que no has almorzado?

—Sí, señor, algunas veces, sí. Pero hoy, todavía no.

El señor cura de Cantocoucut dijo, dirigiéndose a su ama de gobierno:

—Sidonia: sacará vino y pondrá en la mesa el pan tierno y las dos libras de queso que nos trajo ayer Taurin del pueblo.

La sirvienta obedeció sin prisa, porque no era ella de las más desprendidas y desconfiaba de hombres de las tragaderas de Cadiche.

Este se sentó a la mesa, sacó su navaja del bolsillo y atacó resueltamente al pan y al queso. Fino de garganta y acostumbrado a las comilonas, no dejaba de encontrar demasiado frugal el menú que se le ofrecía a su glotonería. Pero el aire de la mañana había despertado su apetito, y se atuvo al proverbio: "a buen hambre no hay pan duro".

Hizo, pues, largamente honor al queso y al pan, igualmente sabrosos.

El cura le miraba cómo comía, y le oía contar, sin por eso perder bocado, sus eternas historias de caza. Por fin se decidió a despedirse de su invitado.

—Cadiche,—le dijo,—no se aburre uno a tu lado; pero todavía me queda por recitar un oficio, y te voy a dejar con Sidonia.

—¡No se preocupe por mí, señor cura!... ¡Y que haya buena salud, eh!

—Gracias, buen amigo... ¡Buen apetito!...

El apetito del cazador furtivo no conocía medida. Ya se había comido una buena parte del pan y media libra de queso. Cuanto a la botella...

Y masticaba sin reposo. Cuando había devorado un pedazo de pan, le quedaba queso, y para acabarlo se cortaba una nueva rebanada. Y cuando ya no tenía queso, volvía a cortar para acompañar al pan, que de otro modo no se lo hubiera podido comer solo. Y así sucesivamente.

Sidonia observaba aquella maniobra yendo y viniendo, haciendo sonar las cacerolas y rezongando entre dientes:

—¡Santo nombre de Dios! ¡No dejará nada!... ¡Está dispuesto a cobrarse las perdices!...

Por fin, antes de que su indignación estallase, dijo a Cadiche:

—¿Tiene usted para mucho tiempo? Tengo necesidad de ir al jardín para coger una col.

—¡No se inquiete, Sidonia, no se inquiete! — respondió tranquilamente Cadiche, mientras partía un nuevo pedazo de queso.—Tengo todavía un pequeño lugar libre en el estómago... Pero no se preocupe por mí...

¿Qué hacer? Sidonia se fué en busca del señor Lespinasse.

—¡Ah! ¡Puede usted decir que ha estado bien inspirado al invitar a comer a ese glotón!... ¡Vaya usted a ver el queso! Puede usted enviar por más al pueblo si quiero probarlo, porque lo que es de ese no quedará ni una miga.

Sidonia esperaba un consejo o una orden. Pero el cura parecía perplejo.

¿Poner a la puerta a Cadiche y su voracidad? No había que pensar en ello. ¿Quitarle el pan y el plato ante sus propias narices? ¡Hum! ¿Sería eso decoroso?...

—¡Oye!—dijo de pronto el señor Lespinasse.—Tengo una idea. Vas a decirle que ese queso, cuando se come con exceso, hace perder el habla.

De un salto se plantó Sidonia en la cocina.

Cadiche tragaba siempre.

—¡Ah, Dios mío! Cadiche—dijo el ama con aire de consternación,—¿todavía come usted? ¿No sabe usted, desgraciado, que ese queso, cuando se come más de lo conveniente, deja mudo?

—¿Es posible?—exclamó el terrible comedor.

Se llevó a la boca el último trozo, vació el frasco de vino en su vaso y lentamente cerró su navaja.

—A mí, la verdad, me es igual,—respondió,—porque tengo un estómago sólido... Pero se me ha ocurrido una idea: me llevaré el queso que queda para mi Melania. Ese demonio de mujer no deja de hablar desde la mañana hasta la noche. Quizá con el queso se curará. ¡Puede ser!...

Plantas luminosas

El fenómeno de la fosforescencia en los organismos vivientes se conoce y ha sido admirado desde hace remotísimos tiempos, pero aun queda mucho que aprender sobre el asunto. Los peces luminosos, las olas del mar que nos parecen despiden destellos fosforescentes, la luciérnaga, el cocuyo, las bacterias luminosas de los huesos de los pescados, de la berza descompuesta, son de todos conocidos.

Entre los animales la fosforescencia es generalmente intermitente, mientras que ciertas clases de hongos dan luz durante días enteros, durante semanas y aun meses, mientras tengan vida las células que producen la fosforescencia.

La facultad luminosa en los animales se explica y tiene su razón de ser, pero no se explica en las plantas.

En algunos hongos el poder fosforescente está limitado a las células del micelio, como sucede con el agárico meloso que sólo es fosforescente en las noches obscuras. El gymnopus tuberosus es también luminoso y el hymenoforo o panellus stytieus es luminoso cuando llega á su completo desarrollo; mientras que los pequeños hongos no muestran jamás fosforescencia alguna.

El xylaria hypoxsylon es luminoso cuando crece naturalmente, y no tiene fosforescencia cuando es cultivado, lo que indudablemente se debe a la asociación de las bacterias fotogénicas u otros organismos productores de luz.

Uno de los hongos luminosos más notables es el monadelphus illudeus, que es una seta grande de color de naranja, muy venenosa, que crece en todo el Este de los Estados Unidos, desde mediados del verano hasta fines de otoño. Se le encuentra en grandes partidas junto a los árboles enfermos o en los troncos podridos. Los grupos son con frecuencia muy numerosos, y el sombrerillo de cada seta mide aproximadamente unos quince centímetros.

Un ejemplar monstruoso de esta especie lo encontró el verano pasado un labrador de Oxford, en el estado de Ohio. Medía aquel enorme ejemplar dos metros setenta centímetros de circunferencia, tenía de alto treinta y ocho centímetros y contenía de 300 a 400 esporidios.

Hace unos cuantos años, a fines de agosto, se encontraron grandes partidas de esta clase de hongos en un pedazo de tronco carcomido y podrido en el bosque de Broux Park, y todos ellos fueron llevados como material de estudio a Nueva York, en donde fueron analizados y experimentados para determinar el carácter y efectos del veneno de estas setas en las ranas y las tortugas.

Se observó que paralizaba los nervios que presiden los movimientos del corazón y produce náuseas, vómitos y diarreas, y por último la muerte.

Los hongos luminosos son, en general, muy venenosos y están repartidos por todas las latitudes.

MADRE MODELO



—Es una excelente madre, ¿no?
—Sí, se pasa algunas horas vigilando a la niñera.

Los tacones

Los tacones de las botas son de origen persa. En un principio se ajustaban a las sandalias para andar por la arena y que el pie no tocase en el suelo, fuertemente recalentado.

Cuando los tacones se introdujeron en Venecia se llevaban exageradamente adornados, y según la altura que tenían, así era la posición social del dueño.

UN VISITA A Mr. WELLS

Novelista, sociólogo, a última hora historiador y teólogo, Mr. Wells es la celebridad menos aparatosa de Europa. Bien es cierto que Mr. Wells es uno de los mortales vivos a quien mejor ha tratado la fortuna. A esas alturas de felicidad puede prescindirse de actitudes y de telón de fondo.

Desde que, poco menos de los treinta años, apareció su ''Máquina del tiempo'', hasta ahora, poco más de los cincuenta, que su ''Outline of History'' alcanza un éxito quizás no igualado en los fastos de la librería inglesa, la carrera literaria de Mr. Wells ha sido un continuo sucederse de éxitos artísticos y financieros. Alguna de sus obras, como ''El señor Britling'', habría bastado ella sola para sostener la vida de un hombre de ciertas exigencias.

De todos los escritores ingleses vivos, ninguno tan difundido en los países de habla extranjera como Mister Wells, especialmente en su ciclo de novelas imaginativas.

Hasta en España es popular su nombre desde que, hace unos quince años, Ramiro de Maeztu traducía para el folletín de ''El Imparcial'' ''La guerra de los mundos''.

Una vida de incesante trabajo y de las más nobles preocupaciones da derecho a Mr. Wells aparte de su genio, a esta fama, y casi a estos millones. Bien apilados, sus libros levantarían una columna más alta que Mr. Wells.

Porque además, Mr. Wells es bajito y con los pies más breves de Inglaterra, sin excluir los de sus bellezas oficiales. Por lo demás, nada extraordinario a primera vista en el aspecto de Mr. Wells, lleno de carnes, sonrosado, risueño, más joven que su edad, apenas con alguna cana en su rubio bigote. Al principio sorprende esta llaneza corporal en el visionario de ''La visita maravillosa'', ''La isla del doctor Moreau'', ''El país de los ciegos''. Pero unos momentos de reflexión hacen comprender es la que corresponde a una inventiva ordenada, lógica, científica y llena de humor, como la que ha guiado a Míster Wells hasta en sus más funambulescas exploraciones por el imperio de lo desconocido. Y yo creo que si se mirasen atentamente estos ojos de un gris azulino cordiales y un poco lejanos, acabaría viéndose pasar por ellos, como en aquel huevo de cristal de su cuento, las misteriosas imágenes.

Mr. Wells nos ha venido a esperar a la estación en un minúsculo automóvil, nos ha enseñado en detalle su campesino retiro de Easton Glebe, lleno de flores, sin un solo animal cautivo''—ni perro ni canario—, y nos ha dado de almorzar excelentemente. Mistress Wells, una amable mujercita nerviosa y afanada, que se ocupa de la administración de las obras y de poner en limpio los manuscritos jeroglíficos del marido, preside el almuerzo, y Phillip (Gyp en la familia) y Frank, dos mozos, de veinte ya el primero, lo amenizan con su espontaneidad.

A los postres, Mr. Wells nos habla de Sud América y Rusia, que él considera los pueblos blancos de más porvenir, y su próximo viaje a la república de los soviets, en la que le servirá de intérprete Gyp, que hace tres años viene estudiando el ruso. Pasará unos días en el campo con Gorky, e irá a Moscou a hablar con Lenin. (Hemos oído decir en Londres que ha sido llamado por ésto en consulta sobre algunos puntos de orden práctico; pero él nada nos ha dicho de ello). A su vuelta, nos contará la experiencia en unos artículos como poco ha Bertrand Russell, en ''The Nation''.

Una vez sorbido el café, Mr. Wells nos conduce a un banco del jardín, que domina un estanque, plantado de lotos y nenúfares, y nos habla de su ''Esquema de la Historia''.

Este es el libro a que antes nos referíamos, y que ha venido a colmar la gloria y la hacienda de Mr. Wells. Publicado entregas, de las que se han vendido cerca de doscientos mil ejemplares, ahora acaba de salir la edición en tomo, y se anuncia ya una de lujo. En él, Mr. Wells, asesorado por los más competentes especialistas, traza la historia física y social de nuestro planeta, desde la nebulosa hasta los tiempos presentes, y aun hace una corta excursión por el futuro.

Habría mucho que hablar de una historia tan ambiciosa sin precedentes en la literatura, singular compendio de razas y de civilizaciones, y tan fácil sería al docto criticar sus obligadas lagunas como al filósofo discutir sus líneas generales y al artista detenerse en sus mejores rincones; pero nada de ello cabe en el área reducidísima de esta crónica, donde apenas si podré trasladar algunas de las palabras que oí a su autor.

''Este libro—comienza Mr. Wells—es un experimento de presentación. La idea se me había ocurrido hace muchos años y al constituirse la Liga de las Naciones comprendí la necesidad de llevarla a la práctica, revisando toda nuestra enseñanza de la Historia, cosa indispensable si es que la Liga iba a ser algo más que una banca de liquidación diplomática. Propuse, pues, la idea a personas que, por su labor anterior, me parecían mejor calificadas; pero como nadie se atrevía tuve, al fin que poner yo manos a la obra.. Este esquema no pretende ser una obra de investigación original. Es un simple diagrama, cuya única originalidad consiste en la disposición de las partes y la proporción asignada a cada tema. Mi idea es dar una visión más amplia de la Historia de la que hasta ahora ha sido asequible al lector profano. Siempre me ha parecido que la enseñanza de la Historia es demasiado estrecha, demasiado nacionalista. Gran parte de las perturbaciones políticas de hoy día se deben a esta errónea concepción de la Historia. Cada historiador ha escrito como si aquel pedazo de tierra en que nació fuera el centro y el alma del mundo. Pero esta idea de patria es inhumana, y si el hombre debe seguir viviendo, tendrá que arrinconarse con otros ídolos caídos, o la humanidad llegará a una unidad sin fronteras, o la ciencia aniquilará a los hombres. No veo otro dilema para un porvenir más cercano, sin duda, de lo que algunos creen...

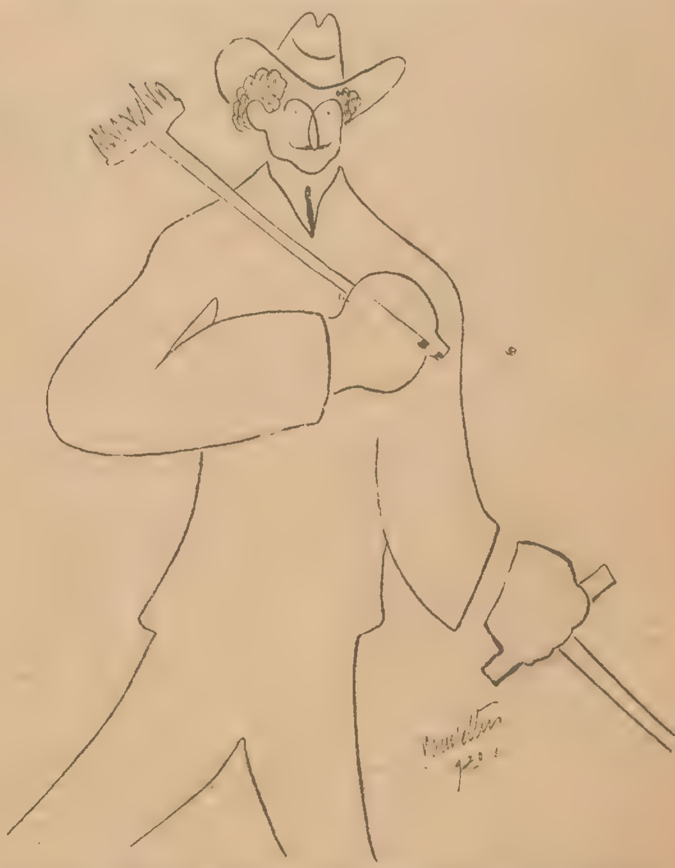
Por otra parte, la Historia tal como se enseña hoy, viene a ser un conglomerado científico de jirones y remiendos, y no puede ser otra cosa mientras no se aprenda en relación a un fondo de enseñaza histórica universal, como yo he tratado de hacer en mi ''Esquema'', pues sólo así se tendrá la visión de la unidad del humano destino y de la interdependencia del bienestar de una parte del mundo con el bienestar de las demás... La cosa más sorprendente que he aprendido al escribir este libro ha sido la importancia del Asia central y de China. Uno de los mapas muestra cómo la expansión del Imperio chino en los primeros siglos de la Era cristiana empujó a los pueblos nómadas hacia Occidente, originando así el derrumbamiento de la civilización romana. Esta región del mundo ha sido, y es todavía, el eje del destino humano... En mi última parte me atrevo a llevar la inducción más allá de los tiempos presentes. Mi capítulo final se titula ''El próximo escenario de la Historia'', y en él se trata del probable desenvolvimiento de la actualidad. Hay una vieja frase que dice que toda novela debería terminar con un signo de interrogación. Con más verdad aún podría decirse de la Historia. Una historia contemporánea que no deja al lector especulando sobre el inmediato venidero, muy muerta debe ser. Y si la historia que nos enseñan en la escuela no nos despierta el deseo de leer los periódicos para ver qué está ocurriendo en el mundo, señal de que esa enseñanza es un fracaso... Claro que ni yo ni nadie puede predecir lo que será el mundo dentro de un millón de años; pero casi podemos asegurar que dentro de los cien próximos, o habrá un gobierno federal universal, o se habrá iniciado la decadencia del género humano. Ante todo, tendremos que extirpar el hombre militar y el cerebro militarista—Mr. Churchill, por ejemplo.—El mayor peligro para la civilización no está hoy en el bolchevismo, sino en los aventureros aristócratas y monárquicos que llevan la política internacional en Francia, Inglaterra y Polonia. Esa gente no tiene el menor sentido de las limitaciones y constituye una verdadera conspiración contra la paz y el bienestar de la humanidad. Tanto harán, que provocarán una marejada social que nos anegue a todos. Es preciso, a toda costa, impedirlo. Si no atajamos sus agresiones insensatas y sus intrigas, destruirán el desenvolvimiento ordenado del actual sistema y nos llevarán, no ya a una revolución, sino al aniquilamiento de todo el orden social. Veremos entonces una Decadencia y Fin de Europa más rápida y total que la Decadencia y Fin de Roma....

Y el señor Wells levanta de los nenúfares y clava en el horizonte los ojos de un gris azulino, traspasados ya de misteriosas imágenes.

Ricardo BAEZA.

FIGURAS DEL CONCEJO DELIBERANTE

El ''onorevole'' Zaccagnini, por García Beltrán



''Biondo'', muy ''biondo''. En extremo ''amabile'', sobre todo con las damas, dado que es punto alto de la escuela romántica. ¿Afirmativa, De Andreis?... Caudillo ''posotivo'' de la Boca y as de la 4.ª de fierro''. Administró ''La Vanguardia'' y la finada ''Tribuna Popular''.

ADELAIDA

por Henri DUVERNOIS

—¿Ni leer ni escribir?

—No, señora — contestó Adelaida roja de vergüenza.

—¡Pero hay una ley de enseñanza obligatoria! ¿En qué han estado pensando tus padres?

La criada se enfrascó en una serie de explicaciones.

Era la menor de cinco hermanos. A los cinco años guardaba gansos; a los diez, vacas; después una señora la tomó a su servicio... Lamentaba su ignorancia con el pudor de una enferma ante el médico que la acosa a preguntas.

—Muchas veces quisieron enseñarme, pero no es posible, tengo la cabeza dura para esas cosas; pero la señora puede mandarme sin temor a la compra; es raro que me equivoque en un solo céntimo.

—Bueno, pues entonces no puede usted ganar más que quince francos; es la tarifa para las analfabetas.

Después explicó lo que tenía que hacer por esa paga. La relación fué larga. Adelaida la escuchaba con la boca abierta impresionada por el empaque y la facilidad de palabra de la imponente y majestuosa señora.

—Sobre todo, tendrá usted que cuidar del señorito Cipriano. Es mi hijo. Ahora le verá usted. Tiene nueve años. Nosotros, mi marido y yo no podemos atenderle, porque vamos a reuniones y al teatro todas las noches. No vaya usted a dejarle solo para ir a hacer burradas con algún apache; la meteríamos a usted en la cárcel. Mi marido se tutea con el comisario de policía; de modo que ya está usted advertida. Mire, aquí está el señorito Cipriano. Cipriano, es la criada nueva. Que te sirva de ejemplo; tiene doble edad que tú y no sabe leer ni escribir... es la desgracia de su vida... Ya no hay más que los animales que no sepan leer ni escribir.

Y Adelaida simpatizó con Cipriano, un niño sensible y juicioso, demasiado rubio, menudo, y a quien su madre no quería gran cosa.

"Respetarás y amarás a tus amos", le dijo el cura de su aldea a Adelaida, ella quería respetarlos; pero le daban miedo. Sólo con Cipriano se hallaba tranquila, cuando la buena señora muy engalanada, teñida y pintada, salía a divertirse por la noche en compañía de su marido.

El niño la compadecía, le enseñaba sus juguetes y sus estampas. Ella a veces sacaba de su cuarto unos quesitos que había traído de la aldea y obsequiaba con ellos a Cipriano.

Una noche le preguntó:

—¿Usted entiende de letra y de escritura?

—Sí, cuando está claro.

Adelaida sacó un sobre: "Señorita Adelaida Boro, en casa de la señora Hournicart. Se lo entregó a Cipriano, como arrepentida de no guardar aquel misterio que durante todo el día había estado abrasando su bolsillo. Cipriano descifró victoriosamente la carta: La señora Boro suplicaba a Adelaida que le mandase siete francos cincuenta céntimos cada mes: su padre se había tenido que comprar unas medias de goma; las gallinas no ponían nada.

—¿Y nada más?

—Nada más.

Volvió a coger el papel y lo miró mucho rato como si quisiera resaltar las frases que no contenía. Después hizo ese gesto del niño que está para echarse a llorar, quiso encontrar la sonrisa que le había enseñado madama Hournicart, no pudo lograrlo y estalló en sollozos.

Desde aquel día, cada vez que sus padres iban a salir, Cipriano se lo participaba a la criada en estos términos: "¡Papá y mamá van al teatro; podrás ponerte triste, pobre Adelaida!" Y ella se ponía triste.

Tanto, que llegó a conmover a su amito. Este, con su segura intuición de niño sensible, adivinó algún drama obscuro que estaba haciendo padecer a Adelaida penas muy hondas. No lloraba ésta nunca, sólo permanecía inmóvil con una mirada de sér irracional, como sumergida en un embobamiento del que quería sacarla el niño besándola con cariño:

—¡Pobre Laida! ¡Pobre Laida!

Cierta vez llegó a ofrecerle sus ahorrillos; veintidós francos y diez céntimos.

—Gracias, señorito Cipriano... No es eso, es una cosa... una cosa... ¿Usted sabría escribirme una carta?

—¡Ya lo creo!

—¿Pero sin decírselo a nadie?

—Te lo juro. ¿Ves? Ya tengo aquí mi papel más bonito, el que tiene una rosa pintada. Dicta.

Adelaida dictó primero el sobre: Señor Adolfo Leportrec, en Vuille, por Croix-de-Hart (Ille-et-Vilaine). Después se cruzó de brazos, cerró los ojos y empezó con acento suplicante, con el acento que emplearía para hablar al propio Adolfo Leportrec:

"Querido Adolfo: ya hace más de seis semanas que estoy esperando la carta que me prometiste, y no he recibido nada. Me estoy repudriendo la sangre, y quiero preguntarte si piensas venir pronto a buscarme a París."

Reflexionó un poco y añadió:

"Has de saber que estoy en una buena casa y que no pasa un minuto en que no me acuerde de ti. Ayer vi un aeroplano..."

—Aeroplano—repitió Cipriano y preguntó:

—¿Es tu novio?

—Dése usted prisa, señorito, si volviesen pronto sus papás... "Querido Adolfo, tengo que decirte que no seas tan descuidado porque tengo yo que decirte un secreto que me quita el sueño y por el cual te recuerdo lo que tantas veces me dijiste cuando ibas a Vuille...

Vaciló un poco y dictó muy deprisa: "Querido Adolfo: Creo que voy a tener un niño. Querido Adolfo: por Dios, contéstame pronto para tranquilizarme. Espero tu carta en la que me digas lo que tienes que decirme. Escríbeme lo más pronto posible respecto a tus intenciones, si no, no sé lo que va a ser de mí. Querido Adolfo: si me vieses, tendrías lástima de mí."

Y una vez la carta terminada, cerrada, y con su sello, Adelaida volvió a sonreir ya más tranquila.

Cipriano no se atrevió a preguntarle nada, orgulloso de tener que guardar un secreto de persona grande. Adivinaba confusamente la importancia de la contestación y la esperaba con impaciencia. La llegada del correo le hacía temblar cada día; corría a coger las cartas y leía con ansiedad los sobres.

—No me extraña que este chico esté anémico—decía su madre,—le come la curiosidad. ¡No sé qué le pasa!

Pero el cartero no llevaba nada a nombre de la criada, y ésta trabajaba con un ardor salvaje para aturdirse, para no pensar, para esperar con sangre fría la respuesta, que ya no podía tardar.

Por la noche, cuando el niño se quedaba a solas con Adelaida compartía con ella su tristeza; hubiese querido consolarla, pero la criada permanecía sentada en una silla sin ver ni oir nada, respirando con dificultad alucinada por funestos presentimientos.

Y a Cipriano se le ocurrió una cosa:

—¡Qué poco te escriben!—le dijo con cortedad.

Ella le contestó con un gesto de desesperación, con un gesto de locura.

Bueno, la cuestión era arreglar las cosas del mejor modo posible. Ante todo había una frase que extrañaba a Cipriano: "Querido. Adolfo; yo creo que voy a tener un niño". Aquello era lo que indudablemente preocupaba a la muchacha, lo presentía. ¡Un niño, allí, en un sexto piso, no sería muy agradable! Y a ocultas, escribió una carta apócrifa que firmó como un valiente con el nombre de Adolfo Leportrec. La echó al correo en un buzón próximo, escogiendo un día en que sus padres cenaban fuera de casa.

A las ocho y media llamó la portera:



LA COMIDA ESTA CARA

Pero si el patrón es inteligente, los clientes del restaurant comen poco.

—Una carta para la señorita Adelaida Boro.

Era la carta de Cipriano. La criada se puso horriblemente pálida y cogió el sobre temblando.

—Trae, yo te la leeré — dijo él mismo.

Y leyó:

"Querida Adelaida: yo sigo bien a Dios gracias. No te preocupes más. Sal y ve al teatro. Por lo que dices del niño, si tienes interés en tener uno, no lo busques en París; yo te llevaré uno muy hermoso cuando vaya a verte un día de estos. Aquí en el campo se encuentran más baratos..."

Y al ver que Adelaida permanecía callada, petrificada por el asombro, con los ojos abiertos...

—¡Ya ves como no tenías motivo para inquietarte!—dijo Cipriano muy seriecito.—¡Es un buen muchacho!

Retazos

El informe semestral de la Save-a-Life, de Nueva York, asociación consagrada a impedir los suicidios por medio de socorros prontos y eficaces que remedien las dificultades de la vida, da cuenta de que en los seis primeros meses del presente año se registraron en los Estados Unidos 2.771 suicidios, de los cuales 1.810 correspondieron a varones y 961 a mujeres.

El informe hace notar que ha habido un acentuado aumento en los suicidios de mujeres, lo cual atribuye al crecimiento de la complejidad de la vida, a causa de la entrada de la mujer en los negocios y en la política.

El informe añade que lo más alarmante que viene ocurriendo es la frecuencia con que se producen los suicidios de niños. Nada menos que 88 niños y 137 niñas entre quince y diez y seis años se causaron voluntariamente la muerte. Los niños emplearon con más frecuencia las armas de fuego, y las niñas apelaron al veneno.

Un periódico de Londres refiere que en ocasión de hallarse varios obreros judíos construyendo una carretera del Estado en las inmediaciones de Tiberiades, mar de Galilea, encontraron, sorprendidos, las paredes de una antigua ciudad y varias columnas que se conservaban en buen estado.

Al tener noticia el gobierno inglés de aquel extraño descubrimiento, ordenó que los trabajos quedaran suspendidos, y dispuso que Mr. Nac-Kay, director del departamento de Antigüedades, visitara aquellos lugares en compañía de dos miembros judíos de la Sociedad de Exploradores.

Parece que las ruinas que ahora han aparecido pertenecen a la antigua Tiberiades, la ciudad que tan importante papel desempeñó en la historia judía y cristiana.

Ya se ha concedido la correspondiente autorización a la Sociedad judía de Exploradores para que emprenda excavaciones en gran escala.

SECCIÓN VERMOUTH

EN NOMBRE DE LA HIGIENE

José Galíndez se preocupa en extremo de la higiene. Es su monomanía.

José Galíndez ha salido a dar un paseo. Por la calle se fija en una mujer que está lactando a su hijo. La mujer es extremadamente sucia. Ignora, por lo visto, lo que es tomar un baño.

Escandalizado José Galíndez se aproxima a la mujer:

—Señora—exclama—en este estado de suciedad ¿cómo se atreve usted a dar el pecho a su hijo?

—Caballero—responde la mujer sorprendida.—¿A quién quisiera usted que se lo dé entonces?

EL CASERO AMARRETE

Pedro Morelli habita un departamento en una casa muy fea y muy vieja de la calle Sarmiento.

Pedro Morelli ha entablado diferentes veces negociaciones con su casero, tendientes a que refaccione la casa. Nunca ha podido lograr nada, nada más que el aumento del alquiler.

Pedro Morelli está indignado. Desearía que por lo menos su casero mandara pintar la escalera de la casa, pues está en un estado imposible de suciedad.

—Hágame por lo menos el servicio de blanquear la escalera—le pide al propietario, Pedro Morelli que se ha decidido a visitarle.

—Ay señor—responde el propietario—lo haría de muy buena gana, pero hasta el año próximo no va a ser posible.

—¿Por qué?

—Es que, señor... estoy de luto.

COSAS DE CIEGOS

Un ciego pide limosna desde hace años a la puerta de una iglesia. Un día nota con sorpresa que otro ciego viene a disputarle la clientela.

—¡Eso no puedo tolerarlo!—piensa el ciego primero—y se dirige con enojo hacia el lugar donde se ha sentado el intruso.

—Tendrá usted que retirarse de aquí. Esta iglesia me pertenece—exclama el primitivo ocupante.

—Tengo el mismo derecho que usted para pedir limosna.

—¡Le digo que se mande mudar!

—No me da la real gana. Me quedo.

—¿Sí?—exclama el ciego indignado—¡Pues eso lo veremos!

EN EL HOSPITAL

El doctor Cabrinetti visita la sala del hospital que tiene a su cargo.

—¿Cuántos murieron anoche?—pregunta el doctor Cabrinetti al enfermero de servicio.

—Siete, doctor.

—¿Tomaron todos las medicinas que ordené?

—No doctor.

—¿Cómo es eso?

—Uno de los enfermos se negó terminantemente a tomar lo que usted había recetado.

—¿Y los demás?

—Los demás, son los siete que se han muerto.

LA ESPOSA CELOSA

Margot se ha casado con un pintor. Margot es una ferviente admiradora del arte. Pero Margot no es feliz en su matrimonio.

Casi llorando se presenta en casa de su amiga Elvira:

—¿Qué te pasa?—le pregunta ésta.

—Estoy desesperada.

—¿Qué es lo que te sucede?

—¡Ay, mi marido me es infiel!

—¿Cómo lo sabes?

—Le encontré en el estudio con una mujer.

—Sería su modelo. La cosa no tiene nada de comprometedor.

—Sí, ya sé. Pero noté un detalle revelador.

—¿Qué es lo que notaste?

—¡Ay! ¡La dama estaba completamente vestida!

UNA REFLEXION DE JESUSA

Jesusa ha entrado a servir en casa de unos señores ingleses.

Jesusa está muy extrañada de que sus señores se expresen en un idioma diferente del suyo.

—¡Qué raro es—piensa—que sepan hablar tan bien en inglés!

Su señora quiere hacerle observar que el caso no tiene nada de extraordinario.

—Nosotros hablamos en inglés porque hemos nacido en Inglaterra.

—Ah, ¿sí? Entonces que desgraciada soy yo—exclama Jesusa.—Si hubiese nacido en Inglaterra sabría el inglés y el gallego.

INVITADO PELIGROSO



La señora Ligatorta ha invitado a un actor cómico de cine y ha colocado un plato de merengues a su lado.

El actor.—¡Ay! ¡Disculpen ustedes! Creí que estábamos representando una película!

PROPAGANDISTA EJEMPLAR

En una farmacia anuncian un elixir que conserva la salud. Es el elixir de los centenarios, asegura el cartel que lo anuncia.

Ernesto pasa por delante de la farmacia, lee el cartel y decide entrar a informarse:

—¿Realmente es eficaz el medicamento?—pregunta.

—Cómo no señor—responde el farmacéutico,—puede usted tener en él una confianza absoluta.

—¿Me lo garantiza usted?

—Sin duda alguna. Y por experiencia. Un amigo mío tomaba una cucharadita todos los días y...

—¿Y llegó a centenario?

—Sí. Antes de terminar la primera botella.

—¿Cómo es posible?

—Lo comenzó a tomar a los noventa y nueve años y once meses, caballero.

¡POBRECITO NENE!

Los esposos Sonzinetti disputan acaloradamente delante de su hijito Manuel, un pibe de nueve años.

—La vida a tu lado es imposible—dice ella.—Si llego a saber lo que iba a pasarme a tu lado, me hago monja.

—Pues si yo llego a imaginarme—exclama él—lo desgraciado que iba a ser contigo, me pego un tiro antes de realizar la boda.

Al oír la disputa de sus padres, Manuel comienza a llorar desesperadamente.

—¡Pero que es lo que te pasa a vos?—le pregunta su papá.—¿Por qué demonios lloras?

—Por lo que dicen ustedes. Si no se hubiesen casado ¿qué habría sido de mí, sin padre ni madre?

ENTRE ANDALUCES

—Mi tío tenía una nariz tan larga que no podía entrar en su cuarto sin romper alguna cosa.

—Eso no es nada. Un amigo mío tenía una nariz tan larga que cuando estornudaba no oía el estornudo hasta el día siguiente:

LA EXCUSA

Jorge ha instalado una fábrica. El trabajo se realiza en malas condiciones y la mayor parte de sus obreros se vuelven tísicos al cabo de unos años de trabajar en la fábrica de Jorge.

—Debes reorganizar tu negocio en otra forma. Mira que es una terrible responsabilidad para ti—le dice un amigo.

—¿Qué culpa tengo yo?—protesta Jorge.—Es su manera de ganarse la vida.

Lo que comen las sardinas

A Ramón Puig.

Cualquiera observación relativa a las costumbres y régimen de las sardinas, tiene un interés excepcional, pues considerando la abundancia de este pescado en nuestras costas, conviene estar al tanto de todo aquello que pueda influir en su aparición o desaparición, en su mayor o menor abundancia.

Parece que tratándose de un pez tan vulgar, todo lo relativo a él debía ser ya conocido, y, sin embargo, hay muchos errores en lo que a sus costumbres se refiere. Hasta ahora se creía que las sardinas eran esencialmente carnívoras; en su estómago no se encontraban más que infusorios, gusanos y pequeños zoófitos. También se pescaban muchas sardinas con el estómago completamente vacío, al parecer, y suponíase que éstas habían pasado por un prolongado ayuno. Pero ahora, en la estación zoológica de Wimereux se ha observado con el microscopio el estómago de unas cuantas sardinas jóvenes, de éstas que se creía dedicadas a la abstinencia, y se ha encontrado en su interior una porción de biatomeas, plantas marinas microscópicas, de las cuales había más de veintidós especies distintas en la tripa de alguno de los pececillos.

Adolfo HARRIS.

EL RÚSTICO

por J. Francisco OSWALD

El vizconde Jorge d'Osmont miró su reloj y habló por el tubo acústico: "Luis, aumenta un poco la marcha; voy con retraso."

Se recostó a medias sobre los cojines del coche, y, con un cigarrillo fino en los labios, pensó en su prometida, Angela Florent, la hija única del célebre y riquísimo músico.

Se echó a reír.

Decididamente, era un matrimonio inesperado. Cierto que su familia era de una nobleza auténtica y su profesión de ingeniero le proporcionaba importantes ingresos; pero carecía de fortuna personal. Sus aficiones al lujo le obligaban a acudir a los más raros expedientes y al escalonamiento de sabios empréstitos. Pronto, gracias a la enorme dote de su mujer, no conocería las preocupaciones del dinero y podría dar libre curso a sus dispendiosas fantasías.

Angela Florent era, indudablemente, la mujer que le convenía. Sentía un altivo desprecio por las gentes de "baja condición", y era una deliciosa muñeca, frívola y caprichosa, preocupada con graciosas locuras y bagatelas e incapaz de decir una palabra en una conversación seria. Se haría, pues, perdonar de ella con algunos besos oportunos...

—¿No querría darse cuenta del estado de los trabajos, señor ingeniero?

El vizconde dirigió una mirada de temor a su impecable porte.

—¿Es verdaderamente útil?

El contramaestre arrolló lentamente algunos planos y dijo con embarazo:

—Tengo algunos asuntos de que hablarle, asuntos que vería con más claridad si fuéramos cerca de la perforadora... Temo que...

—¿Qué teme usted?

—Nada... Es decir...

—Yo lo que temo es que la perforación no se haga a tiempo. Es preciso que, lo más tarde en veinte días, hayamos llegado al tramo B... No olvide usted que la línea debe de estar para el día 15 de octubre... El convenio con la compañía de ferrocarriles es formal...

—No lo olvido, pero...

—Despachemos; tengo prisa.

Con paso rápido penetraron en el túnel, iluminado a trechos por altas lámparas de acetileno.

—La forma en que están puestos estos puntales me inquieta, señor ingeniero. En mi opinión, deberían estar...

Un choque formidable, un ruido ensordecedor de la tierra, cayendo por millares de toneladas... Después, nada; un silencio lúgubre, espantoso...

El vizconde se levantó, los ojos desmesuradamente abiertos por el horror. Un sollozo ronco se escapaba de su garganta. La catástrofe había sido tan súbita, tan inesperada, que no comprendía nada. ¿No estaría bajo la influencia de una espantosa alucinación? ¿Qué significaban aquellas tinieblas?...

La lucidez volvió a su espíritu. El túnel acababa de hundirse. El estaba enterrado a cincuenta metros bajo tierra.

Entonces rugió como un demente, con el horror del animal que siente el frío de la muerte.

Después calló bruscamente, extenuado, sin pensar, como una bestia.

El vizconde encendió una cerilla y se levantó poco a poco. Avanzó como un borracho. Sus pies tropezaron en algo, y cayó. En sus manos sintió un pecho. Un hombre estaba allí tendido. Lo sacudió fuertemente.

—¡Oh!

Un ligero gemido, y después:

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío!... ¿Es el socorro?

—¿Socorro? ¡Oh, desgraciado!... ¿Quién eres?...

—Juan Pedro...

—¿Estás herido?

—No lo sé.

—Por otra parte, no importa... Estamos perdidos.

—¡Perdidos!... ¿Es posible?

—Así es... Estamos condenados a morir aquí... Si no es de hambre o sed, será de asfixia.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Jacqueline!... ¡Mi Jacqueline!

El hombre se puso a llorar desconsolado.

El vizconde había recobrado su sangre fría. Examinando su prisión, hacía todas las hipótesis posibles. De no ocurrir un milagro, la muerte era inevitable, y maldijo a la casualidad que le había librado del aplastamiento. Se acordó de haber leído historias de hombres enterrados en vida, y se estremeció con la perspectiva de los horrores que le esperaban.

Recordó su pasado, su juventud laboriosa. Se le presentó la imagen de su encantadora prometida. Pensó en sus parientes, los evocó locos de dolor al recibir la atroz noticia. Iba, en fin, a morir a los treinta años, en plena felicidad y riqueza...

Las imágenes se sucedían en su cerebro con una rapidez y una precisión extrañas...

Los minutos, las horas, pasaron.

Temblando por la fiebre, ardiendo de sed, con el oído atento, sostenidos por la esperanza, más fuerte que todos los razonamientos, el vizconde y Juan Pedro cambiaron algunas breves frases. Hablaron de igual a igual. Allí no había un ingeniero y un obrero, sino dos desgraciados condenados a muerte.

Juan Pedro habló de su mujer, de sus hijos... El vizconde escuchaba, confortado por la presencia de algo humano, experimentando una simpatía inconsciente por su compañero de sepulcro.

De pronto pronunció estas palabras:

—Oyeme, Juan Pedro... Abracémonos.

Los dos hombres se abrazaron en un abrazo que parecía simbolizar su adiós a las cosas de la tierra, su adiós a los seres que les eran tan queridos.

—Pero, dime, Jorge... ¿No me has hablado del obrero con el cual quedaste enterrado?... ¡Pobre amigo!... ¿No tienes, a lo que creo, ni el consuelo de cambiar una palabra con un ser parecido?

El vizconde vaciló. ¿Diría la verdad a su prometida? ¿Le contaría la escena del abrazo?

Reflexionando, se tendió con displicencia sobre un sofá y encendió un gran cigarro. Unos segundos contempló los rayos del sol que pasaban a través de las cortinas, jugaban en los espejos y sobre los grandes ramos de lilas blancas.

No; ciertamente, sería muy ridículo. El, el vizconde Jorge d'Osmont, abrazando a un obrero... Le parecía oír ya una carcajada irónica, que no terminaría nunca.

—¿No me respondes, Jorge?

Y con sombrío semblante contestó:

—¡Ah, mi querida Angela! No me hables de eso... Es un rústico, un pobre diablo ese obrero...

Los americanos se enorgullecen de conservar en sus bosques árboles contemporáneos del mamut y del dinosauro. Son éstos los "sequoias" o "grandes árboles", que se alzan en algunas pendientes de las sierras californianas, supervivientes de una raza que vivió hace millares de años y quedó casi completamente destruída por el período glaciario. Sólo en California un pequeño número de "sequoias" escaparon a la muerte y perpetuaron la especie. Todavía se hallan 31, distribuídos en un espacio de 50 millas cuadradas, elevándose por encima de sus congéneres más modernos. Algunos miden 130 metros de altura y cuentan lo menos cinco mil años de edad.

Los "grandes árboles" están, en su mayor parte, situados en los bosques nacionales, bajo la especial protección del gobierno, que ejerce estrecha vigilancia sobre ellos para evitar su destrucción por un incendio o por cualquier otro medio.

El tronco de uno de estos árboles monstruosos, cortado hace bastantes años, se encuentra en el Museo de Historia Natural de América, y mide cinco metros cincuenta centímetros de diámetro, con un peso de nueve toneladas.

AHORA QUE NO HAY CARRERAS LOS JUEVES



—Apuesto cien pesos a que antes de cinco minutos se produce otro choque.

En el corazón del continente africano

LA TRIBU DE LOS BANYOROS

por Vicente VERA

Una expedición inglesa, organizada bajo los auspicios de la Real Sociedad Británica, y dirigida por el Rev. John Roscoe, se halla explorando los territorios que se extienden al oriente del lago Alberto, en el protectorado de Uganda. En esa porción del continente africano existen tribus aún poco estudiadas, y entre ellas se cuenta la muy importante de los banyoros, en cuyo país ha permanecido la citada expedición durante cuatro meses, informándose detenidamente de la etnografía, condición social, usos y costumbres de aquellos indígenas. El rey de éstos ha acogido muy amistosamente a la expedición británica, manifestando gran interés en el objeto de los exploradores, y ha procurado ayudarlos eficazmente en la realización de sus propósitos. Mr. J. G. Frazer, en una carta dirigida al editor de "The Times", suministra datos muy interesantes respecto a los resultados obtenidos.

Las investigaciones hechas por los expedicionarios muestran que los pobladores de Banyoro (o sea el país ocupado por los banyoros) pertenecen a dos grupos étnicos distintos, a saber: los bahuma y los bairúes. Los primeros, o sea los bahuma, son ganaderos, y forman una clase aristocrática dominadora; mientras los segundos, es decir, los bairúes, constituyen la clase dominada y se dedican a todos los menesteres del cultivo de los campos.

Los bahuma pertenecen, étnicamente, a la rama hamítica, afines a los gallas; y, procediendo del Norte, invadieron y conquistaron el país. Los bairúes representan los habitantes primitivos y corresponden étnicamente al gran grupo bantú, que, formando diversas variedades, abarca la inmensa mayoría de las tribus africanas que ocupan el continente africano desde el Ecuador hacia el Sur.

Aunque las dos razas, bahumas y bairúes, conviven perfectamente, ha habido entre ellos, comparativamente, muy pocos enlaces matrimoniales, de suerte que cada grupo mantiene casi intactas sus características físicas, su condición social y sus costumbres; pero los conquistadores han concluído por aceptar el lenguaje de los conquistados, siendo, pues, el idioma bairú el idioma adoptado en todo el país.

Los bahuma muestran gran afección por sus ganados, cuidando las reses con verdadero cariño; con lo cual han adquirido un conocimiento extraordinario de todo lo referente a los animales y al modo de tratarlos, tanto en estado de salud como en el de enfermedad.

El jefe de la expedición británica, Mr. Roscoe, opina, por lo tanto, que, con muy poca ayuda por parte del gobierno inglés, se lograrían mejorar las condiciones económicas de aquel país, convirtiéndolo en región exportadora de ganado, de leche y de sus derivados, con beneficio del propio país y del imperio británico.

Los reyes son, por supuesto, de raza bahuma. El pueblo los mira con temor respetuoso, como seres que se hallan a nivel más alto que el resto de la humanidad; sin embargo, la vida de aquellos monarcas está tan perturbada por una multitud tal de reglas y de restricciones, que, en realidad, disfrutan de muy poca libertad. Tienen ocupado el día desde la mañana hasta la noche por una serie de ceremonias de carácter sacerdotal con su tinte de magia, ceremonias que tienen que efectuar con toda puntualidad para bien de su pueblo, de los ganados y de los campos. El rey desempeña estas obligaciones hora tras hora y día por día, con la misma regularidad que el sol, y para ello, un maestro de ceremonias está constantemente encargado de recordarle sus deberes en el momento preciso. Atareado con este cúmulo de ceremonias, el rey no tiene tiempo para hacer expediciones recorriendo su reino; de suerte que, después de su ascensión al trono, nunca, o muy raras veces, sale del amplio recinto donde mora con sus mujeres y su servidumbre.

Antiguamente, cuando un rey de los banyoros se sentía gravemente enfermo, o caía herido en una batalla, tomaba un veneno y moría; pero esta costumbre ha caído en desuso desde hace muchos años.

Otra práctica muy curiosa es que, cada año, uno de los campesinos bairúes adscritos al cultivo del campo es elevado al rango de rey por siete u ocho días; durante este tiempo representa al difunto padre del verdadero rey y vive al lado de la tumba del monarca fallecido, tratando como si fueran sus mujeres propias a las viudas del difunto rey, bendiciendo al nombre del rey muerto, que él (el campesino) representa.

En justa reciprocidad, recibe donativos del rey verdadero, en cambio de sus bendiciones. Además, puede hacer regalos a quien le plazca, tomándolos de los ganados de la Casa real. Después de este breve reinado, el campesino es conducido a espaldas de la tumba del monarca por él representado, y allí se le estrangula.

Desde el país de los banyoros, la expedición británica prosiguió su viaje hacia el Este, hasta el monte Elgón, en las fronteras del territorio que se ha venido denominando Africa oriental británica. En aquellos parajes se halla actualmente estudiando las tribus que los pueblan, entre ellas los caníbales bagishúes.

Inútil será que repitamos lo que toda la prensa mundial ha relatado del estado en que han quedado multitud de ciudades y aldeas del Norte y Nordeste de Francia; casas particulares, edificios públicos, iglesias, han sufrido los efectos de la formidable artillería y son hoy un montón de ruinas, pero ruinas queridas a las que vuelven los que un día vivieron allí en paz, buscando de nuevo la vida apacible y tranquila de que durante cinco años se vieron privados. Poco a poco la vida empieza a regularizarse defectuosamente, incompletamente, pues hay cosas que aniquiladas en media hora no pueden resurgir en medio año. Los servicios religiosos se llevan a cabo de una manera pintoresca en muchos lugares.

Aquí no queda sino un lienzo de la iglesia, con un resto de altar, y aquello se aprovecha para celebrar el santo sacrificio de la misa.

En tal aldehuela no queda del templo, sino unas columnas, y a una de ellas adosado el púlpito. Los fieles acuden con el párroco, que al aire libre les dice su plática.

En Curlu, departamento del Soma, la pequeña iglesia quedó en ruinas, restando apenas unos metros cuadrados de pared.

La pila bautismal quedó al aire libre; creció a su alrededor la maleza, vino la primavera, brotaron también en torno flores silvestres y hoy en día las curlesas bautizan a sus retoños al aire libre en la pila que se salvó del desastre y que parece emergir de un colosal ramo de flores.

El periódico "Heral of health" indica un procedimiento muy sencillo para sacar los motas de los ojos, como partículas de carbón o cenizas que se introducen al asomarse por la ventana de un vagón de ferrocarril, que, como es sabido, molestan extraordinariamente.

El procedimiento consiste en introducir en el ángulo del párpado uno o dos granitos de harina de linaza. La materia oleaginosa que ésta contiene atrae hacia sí los cuerpos extraños, saliendo ellos mismos; después se limpia todo con un pañuelo.

El vaso de cerveza

(Del libro de versos "Breviario emocional", recientemente aparecido)

En el balcón del bar está la mesa
propicia a nuestras charlas provincianas,
doce toques han dado las campanas
y han sonado más fuerte en mi tristeza.

—Comienza tú, que tienes la cabeza
llena de sueños y de cosas vanas...
Yo mostraré en la frente muchas canas
al terminar mi vaso de cerveza!

En ese mostrador que está contiguo,
el mozo japonés, de rostro ambiguo,
nos contempla con íntima atención:

—¡Otro chop, japonés, para esta mesa!
(Luego habrá un cascabel en la cabeza
y una paloma sobre el corazón!).

Octavio E. LOBO.

PESCADO FRESCO



—¡Este mismo sábalo me lo daba usted hace siete días por dos pesos menos!
—¿Pero, usted sabe, señora, de entonces acá lo que yo me he gastado en hielo para poderlo conservar?

El alba en el tren

Rebaños... El pardal de los rastrojos.
Las nieblas en las crestas y canchales...
Espesuras sin sol... Arboles rojos...
Un arroyo que baja entre jarales...

Vellones del otero vienen vagos,
indecisos de gris, copos deshechos...
Verdes los robles y los jaramagos,
y en las cimas heladas, los helechos...

Pita el tren en la niebla... Se fatiga.
Va subiendo, subiendo...
¡Lloran los pinos en la cumbre amiga,
agua, hielo y resinas escurriendo!...

Suena un vago estertor. El tren se inclina
para tomar la curva pronunciada...
La niebla se hace espesa, y la llanada
va hundiéndose al pasar... No se ve nada.

En el fondo del valle, los arroyos
serpentean un brillo intermitente...
Se ven, entre la niebla, los rebollos
como en un transparente.

Amarillos los álamos de plata.
Las choperas, bermejas.
Prusia, los pinos; sangre, una fogata,
y blanco de marfil, unas ovejas.

No hay pájaros... Subimos. Se difuma,
se deshace el paisaje.
Las peñas se recortan en la bruma
y el helecho dibuja un gran encaje...

Armonías de azules y morados.
Canchales, torrenteras...
Están los barrancones inundados
y anegados de charcos las trincheras...

La trinchera se estrecha, hosca y sombría.
Una piedra gigante, como un sapo
meditando a la orilla de la vía,
se agranda poco a poco... Un gusarápo

mira al tren, en su charca, atentamente.
Una boca muy grande y muy oscura
—fauce de un túnel—cierra la pendiente.
El tren pita al entrar, sopla y fulgura.

En lo oscuro del túnel, los viajeros
se contemplan. La llama mortecina
tiene estremecimientos agoreros...
La otra boca del túnel se ilumina.

y salimos a un puente trepidante,
donde la niebla se agarró, tan densa,
que parece colgante
sobre el vacío azul. La mancha extensa

de un inmenso pinar baja hasta el puente;
y el puente se reclina en su espesura
con la misma dulzura
que un mastín en la tolla de una fuente

...Hemos llegado ya. También nublado
ha llegado septiembre ante nosotros.
Nos aguarda una yegua y a su lado
los espantados potros.

—¡Llovió, señor, llovió!—dice el potrero...
Pasa un auto. Se asusta la potranca,
y a poco sólo queda, en el otero,
del tren el humo gris, que va rastrero,
y del auto veloz, la estela blanca...

Luis FERNANDEZ ARDAVIN.

Máximas de Oscar Wilde

LA MUJER

La mujer ha nacido para ser amada, no para ser comprendida.

Los hombres conocen la vida demasiado pronto; las mujeres harto tarde: tal es la diferencia entre los hombres y las mujeres.

El llanto es el refugio de las mujeres feas y la ruina de las graciosas.

El hombre que moraliza es casi siempre un hipócrita; la mujer moralizadora es, invariablemente, fea. Nada sienta peor a una mujer que una conciencia demasiado rígida. Afortunadamente, la mayoría de ellas comparte esta convicción.

Las mujeres, según decía un francés de ingenio, nos inspiran deseos de crear obras maestras y nos impiden realizarlas.

Las mujeres perversas nos atormentan; las buenas nos aburren. Tal es la diferencia.

Definición del sexo femenino: Una esfinge sin secretos.

¿Cuál es el hombre perverso? El hombre que admira la inocencia.

¿Qué entendéis por "una mujer perversa?" Aquel tipo de mujer del cual el hombre no puede separarse nunca.

Nunca hay que tratar de comprender a una mujer. Las mujeres son imágenes; los hombres son problemas. Para comprender verdaderamente a una mujer, hay que mirarla, no escucharla.

Veinte años de novela truecan a una mujer en una ruina; veinte años de matrimonio, hacen de ella un monumento.



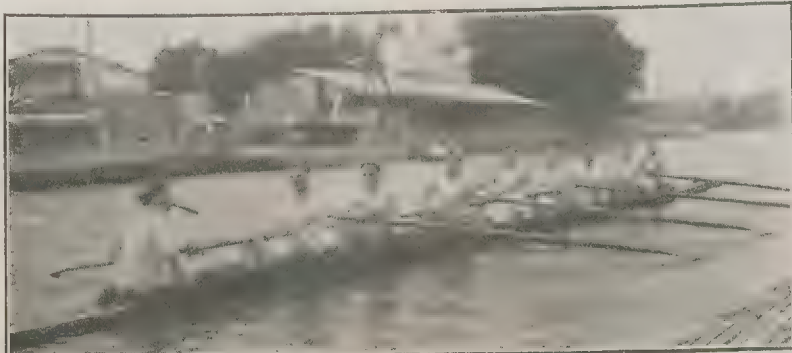
A UN PASO DE LAS REGATAS INTERNACIONALES



La tripulación del 8 Seniors del Buenos Aires Rowing Club, que disputará la copa del rey de España, practicando ejercicios de entrenamiento.



Los remeros del 8 Juniors del Club de Regatas La Marina, que rivalizarán con los del Teutonia en la conquista de la Copa Hispano-Argentino.



El 8 Juniors del Club Teutonia, que tomará parte en la carrera donde se disputará la Copa Hispano-Argentino.



El Juniors Fours B del Tigre Boat Club, inscripto en el premio Canotieri Italiani, carrera de 1500 metros.



Enrique Goddio, notable remero del Club Canotieri Italiani.



Tripulación del Club de Regatas La Marina, que luchará en la prueba de 1500 metros, dotada con la Copa Central Argentino.



El "Seniors double scull", del Club de Regatas La Marina, que intervendrá en una carrera de 1500 metros.



Los cadetes del Tigre Boat Club, con su capitán W. Jhonson y el entrenador J. W. Baden, que tomarán parte en una prueba de 1.000 metros.



Remeros del Fours B. del Club Hispano-Argentino, que disputará el premio Canotieri Italiani, en la distancia de 1.500 metros.

Fot. del Dr. González Locamoux.



ACTUALIDAD ITALIANA.—EL TERREMOTO EN VERSILIA Y GARFAGNANA



Vista de Fivizzano, antes de producirse el terremoto.



Un fogón improvisado en Fivizzano, después de ocurrir el fenómeno sísmico.



Habitantes de las regiones devastadas, acampando al aire libre.



Estado en que quedó la iglesia de Vignetta.





Dos vistas de las ruinas de Fivizzano, ocasionadas por la catástrofe.



SEXTO CONGRESO SIONISTA ARGENTINO



Vista parcial de la sala del Grand Splendid Theatre, durante la inauguración de las sesiones del congreso, auspiciado por la Federación Sionista. Al acto, que se realizó el día dos del actual, fueron especialmente invitados el ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña, Mr. James William Ronald Mac Leay y las autoridades nacionales.

NOTAS ROSARINAS



Los profesores de la Facultad de Ingeniería y Escuela Industrial de la Nación, después del banquete que, para estrechar vínculos de compañerismo, se realizó el día 30 de octubre pasado, despidiendo el año escolar.



Representantes de "Rosario Rowing Club", ganadores del premio "Presidente Club Regatas Rosario", señoritas Irene Smith, Gladys Fones, Aída Bach, Pilar Retzlaff y señor A. Hardy.



Remeros del "Club de Regatas Rosario", que triunfaron en el premio "Comisión de Fomento del Río Paraná".



Una parte del público que presenció los torneos en los cuales se disputó el campeonato de football.

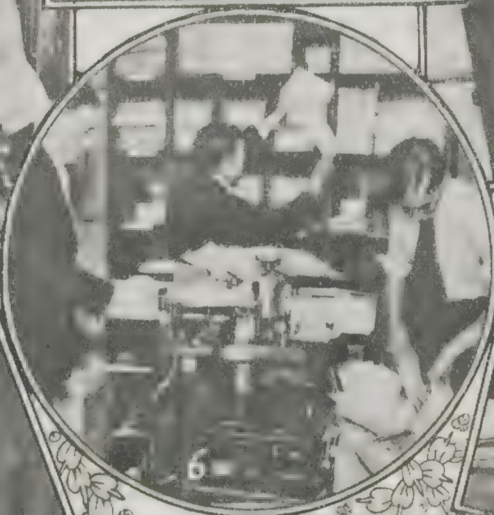
Fot. Gaspary.

ECOS DE LA CAMPAÑA PRESIDENCIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

El estado mayor del candidato derrotado













1. — James M. Cox, candidato demócrata, vencido por Harding de punta a punta.
2. — Los tres grandes oradores del partido: J. C. Cantrell, George White y senador Harrison.
3. — Oficina de publicidad. Los expertos en funciones.
4. — Franklin D. Roosevelt discutiendo el texto de los prospectos con el senador Harrison.
5. — Robert Clary era el encargado de recibir a todos los visitantes. ¡Qué programa!
6. — La máquina de sellar, que marca millares de documentos por hora.
7. — Hans Rieg, director de la oficina de los Extranjeros Naturalizados.
8. — Expertos telegrafistas estaban constantemente al servicio del comité central.
9. — Uno de los oradores, Cantrell, planeando todo el trabajo de la organización.



UN TIPO DEL F. C. C. A.

"EL BOHEMIO DEL RIEL"

por G. Bautista MARTIN

Merece, en verdad, los honores de un artículo, la simpática y gallarda traza del colega, de blonda y alterada melena de quien hoy pasamos a ocuparnos en estas columnas.

Es Carlos Cristián Petersen, un camarada pundonoroso, afable, de noble corazón y excelente comportamiento. No se le reconoce un enemigo y sí una cualidad muy resaltante que, sin duda, por ella, para la inmensa mayoría hácese más simpático. Es en todo un perfecto bohemio y, aunque no hace versos, practica libremente su condición de tal, sin afectaciones y sencillamente por modalidad de su misma naturaleza.

Toda la vida de este hombre romántico, además, viene a constituir como una prueba o exponente de desinterés y de moral grandeza. El dolor de su existencia errabunda no le ha guiado el carácter ni torcido los buenos sentimientos. Por el contrario, pareciera más bien que las tempestades de su vida le hubieren dulcificado, concediéndole pasta de santo en sus tratos con las gentes.

Solitario; enemigo, ¡quién sabe por qué! a los dulces encantos del hogar; temperamento huraño a los suaves afectos de la familia, para él todos los días son iguales. Como no observa método ni se encuentra atado por torpes convencionalismos sociales, su sola ambición la cifra en el trabajo y su mayor deleite consiste en remediar, cuando le es posible, una lágrima o en endulzar una desgracia ajena...

Petersen, "el bohemio del riel", como los muchachos del Central Argentino han dado en llamarle, es todo corazón y sentimiento. La resignación de su vida llena de tumbos, la lleva expresada en sus ojos azules, húmedos y de vago mirar. Parece propiamente que, tras esas ventanas a las que desnuda se asoma su alma, se escondiera, como temiendo la luz meridiana, la honda tragedia de su hogar deshecho apenas formado, del que tan sólo queda un hijo, hombre ya, cursando estudios en un colegio militar.

La estampa y los gestos de este bohemio, cuando así le vemos, pues, destacándose con caracteres tan propios y originales, nos hace evocar gratos recuerdos de lecturas pretéritas; desempolvamos los recuerdos de figuras legendarias... Contemplándole pasar, marcialmente, alta la testa no abatida y el rostro cubierto por descomunal y aludo chambergo, sin quererlo, viénenos a la imaginación aquellos lindos tipos de capitanes españoles que vistiendo holgada capa, marchaban a Flandes, ebrios de gloria, a formar en los célebres tercios que comandara el orgulloso duque de Alba.

Este tipo extraño, que, a pesar de su figura no tiene arrestos de militar, ha conocido de cerca la miseria y el desamparo. Como los personajes tomados de la realidad e inmortalizados por la pluma del ruso Gorki, él ha paladeado los dolores y las alegrías del vagabundo que sólo tiene por casa, casi siempre, el hueco de un portal; por alimento, un duro mendrugo de pan, y, como consuelo en las tediosas horas del día, el infantil entretenimiento de asistir impasible al vuelo de un ave o al paso de viajera nube por lo azul del cielo.

Procurando retener en la memoria los mejores pasajes de la vida del bohemio, íbamos deleitándonos al oir su charla que fluía, sugestionadora, salpicada de sucesos gratos e ingratos, los que comentaba el colega sin que una línea de su rostro se demudara. La historia de su existencia quedaba abierta de par en par ante nuestros ojos ávidos y curiosos. No le sometimos al duro trance de ir aunando sus peripecias o catalogándolas por orden cronológico. ¡No! Sin concierto, adornadas las frases y redondeados los períodos por un "Qué se va hacer" o por un "Así lo quiso la suerte", en lo que nosotros encontramos cierto dejo filosófico de renunciamiento, salía de su boca la verdad pura que adivinábamos y confirmábamos en sus ojos húmedos, hechos a mirar paisajes interiores; en el rictus de sus labios que se plegaban o desplegaban sin afectación ni efectistas rebuscamientos.

—A los 19 años—nos dice el compañero don Carlos Cristián—ingresé en la Facultad de Medicina de la que salí después de aprobado el tercer año... En 1898 pasé a la municipalidad de la capital ocupando el puesto de secretario general en la dirección de instalaciones eléctricas, mecánicas y de alumbrado. Era director general el ingeniero Jorge Newbery, amigo afectuoso, con el que colaboré en el proyecto de municipalización de los servicios públicos de alumbrado y tranvías eléctricos, trabajo éste que mereció la preferente atención de parte de la Sociedad Científica Argentina, siendo publicado en los "Anales" y en "La Nación"... Luego me dediqué al periodismo y trabajé en "El País", teniendo más tarde, a mi cargo, la redacción general de la publicación llamada "La Actualidad". En ese tiempo y, dado mi afecto a Newbery, publiqué largos artículos sobre aviación, la que estaba recién en sus comienzos... Actuando en política, cuando ocurrió la revolución del 4 de febrero, fuí tomado por revolucionario y se me envolvió en un proceso que duró un año y medio, siendo absuelto y obteniendo mi libertad al día siguiente de haber ocurrido el fallecimiento del presidente doctor Manuel Quintana de fausta recordación.



Esta fot. es todo un monumento histórico.—En ella aparece Petersen gustando de la auspiciante "tumba" del rancho patrio, y fué obtenida durante la última huelga ferroviaria, en uno de los flancos de Retiro C. A.

Como Petersen interrumpiera aquí su narración para hacer memoria, nosotros nos arriesgamos a cortar el hilo de su imaginación con la siguiente pregunta:

—¿Qué impresiones le dejó en el ánimo la permanencia durante año y medio en la cárcel en trato continuo con criminales y ladrones temidos?

—¡Oh!, tantas impresiones tengo de aquel entonces—dijo seguidamente Petersen.—Recuerdo—agrega—que durante mi detención, me capté las simpatías no sólo de los empleados policiales, sino también las de los presos, mis compañeros de cautiverio. En la cárcel servía de médico, de consejero, de abogado. Tanta miseria humana y tanta pesadumbre acumulada en aquellas caras toscas de viles criminales, me permitían hacer un bien: inculcarles sanos principios, amor a la vida, a pesar de que interiormente me dolía y sangraba la ingratitud recibida de los hombres. En aquellos rostros de la escoria social y en aquellas almas hurañas, endurecidas en el camino del crimen, yo buscaba en la fuente turbia un hilillo de agua pura. Buscaba, fundándome en el amor que los parias sienten hacia sus familias, hacia sus novias... la base de donde asirme para poder argumentar libremente, con la que valerme para hacerles olvidar rencores y regenerar sus almas acosadas y encaminarlas hacia la senda del bien...

—Y después de haber sufrido tal cautiverio, al encontrarse en libertad, ¿cómo encauzó su vida?—inquirimos con curiosidad, esperando nuevas revelaciones.

—Al verme libre—dice nuestro colega melancólicamente,—vagué por las calles de Buenos Aires, sin recursos. Toda mi fortuna se reducía a la ropa ya vieja que encima llevaba. Tenía muchos amigos; pero, concordante con mi carácter, no solicité auxilio de nadie. Andando como un nuevo judío errante, pasábame los días y las noches, sin casa y sin pan. Llegó mi desventura a tal grado que, un buen día, tomé la resolución de buscar algo, pues lo que nunca habíame ocurrido hasta entonces, comencé a experimentar ideas y pensamientos lúgubres. Caminé, pues, orilleando la costa del río hasta que arribé a un punto ubicado entre Belgrano y Núñez. Allí me encontré con un rancho de pescadores... Simpatizaron conmigo y allí me quedé... Julián Martínez y Abdón Lezica, se llamaban los pescadores, gente noble y buena, no obstante la escala social en que actuaban. Con ellos estuve... Fuí pescador. Allí, entre harapos y espantosa miseria, he podido observar el altruismo y el grado de virtud y de abnegación que existe entre algunos desheredados de la fortuna.

—¿Siguió mucho tiempo como pescador?—interrogamos ansiosos.

—No, amigos míos—manifiéstanos Petersen.—Después de un año, un buen día, me despedí de mis compañeros y, con algunos pesos ganados con el pescado, adquirí un pantalón bombacha, una camiseta negra, un pañuelo, una gorra de vasco y un par de zapatillas. Tomé un tren y fuí a parar con mis pobres huesos a Bahía Blanca. De este punto, reconociendo mis facultades en el arma de infantería, seguí a pie hasta Juan de Garay, en donde trabajé de peón dos meses en un tambo de un señor llamado Yparraguirre. Más tarde estuve en Conesa (gobernación de Río Negro), en donde trabajé un tiempo de peón municipal, hasta que me instalé en un rancho que poseía un viejo, Domingo Sampayo, a orillas del río Limay. Pronto se extendió la novedad de que era curandero, pues había tenido ocasión de ayudar a una pobre india en un parto que se presentó irregular, saliendo airoso de la difícil aventura, pues por aquellos lugares jamás había pisado un médico. En esto, se produce una fuerte epidemia de viruela y, como allí no se disponía de elementos de curación, me asediaban de todos los alrededores para atender a los pobres enfermos. Me vi, pues, obligado a recurrir a medios de curación anticuados, hasta que conseguí que un vecino, don Juan Montenegro, fuera a Bahía Blanca en donde adquirió placas de vacuna. Vacuné a una gran parte de la gente que por esos alrededores había y el terrible flagelo empezó a declinar.

—¿Siguió mucho tiempo en el mismo lugar?—insinuamos, cortando la conversación al bohemio recalcitrante.

—Salí de allí—prosigue éste—y, después me recorrí muchos puntos, vagando por el Neuquen, Río Negro y La Pampa. Fuí a parar luego a General Acha, en donde me encontré con un antiguo condiscípulo, médico del pueblo, doctor Eduardo Márquez. Con él estuve viviendo unos meses, hasta que, sintiendo la nostalgia de Buenos Aires, llegué de nuevo.

—¿Encontró empleo, aquí, al llegar, o vino con medios para pasarla mejor que antes?

—Ni lo uno ni lo otro—dice Petersen sonriendo.—Exhaustos mis bolsillos, o mejor dicho, con ellos llenos de ensueños, caí en la urbe tentacular y bulliciosa, en donde, sin embargo de mi condición de argentino, resultaba un extranjero pernicioso.

—¿Entonces?...—preguntamos entreviendo nuevas desventuras.

—Entonces—repitió nuestro interrogado—busqué un "modus vivendi" que me permitiera ganar lo necesario. Me instalaba en la trastienda de los almacenes próximos a los juzgados de paz, en horas de audiencia, y allí, haciendo de "ave negra", confeccionaba escritos cuyo importe dejaba librado a la buena voluntad del cliente. Así ganaba mi pan. Con tales utilidades me daba buena vida y hasta alcanzaba para compartir entre los compañeros más infortunados. De mi indumentaria y casa, en aquel entonces, como

ahora, nunca me he preocupado, pues lo mismo puedo vestir el "overall' en invierno, como reposar en blando lecho de plumas o sobre unas bolsas de azúcar o encima de unos fardos de pasto. La cuestión es llevar todo encima como el caracol.

—Su ingreso al Ferrocarril Central Argentino, ¿cómo ocurrió?

—Verán ustedes. Un buen día paseaba por la calle Bartolomé Mitre y Florida, en dirección al improvisado escritorio que tenía en una fonda del Paseo de Julio y Tucumán, para atender a mi clientela que concurría al juzgado de la sección primera, cuando me encontré con el ingeniero señor Weiskal, de la Dirección de FF. CC. Lo saludé tratando de esquivarle, pues comprendía que mis deshilachadas ropas podría abochornarle. En esto me llama y hablamos de los buenos tiempos en que habíamos sido amigos y compañeros, cuando yo ocupaba el puesto de secretario del alumbrado en la municipalidad y él el de ingeniero jefe de máquinas.. Me interrogó sobre lo que hacía y preguntóme si tenía empleo... Contándole retazos de mi vida, algo de lo que ya ustedes saben, y enterado de que estaba sin trabajo, trájome hasta la oficina del señor Elordi, en el F. C. C. A. Después, por recomendación de este caballero y del doctor Tito Arata, que se presentó en ese momento y a quien conocía desde hacía mucho tiempo, logré ingresar en la poderosa empresa en donde hoy presto mis servicios bajo las dignas órdenes del estimado y querido jefe don Juan Insúa.

—¿De su vida pasada, amigo Petersen, de sus cargos de aspirante a médico, de pescador, de peón municipal y de "ave negra", qué le queda?...

—Recuerdos gratos y amargos. De los días sin pan, memorias tristes. Sin embargo, aunque ahora me encuentro atado a mi deber y sé que soy apreciado por mis superiores, muchas veces, obediente a impulsos de mi corazón, a semejanza del ave, quisiera tener la facultad del vuelo, para remontarme al espacio y seguir una trayectoria, saturarme de azul de cielo y posar serenamente la vista sobre las pampas ubérrimas, sobre arboledas y caseríos, lejos del tráfago ciudadano, en la paz de aquellas tierras fértiles del sur, en donde, llevado por mi destino en la juventud, fuí aspirante a médico, peón municipal y... hasta trasquilador de ovejas...

¿Es usted poeta, amigo Petersen?—le preguntamos, entusiasmados, cortándole la frase, al oirle expresarse en tal guisa.

—Dios me libre de ello—fué su respuesta, la que acompañó con una sonrisa.

—¿Por qué?—nos permitimos inquirir, añadiendo:—Sin embargo, sus discursos fúnebres cuando un compañero muere, o los regocijados cuando alguno se casa o lo banquetean, destilan pura poesía... ¿No es cierto?...

—Sólo así, en esos instantes, soy poeta, porque a ello me obligan. Entonces las frases, aunque prosaicas, al salir tamizadas de mi corazón, tienen algo de lirismo, de poesía. Las creo bellas porque brotan sinceras, porque las siento, porque, ¡caramba!, hasta me hacen nublar los ojos al modularlas mis labios.

—¿Es cierto que fué usted candidato a diputado en 1917 y 18 por el Partido Constitucional?

—Sí; mas, ¿para qué hablar de ello? De mi vida prefiero que digan ustedes las cosas humildes. Nada que pueda o haga suponer tan siquiera que soy un soberbio; que aspiro grandezas u honores, en toda ocasión por mí inmerecidos.

Petersen quedó callado largo rato; quedó abstraído mirando con sus ojos húmedos, hechos a las evocaciones interiores, algo que nosotros no podíamos ver: presa de un ensueño o de un sufrimiento interior, después nos tendió la mano franca, noble y leal de amigo, y se fué sin ruido, erectas las guías del poblado mostacho, sombreada la cara por el aludo chambergo que pedía una pluma de mosquetero y erguido el cuerpo, en dirección a sus prosaicos quehaceres oficinescos.

Nosotros, como comento a todo lo expresado, quedamos agregando para nuestro fuero interno: "Si este hombre no burila sonetos y si como el pobre Verlaine no hace versos, su vida es, sin embargo, todo un poema de altruísmo, de angustia, de resignación, de amor también"... En definitiva, le saludamos al paso, descubriéndonos la cabeza como al mejor personaje que crear pudiera la imaginación calenturienta del escritor y vagabundo Gorki.

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EN EL REINA REGENTE



El señor Hipólito Irigoyen, abandonando el buque escuela de la armada española, después de la visita que realizara a la nave, acompañado de sus ministros.—En la instantánea aparece el primer mandatario seguido del comandante del buque, capitán de navío Suanzes Carpegna y del encargado de negocios de España, señor Danvila.

NUEVA PRESIDENCIA DEL CENTRO GALLEGO



El señor Ramón Cabezas, nombrado presidente del Centro Gallego de Buenos Aires, después de haber tomado posesión del cargo. Le acompañan el presidente saliente, señor Alvarez, y un grupo de prestigiosos caballeros de la colectividad galaica que asistieron al acto.

VÍSPERAS ELECTORALES



Inauguración del comité de la Unión Nacional, de la sección 12.ª—El señor Avelino Molina y otros candidatos a concejales, después del acto de constitución de la nombrada agrupación política.

LA "CORONACIÓN" DEL ARTISTA LUIS MACAYA



Cabecera de la mesa en el banquete servido en la terraza del Círculo de la Prensa, y organizado en honor de nuestro compañero de tareas, Luis Macaya. Fotografía obtenida en momentos en que el fecundo y demoledor Taborda, ofrecía la demostración en un discurso donde hizo gala de su natural gracejo.

MANÚ

Salpicón a la tricumie

Arros saparatista

Alcauciles con barret de copa

Filet grisado

Guetó de ravista

Frute

Queñé

Cupetín

Patardet

RESTAURANT DEL PAPE BLAY

El "menú" redactado en un catalán de pitorreantes circunstancias.



El acto solemne de la coronación. Macaya, empuñando en la diestra una copa de estimulante "Racommendé", expande su beatífica serenidad entre un grupo de escribas y virtuosos del lápiz y del pincel que aclaman su magna culminación.

NUEVO SERVICIO POLICIAL DE CABALLERÍA





En la sección Tráfico y Servicios Generales de la Policía metropolitana, acaba de crearse una dotación compuesta de cincuenta agentes de caballería, destinada exclusivamente a la dirección del tráfico en las calles y otros lugares públicos. — A la izquierda: un agente en funciones. A la derecha: la nueva fuerza policial, con sus jefes respectivos, frente al local Juan Bautista Alberdi, 648, donde tiene su asiento.



CELEBRACIÓN DEL DÍA DE LOS MUERTOS



Los miembros de la comisión directiva del Centro de Guerreros del Paraguay que concurrieron al panteón social, situado en el cementerio de la Recoleta, donde se ofició una misa en sufragio de los caídos.



Conduciendo la ofrenda delicada a la mansión de los seres queridos.



El tributo de las lágrimas en la tumba de los humildes.



Un detalle del cementerio del Oeste.



La oración por los que fueron.



El público entrando en el cementerio de la Recoleta.



Una de las calles de la necrópolis del Oeste.



A las Señoras:

Notablemente mejorada en su parte gráfica e informativa, aumentado al doble el número de sus páginas y con los últimos modelos impresos en colores, ha sido dado a circulación el segundo ejemplar de "EL ECO DE LA MODA".

Con este elemento de arte, elegancia y distinción en el vestir, pueden las señoras consumidoras del POLVO GRASEOSO LEICHNER agregar una ventaja más al uso de este excelente producto de belleza facial, pues no sólo conservarán su cutis fresco, delicado y suave, con todos los encantos y atractivos de la juventud, sino que podrán recibir gratuitamente "EL ECO DE LA MODA", revista ilustrada de positiva utilidad en los hogares. Basta que la soliciten al Señor Gerente de la Agencia de Publicidad Cenit, Bolívar, 879, Buenos Aires, acompañando al pedido el trozo de la estampilla fiscal, donde aparece el nombre POLVO GRASEOSO LEICHNER, que lleva adherida cada caja de este artículo.



¡YEGUA!

por Amando VILLADOR

— ¡Yegua! — rugió más que dijo Leandro, después de rechazar con violencia a Javiera la hermosa paisana, flor del pago, hija única del capataz de la estancia "Los Talas", criolla por quien más de un pueblero se había "pegao" como abrojo a las casas, por ver de conquistar aquella fortaleza con "quillangos", empacadora y con el alma como ñandubay, de puro dura, "asigún" el decir de los entendidos. Las "chusas" del querer no tenían "dentre" en aquel pecho al parecer sensible, ya que a nadie rechazaba de los que habían intentado su total conquista, pero que habían tenido que dejarla, por chúcara según el paisanaje, y por enigmática al decir de los puebleros. Y así era. Sus grandes ojos serenos y profundos, que al principio parecían acariciar y repartir promesas de futuros deliquios, eran los mismos que luego permanecían grandes, sin brillo e impasibles, cuando el reclamo del varón amante pretendía, en su acariciar atrevido, obligarla a demasías pecaminosas.

La serenidad de aquellos ojos, en esos momentos, parecía como si la santificaran. La boca cerrada, como rechazando el beso, los brazos quietos, caídos, ya no eran los mismos que hacía un instante parecían ahogar, como la boa, en su espiral de muerte, al último amador, que, al igual de todos los que la habían requerido en amores, quedaba desarmado ante la brusca actitud de la hermosa paisanita.

El varón, al sentir aquel hielo entre sus brazos se desesperaba ante el influjo de impotencia repentina que comunicaban aquellos ojos fijos en la inmensidad del horizonte, ojos sin luz, como los de los muertos, que entre la tonalidad casi ocre de la faz hierática de la criolla, parecían como clavados en las cuencas de una esfinge.

En rueda de fogón se solía comentar los amores de Javiera.

—Pa mí qu'es como bruja; hast'aura "naide" consiguió pialarla—dijo el mulato Poncio, mientras se rascaba la cabeza, hurgando la mota con sus largas uñas "enlutadas" con durezas de acero como las garras del puma.

—Y usté qué "hase"—retrucó el viejo Aldama, filósofo de fogón, con la cara llena de surcos como laguna seca, y más dichos que trébol en tiempo de primavera.

—¿Yo? — replicó Poncio. — A mí "naide" me pita, ¿sabe?

Aldama hizo pie, ya que esos eran sus deseos, porque le gustaba florearse cuando el auditorio era numeroso, pareciendo como si se inspirara.

—Mirá, che, "Jonsio", la mujer es mesmo como el abrojo; cuanti más distráido se camina, "¡sás!" más pronto te llenás el cuero.

—S'esquila uno y y'está—repuso el mulato.

—Es que no vas a estar esquilao pa siempre; hay veces que se siente frío, y ¿pa qué "echarlas" de guapo, si p'algo se han hecho los ponchos?

—Algunos, no diré que no...

—Te digo que cuando "hase" frío cualquiera es güeno, ya sea calamaco o de vicuña.

—Y... será...

Hubo una pequeña pausa, ya que Poncio no quería discutir con Aldama, quien más de una vez lo había hecho apear de su "condisión" sin que le valieran sus empaques de toro para afianzar sus terquedades.

—Vea, don — repuso un gauchito simpático, de voz afeminada y rasgos varoniles—"asigún" veo, aquí se menta a la Javiera, ¿no es "jeso"? Güeno, pa mí que tiene "razon" Jonsio, y disculpemé, don Aldama, pero de juro que usté nunca "vido" en su vida, un'hembra d'esa laya. Les garanto qu'es como yegua "espantadisa"; en lo mejor del galope, y cuando uno se cré más siguro, pega una espantada y a cualquier cristiano lo larga por las orejas.

Aldama sonrió y repuso:

—No hay yegua que no tenga mañas, pero hay que quitárselas a tiempo, porque de no...

—Con algunas es al "ñudo"—contestó el paisanito.

—Yo—repuso el viejo—soy de "cormillo" gastao y tengo alguna "conosensia e' la vida, más que ustedes, que entuavía son potrillos, y sé que si el varón anda "alsao", y se va en pura "güelta" con alguna potranca, cuanti más se tarda en "haser" el nido, como el hornero, o pierde o no llega nunca.

—Asigún usté — porfió el mulato, ya que ahora lo apadrinaban—hay que llegar, voltiarla de un talerazo y dispués...

—Eso mesmo—dijo Aldama;—si se deja pasar el momento y dispués lo despresean a uno, hay que amojar las orejas, ganar pa el lao de la laguna, darse un güen remojón, y dejarse de andar con miradas de carnero ahogao.

—Amigo Aldama, m'entriego—contestó el gauchito.—Algo d'eso me pasó una güelta, mesmo con la Javiera. Andaba flaco como picana de tanto "ronsiarla", pero fué al ñudo. Dentré dispués a no comer, y eso que siempre juí como chingolo pal sebo, y, en fin, andaba abombao y sin juerzas, mesmo como ido, y no "hasía" más que pitar.

—Así quedaste, como "tiento e'sorro"—repuso el mulato. — Las hembras son como taba culera; muy pocas güeltas train suerte.

—Si la taba sale culera hay que "calzarla" y eso no es pa todos — sentenció el viejo.

El mulato contestó con una "versada" popular que le pareció buena para el caso:

Al amor y la fortuna
disgrasia le llamo yo,
porque a mí nunca me dió
correspondensia ninguna.

El gauchito retrucó:

—Ahí tiene, amigo, no soy "alabansioso"; pero para estas cosas yo siempre juí como ñudo e' la pata; pero con la Javiera me chingué fiero.

A todo esto, un paisano forastero, que hacía como un mes que siempre se estaba "yendo", pero que nunca concluía de irse, bostezó ruidosamente, al mismo tiempo que estiraba los pies, y expresaba un "¡ta güeno!" que no decía nada, pero que hizo notar su presencia.

El viejo Aldama lo atropelló con una pregunta.

—Y usté, ¿qué "dise" amigo?

—¿Yo? Y, nada, pues.

No se le sacó más. Comenzó a martirizar los siete pelos que como de lástima le habían salido sobre el labio superior, siete pelos que se sumaban con entera facilidad; tres a la derecha y cuatro a la izquierda. Apretó sobre la frente cuanto pudo el enmugrecido chambergo, si así podría llamársele a un trozo de fieltro, pastoso de grasa, con más pliegues que un mondongo, y se hizo como el dormido, aunque en realidad, ocultos bajo el ala de eso que hemos llamado chambergo, tenía los ojos más abiertos que tero pichón.

Nadie sabía de adonde había venido, ni quién era. Por sucio le llamaban Catanga, y aunque era guapo en las faenas de campo y valiente en los peligros, no se había hecho muy simpático por lo callado y mugriento. Su rostro cetrino y pomuloso lo delataban de descendencia india, y más con aquella casi melena de un negro azulado y un tanto nudosa, única prenda física de valor que se enseñoreaba sobre aquellas facciones toscas que parecían haber sido hechas por algún torpe calafate. La frente deprimida, los ojos pequeños, renegridos y penetrantes, todo hacía de tal personaje un conjunto poco halagüeño. Hablaba por monosílabos, y, en general, era insolente en sus cortas preguntas o respuestas. Ante patrones y capataces, era inusitado su desparpajo natural que se desprendía de todo su ser acerado en la vida montaraz e indisciplinada. Inspiraba miedo y repugnancia. Su andar era cauteloso como el del puma, pero de una cáutela altiva, que en otro ser de facciones más armónicas hubiera inspirado respeto y simpatía.

Aldama preguntó de pronto:

—¿Y, "áura" quién se le anima a la Javiera?

—Y, Liandro, pues—repuso el paisanito.

—Chá, hombre "sonso" — retrucó el forastero.

Aldama hizo como una visera con la palma de la mano, fijó la mirada en el forastero, y gritó, más que dijo:

—¡Oíganle al dormido! Pa mí que usté a é ser como "sorro" pa las guascas.

—Puede...—replicó el semi-indio, al tiempo que se levantaba desperezándose groseramente y diciendo:

—Me vi'a dir.

—¿Del pago?—dijo alguien.

—¡Ajá!

Encaminóse hacia los galpones, con ánimo de acostarse, y en la cocina se hicieron algunos comentarios.

—Este no se va más—dijo Aldama —es como piojo e chancho.

—Por lo que "fastidea", más pa-

EL PRIMER AMOR



y los primeros celos de Porota.

rece de lechuza—dijo Poncio, que no podía pasar al forastero.

A esa altura del comentario, entró Leandro, gaucho que respiraba nobleza hasta por los flecos de su poncho. Vestía blusa "batarasa", y, al cuello, blanco pañuelo de seda. Calzaba limpia alpargata, y media sobre la bombacha muy "asiadita", más de lo que permiten las faenas de campo. Físico y conversación agradable, tanto que, según el decir gaucho, por lo atrayente, era como yegua madrina. Entró en silencio y sentóse sobre un rollo de álamo. En su rostro se fijaban las huellas de un dolor profundo. Recién acababa de rechazar, en un ímpetu de suprema desesperación, a la Javiera, la enigmática criolla que lo tenía a mal traer con sus desvíos tan crueles como inexplicables. Inútilmente la asiera de las muñecas, con apretones de garra, al par que, con la voz tremante, la interrogara enloquecido.

—¿Pa qué sos así conmigo? ¡Respondé víbora!

Ella enmudecía, y apretando luego la roja y sensual pulpa de sus labios, resistía el martirio del varón despechado, que la atenazaba entre sus manos y la acosaba con interrogantes rudos y desesperados. La mirada sin brillo, puesta sobre un punto fijo con terquedad insana, nadie la hubiera arrancado de su mutismo animalesco.

—¡Yegua!—gritóle al fin Leandro, y la rechazó con violencia.

Ya en la cocina, todos extrañaron la actitud de Leandro, tan distinta de su modalidad de costumbre, pero todos respetaron su silencio, ya que nadie ignoraba el motivo, y estimaban de corazón al desdichado galán.

Rompió el silencio mortificante el viejo Aldama, diciendo que se iba a "echar". Uno tras otros abandonaron la cocina, y sólo quedó Leandro, fija la mirada en los tizones, como si éstos hubieran sido los últimos que darían calor al mundo.

II

A la mañana siguiente, el primero en levantarse fué el forastero. Leandro, que se había pasado la noche sin dormir, ya estaba "pegandolé" al amargo, como si con ello hubiera podido hacer "juir" las penas que le abrojaban el alma.

—Le gané el tirón amigo—dijo casi alegre en cuanto vió al forastero al tiempo que le ofrecía un cimarrón.

—Así es—replicóle el otro, aceptando la ofrenda gaucha, y, sin decir más palabra, se sentó, huraño, en un rincón de la cocina.

Leandro, por naturaleza comunicativo, no podía estar así, callado, mate va y mate viene, y como entre mudos. Ya iba a iniciar una conversación sobre juego, carreras u otra cosa cualquiera, cuando el forastero se "largó" como nunca se le había oído desde su llegada.

—Vea, amigo Liandro, yo a ustó lo "apreseo" más que a "naides" de l'estansia, y como áura mesmo me vi'a dir, si no se ofiende le daré un consejo.

—¡Qué m'ha de ofender, aparsero!

—Asigún veo, usté anda como "engualichao" por un'hombra, ¿no es "jeso"?

—Así es.

—Güeno; sepa que algunas mujeres tienen el corasón como garganta e sapo, y pa esas no sirven los rodeos; hay que atropellarlas di una sola vez sin ricular ni el tranco de un chimango.

—Hay algunas que ni con eso...

—¡Ta güeno! ¿Así que le parese que yo hablo al cuete?

—No se ofienda amigo, pero es que yo he dao con una...

—¡Que si hubiera dao conmigo, ya l'hubiera ensillao!

Leandro miró aquel ser mezcla de tigre en la encarnadura humana, oliendo a potro de puro mugriento, y le pareció como un sueño que ojos de mujer pudieran fijarse con cariño o deseo sobre semejante facha facinerosa, con más cara de chimango que de hombre.

—Güeno, amigo—concluyó el forastero—adiosito, y puede que algún día se apee de su condisión.

Diéronse un fuerte apretón de manos, y el rudo personaje montó un hermoso parejero rabicano, limpio y bien cuidado como no lo era el propio dueño, quien lo dirigió al tranquito en dirección al rancho del capataz de "Los Talas", distante sólo dos cuadras.

Sabedor de las costumbres del pago, el forastero, parece que pisaba tierra firme, sin temor, a tiro fijo, que, después de todo se tenía fe para salir "parao" en cualquier rodada.

Ya frente al rancho gritó un ¡Ave María! que retrucó Javiera desde adentro: ¡Sin pecao!

La linda paisana casi no conocía al forastero, pues sólo lo había visto una vez, allá en la estancia, cuando ayudaba a los quehaceres de un día de gran apuro. Recordaba que al recién sacar un balde de agua de un aljibe, se le arrimó el paisano para decirle:

—¿Me d'agua, moza?

—Y tome, pues.

No había habido más entre los dos, y sólo recordaba que la había mirado con aquellos ojitos de víbora que la hicieron temblar, no sabía si de miedo o de placer. Ahora, ante él otra vez, se sintió dominada. Traspuso la tranquera y, temblando de emoción, se arrimó al jinete para brindarle un mate, al par que decía casi sin mirarlo:

—¿Y qué lo "trai" po acá?

—Estee... ¿está su tata?

—No'stá.

—¿Y su mama?

—No'stá; mesmo risién se fué a lo e ña Jesusa la pulpera.

—Güeno, entonce ¿sabe? yo venía pa llevarla, po...

La criolla quedó como clavada en la tierra; abrió sus ojazos rasgados y negros, que brillaban ahora con tonalidades de acero y entreabrió la pulpa de sus labios como en espera del arrimo cálido de un beso hombruno.

El mate se le cayó de la mano y comenzó a morder, como abstraída, la punta de su delantal.

El gaucho no esperó más. Inclinó un tanto el busto y tendió su diestra hercúlea que fué a cerrarse en curva vibrante y terrible sobre la cintura de la paisana. Un alarido salvaje, reminiscencia de malón, algo como un relincho de potro en celo se escapó de la garganta del semi-indio cuando sintió su busto aprisionado por las manos de la criolla, que, sentada a la grupa, debía afianzarse para no caerse cuando comenzó el largo galope del rabicano parejero.

III

La noticia del rapto se supo aquella misma noche. El mulato Poncio era el más ofendido.

—¡Quién iba a crer qu'ese ladiao juera tan suertudo!

—Juiste un sonso—retrucó Aldama.—Naide mejor que vos p'haberla hecho perdís, a la Javiera, porque a la indina parece que le había gustao la carne asoliada...

—¿Asoliada? ¡Jedionda, "quedrá" desir—respondió el mulato.—Miren que dirse con semejante "tirudo" que hasta ni quise peliarlo pa que no me fuera a ensusiar.

Dirigióse luego a Leandro, que en un rincón de la cocina se hallaba sentado sosteniendo entre ambas manos su cabeza atormentada por la tan mala nueva para él.

—¿Y vos, qué desís, che, Liandro?

—¿Yo? ¡Nada!—repuso fiero en su laconismo el preguntado.

—¡Yegua!—continuó el mulato.—Si es como pa "serdiarle" la trensa!

Leandro levantó su altiva frente, y respondió:

—Che, Jonsio, no la ofiendas; eso mesmo le dije yo una güelta: ¡yegua! y ya ves, aura toy arrepentido, y es que cuando se quiere endeveras...

—Así que si golviera serías capaz de...

—Nunca, hermano Jonsio; la odeo demasiao, y aunque pa mí se acabó, no puedo ofenderla.

—Pero—continuó el mulato, con un empaque de toro—si es como pa serdiarle la trensa; ¡yegua indina!

En el juzgado

—¿Por qué le robó usted diez mil pesos a la pobre mujer? ¿Ignoraba que era lo único que tenía para vivir?

El acusado no responde.

—¿Desea usted manifestar algo en defensa suya?—pregunta el juez.

—Sí, señor juez. He cometido un crimen pasional.

—¿Pero se ha vuelto usted loco?

—Señor juez, usted no sabe con cuánta pasión quiero a la plata.

Cosas del cine, que no se ven en el cine

"LA FRONTERA DE LAS ESTRELLAS"

Thomas Meigham, el celebrado actor que ha llamado grandemente la atención por su trabajo en "El hombre milagroso", no se duerme sobre los laureles; es, por el contrario, uno de los actores cinematográficos que desarrolla una actividad mayor.

Actualmente se encuentra en los talleres de la "Famous Players Lasky" filmando la obra "La frontera de las estrellas".

Tenemos entendido que se trata de una obra de carácter idealista similar al de "El hombre milagroso".

UNA BODA ENTRE ARTISTAS DE CINE

Si de vez en cuando tenemos que hacernos eco de algún divorcio, no es menos cierto que muy a menudo debemos anunciar alguna boda realizada entre artistas cinematográficos. El amor es una flor que encuentra en el cine un terreno muy propicio. No impunemente se interpretan galanes enamorados de bellas y valientes heroínas. El mayor peligro del cine es, precisamente, éste: el matrimonio.

Los novios han sido, en esta ocasión, Richard Barthelmess y Mary Hay.

Richard Barthelmess goza de merecida fama entre nosotros, y algunas niñas porteñas llorarán desconsoladas al enterarse de que su ideal ha contraído enlace.

Mary Hay es menos conocida, a pesar de que ha tomado parte en diferentes obras. Es una personita muy linda y muy graciosa, que ha triunfado en los teatros de revistas de Nueva York. También en el cine ha conquistado merecidos aplausos. Actualmente trabaja para Griffith, impresionando una obra que se titula "Hacia el este".

CAMINO DE LA GLORIA

Conway Tearle es un actor discreto que ha logrado destacarse desempeñando papeles secundarios en diferentes películas.

Sus cualidades han sido reconocidas y la "Selznick" le ha firmado un contrato de larga duración muy ventajoso para el actor.

Tearle ha sido elevado a la categoría de "estrella" y le será encargada la interpretación de papeles de importancia.

El joven actor puede, por lo tanto, asegurar que está en camino de la gloria... y de la fortuna.

"LA SEÑAL EN LA PUERTA"

En los Estados Unidos han representado diversos teatros con éxito extraordinario un melodrama que lleva este título y que es original de Channing Pollock.

El asunto agradó a Joseph Schenck, quien se apresuró a comprar los derechos cinematográficos de la obra. La filmación comenzará muy en breve.

El papel principal será interpretado por Norma Talmadge.

La excelente actriz cuenta con muchos admiradores y es seguro que si la obra tiene las cualidades que le ha reconocido la crítica estadounidense, la intérprete sabrá prestarle gran relieve.

UNA RECOMPENSA EXTRAORDINARIA

Mary Pickford acaba de obtener una distinción de la que debe justamente sentirse muy orgullosa.

Existe en los Estados Unidos, con ramificaciones en diversos países, una importante sociedad, la "Motion Picture Association of the World" (Asociación Cinematográfica del Mundo). Dicha sociedad tiene constituído un tribunal de mérito para que premie las cintas dignas de tal distinción.

Mary Pickford ha sido la primera estrella a quien se ha concedido semejante honor. Su obra "Suds", que recientemente ha terminado, ha sido considerada por el citado tribunal como "la mejor cinta que hasta la fecha se haya impresionado en el mundo entero".

Nos tarda el momento de presenciar la exhibición de esta obra de Mary Pickford, para poder juzgar hasta qué punto merece los extraordinarios elogios que se le dedican.

"JUEGO FUERTE"

Como otros éxitos teatrales, una comedia que lleva este título y que se ha representado numerosas veces en Nueva York, será adaptada al cine.

La casa "Metro" adquirió los derechos cinematográficos de la obra y ha iniciado los trabajos preliminares.

El reparto comprende artistas de mérito de la "Metro", encargándose del papel principal Cleo Madison.

¿ES LA DE DIRECTOR CINEMATOGRÁFICO UNA PROFESIÓN PARA MUJERES?

Algunas damas pertenecientes a la "Intercollegiate Vocational Guidance Association" han creído que el oficio de director cinematográfico era muy propio para las señoritas. Según las citadas damas es poco menos que una carrera exclusivamente femenina.

Para defender sus doctrinas y hacer propaganda entre las muchachas han encargado a Ida May Parck, una directora que ha realizado películas bastante notables, que expusiera en un folleto sus métodos de trabajo y las ventajas que la profesión ofrecía para las jóvenes. La directora requerida se ha manifestado dispuesta a complacer a las solicitantes.

Aunque son varias las mujeres que se han distinguido como directoras, creemos que la tesis que pretenden sostener las damas en cuestión es exagerada. La profesión de director cinematográfico es, en realidad, un arte. Y como en todas las artes el éxito ha de depender de las cualidades del individuo, sin relación alguna con el sexo. Y si alguna desventaja hay, ésta estará siempre de parte de las mujeres, pues siendo el de director un cargo que obliga a dictar órdenes, no creemos que una señora se encuentre en mejores condiciones que un hombre para darlas.

UNA COMPAÑIA MAS, Y VAN...

No quiere ser Madge Kennedy menos que tantos otros artistas. Si ellos figuran al frente de una empresa, Madge reune méritos suficientes para figurar también.

Tan pronto como ha terminado los contratos que tenía firmados, se ha negado Madge Kennedy a renovarlos y ha organizado una nueva compañía.

Siguiendo el ejemplo que le han dado sus compañeros y haciendo gala de la misma modestia, Madge Kennedy ha dado a la empresa su nombre como rubro comercial.

Quedan nuestros lectores enterados. Desde hace un tiempo funciona una nueva casa, bajo el rubro "Madge Kennedy Pictures Corporation".

El afán que sienten todos los artistas por independizarse es muy natural, ya lo hemos dicho en otra ocasión parecida, pero tememos que el juego iniciado por los artistas norteamericanos es en extremo peligroso. No sabemos si todas las empresas lograrán triunfar económicamente, pero queda fuera de toda duda que pronto será imposible reunir conjuntos de artistas de mérito si cada una de ellos se empeña en sentirse cabeza y en no admitir otros astros a su lado.



Alice Terry, que debutó en el cine con "Los cuatro jinetes del Apocalipsis".

MOORE CAE DESDE UN AEROPLANO

Owen Moore, estrella de la casa "Selznick", ex marido de Mary Pickford y, por otras muchas razones, conocidísimo de los afectos al cine, anda ahora de excursión por Europa (como las hermanas Talmadge, que se han ido a hacer un viajecito a España, para servir a ustedes). Pues bien, Owen volaba, con otros seis pasajeros, entre Londres y París, cuando el aeroplano en que iban se encaprichó en no continuar adelante y fué a dar a tierra con todo el cargamento.

Por fortuna nadie se hizo daño. El accidente ocurrió el 17 del mes pasado, y con Moore iban David y Myron Selznick, hijos del jefe de la casa productora.

PRESENTACIÓN NECESARIA

Hay sujetos que todo se les vuelve ceremonia. Al ensayar su primera escena con Mary Thurman, el director Alan Dwan dio al cómico Niles Welch, que acababa de contratar:

—Empezaremos con la escena amorosa en que tú la besas apasionadamente. Prepárate en seguida.

—¡Un momento!—respondió el señor Welch.—Antes de lanzarme al abordaje, quisiera que me presentaras a la señorita Thurman.

EL CINE EN CUBA

La primera película que lanzará al mercado la casa cubana "Golden Sun Pictures Corp.", llevará por título "¡Dios existe!" y será impresionada bajo la dirección del señor Pedro Vázquez. Entre los intérpretes de dicha película figuran los artistas Alex W. René, Gloria Vergara, Laura de Verdier, Luis Márquez, Julio Velázquez y Marcial La Valliere.

Las noticias que tenemos de la película en cuestión no pueden ser mejores.

CORREO

Lila Pommerenke (Rosario).—Puede preguntar todo lo que le interese, pues tendremos siempre mucho gusto en responder a sus preguntas. La dirección que solicita es la siguiente: Thomas H. Ince, Ince Studios, Culver City (California) Estados Unidos.

A. V. (Bahía Blanca).—En el número próximo publicaremos el retrato que a usted le interesa.

El talento y la gordura

A don Pedro Cernadas.

Hay dos clases de gordos: los verdaderos gordos y los hombres que han engordado. En los primeros predomina la gordura; en los segundos predomina el hombre. Estos últimos son individuos anchos de hombros y de pecho, con un buen estómago y excelentes carnes, pero lejos de parecer, como los otros, una barriga andando, tienen su peso perfectamente distribuído sobre todo su cuerpo, sin que la grasa llegue en ellos a dominar sobre la inteligencia.

A este tipo pertenecen todos los gordos célebres, cuyo número alcanza una cifra respetable.

Los presidentes de los Estados Unidos parecen haberse propuesto aumentar este número.

Cleveland, que pesaba la friolera de 107 kilos, el mismo Roosevelt, y sobre todo, Taft, son gordos más que respetables, y lo mismo puede decirse de Sherman.

Cuando Taft fué elegido para ministro de la guerra y tuvo que jurar el cargo, al sentarse en el sillón parecía, según la gráfica frase de un periodista yanqui, "como si metieran un colchón en una sombrerera". Cada brazo del sillón saltó por su lado, y Mr. Taft estuvo a punto de rodar por el suelo.

Un alemán, el profesor Bertholdt, asegura que el mundo debe más a los gordos que a los delgados, que la obesidad es una de las grandes bendiciones que la providencia concede al hombre, y que siempre va acompañada de la perseverancia, la alegría y la virtud. "Pobres de nosotros—añade el profesor alemán—el día en que los alemanes nos convirtamos en una raza delgada, como algunos de nuestros vecinos."

España no se queda en esto atrás. Sin hablar de Sancho el Craso, que tuvo que ponerse en manos de médicos árabes para que vieran de curarle su obesidad, y pasando también por alto a la reina Isabel II, podríamos citar cien ejemplos.

El "papa Borgia", Alejandro VI, era de origen español, y fué colosalmente gordo.

En la política han descollado don Nicolás María Rivero, Villaverde, Martos y Castelar. De este último mofáronse por su gordura algunos periódicos políticos con bastante grosería. No falta entre los generales alguno fácil de conocer por sus rollizas carnes, y entre los escritores, Ayala y Campoamor echaban por tierra la figura legendaria del poeta flaco y pálido.

En apoyo de la teoría del profesor alemán está la figura de Napoleón I, el más gordo de los grandes guerreros de la historia. Todos los Bonapartes empezaron siendo muy flacos y huesudos para convertirse en gordos a los treinta años o antes. Las estampas que representan a Napoleón en la isla de Santa Elena nos indican que el reposo le hizo engordar más todavía, hasta dar a su vientre monstruosas proporciones, pero sin que este crecimiento adiposo influyera para nada sobre su cerebro.

Casi todos los reyes de la casa de Borbón, especialmente los de la rama francesa, han sido gordos; Luis XVI merecía figurar ya entre los obesos, aunque cabe preguntarse si los dibujantes de la época no exageraron un poco. Inglaterra ha tenido también sus monarcas rollizos, y entre ellos, el de más vientre de todos los monarcas, Enrique VIII, que a los veinte años ya era notable por su gordura, la cual fué una de las causas de su muerte. Dícese de este monarca que era excesivamente glotón, lo cual puede explicar algo su absoluta falta de esbeltez. Otro rey inglés gordo era Jorge III, constantemente preocupado con el aumento de su talle, que servía de obstáculo a su elegancia. Eduardo VII reune también títulos para incluirse en esta lista, pero realmente en nuestros tiempos no ha podido ningún soberano competir en abdomen con el infortunado don Carlos de Portugal.

A los que creen que un hombre gordo es un pedazo de manteca que ni entiende ni conoce, podría presentárseles los casos de Dumas, de Renan y de Balzac. Este último escribía una vez a un amigo, que un ruso, traductor de sus obras, había ido a París a visitarle, y había quedado estupefacto al abrazar aquella mole de carne y manteca, en vez del escritor esbelto y elegante con que esperaba tropezar. El historiador inglés Gibbon estaba también exageradamente gordo. Muy conocida es la historia de su declaración amorosa a una dama, que hizo de rodillas, siendo necesario el auxilio de algunos criados para sacarle de aquella posición.

Inglaterra parece haber sido el país de los gordos ilustres. En la misma época de Jorge III, que se sometió a un régimen especial para adelgazar, se hizo famoso el gran lingüista Johnson, uno de los hombres más corpulentos de su tiempo; el tío del citado monarca, el duque de Cumberland, pesaba cerca de 120 kilos.

Uno de los pintores más gordos ha sido un semiinglés, Alma Tadema.

Rubens también estaba grueso y, caso raro, le gustaban las mujeres rollizas; esto explica, sin duda, por qué lo están igualmente casi todas las figuras de sus cuadros.

En cuanto al arte musical, Bach y Haendel no podían tampoco considerarse como gráciles ni mucho menos.

Un empresario inglés ha dicho que el ser gordo constituye parte de la carrera de un tenor. En los gloriosos tiempos de la zarzuela grande, no se comprendía un tenor cantando el papel del zar en "Catalina", o del militar en "El Juramento", si no salía a escena bien metidito en carnes; y no es necesario citar nombres para que recuerden algunos de nuestros lectores. Y de tiples de ópera y de zarzuela, no digamos; apenas hay una delgada. Diríase que la música da carnes.

Angel L. SOJO.

BIBLIOGRAFÍA.—"El Maestro y los niños"

por R. RUIZ LÓPEZ

A pocos meses de la publicación del libro "Mientras la muerte llega", Ruiz López nos da otra nueva prueba de la fecundia de su talento, dando a luz el interesante trabajo cuyo título encabeza estas líneas.

Hemos leído las páginas de "El Maestro y los niños" con la atención que nos merece siempre la labor de Ruiz López y declaramos paladinamente que ellas nos produjeron una intensa impresión de madurez y serenidad.

Hay en el fondo de cada uno de esos temas una filosofía sutil que convence y encanta, y una poesía sana y alentadora que da a sus razonamientos una fuerza de persuasión admirable.

Y, es que Ruiz López sabe — porque ha vivido su vida anhelosamente — que puede más el sentimiento que la razón. Por eso toda su prédica está saturada de poesía. Habla al cerebro por el órgano del corazón.

Tiene este autor la rara virtud de poder conciliar y amalgamar sin esfuerzo estos dos elementos, casi antagónicos de por sí, y lo hace, sin duda, con el deliberado propósito de que sus enseñanzas sabias y elocuentes, se asimilen y se arraiguen con mayor facilidad en aquellos espíritus sedientos de cultura.

Quisiéramos dar una idea gráfica del valor y del contenido substancioso del último libro de Ruiz López, y para ello se nos ocurre un símil: Cuando iniciamos la lectura de "El Maestro y los niños" nos hace la impresión de tener ante nosotros a un gran maestro — grande por su saber y por su bondad — de luenga barba, poblada ya por albas canas, símbolo inequívoco de experiencia respetable, sonriente, amable y austero al mismo tiempo, que, con la mayor naturalidad del mundo, con sencillez, sin desplantes ni alardes de suficiencia, libre de prejuicios y rebelde a todo sistema pedagógico mal concebido — que ata, esteriliza y hace del maestro un ser rutinario, cuando no lo es ya por temperamento—vuelca generosamente para nuestro bien sus ideas optimistas, sus sentimientos humanitarios, sus amplios y positivos conocimientos de las cosas que vivimos.

Sí, Ruiz López en su libro enseña a los maestros a enseñar; a los niños a aprender y a todos, grandes y chicos, a conducirnos dignamente, provechosamente en esta vida tan llena de amarguras, con el elevado propósito de que nuestra existencia no sea totalmente árida ni penosa.

Dice Ruiz López en un párrafo de su "Discurso preliminar": "Sedientos de ideal, consideramos la Escuela como el arma más poderosa que puedan esgrimir los hombres de buena fe en pro de la libertad y del progreso, la única arma que consigue victorias gloriosísimas sin derramar sangre, el arma que conquistará para los humanos la mayor felicidad posible".

Y, unas líneas más abajo, agrega: "Estamos sufriendo los daños incalculables de la incultura, nos aburrimos en un mundo en que la barbarie ahoga la espiritualidad: cuando se levanta una voz pregonera de la verdad, no la entendemos; cuando pasa por nuestro lado un sembrador de verdades, no le seguimos por incomprensión. Libremos de ese peligro a la juventud que nos sigue y a la niñez que balbucea; seamos incansables en la batalla contra la ignorancia..."

Estas palabras pintan de cuerpo entero al prestigioso y castizo escritor: su afán es combatir la ignorancia. Propaga y defiende sus ideales en todos los terrenos, en sus novelas, en sus cuentos originales, en sus poesías, en sus libros, y hasta en su vida privada. Porque Ruiz López es de los pocos que saben predicar con el ejemplo.

Y, para terminar, recomendamos especialmente la lectura del "Discurso preliminar" y de los siguientes temas, desarrollados siempre en forma clara y concisa: "No conspires contra la risa", "Piensa con el pensamiento propio", "El silencio conveniente", "Beneficios de la generosidad", "Al Maestro joven", "De la superioridad", "De los malos métodos", "Vivir sin trabajar" y "El veneno de las joyas".

Es este un libro de indiscutible utilidad, que nos interesa a todos porque instruye entreteniendo.

Leyéndolo sentimos que nuestro ser se sacude con estremecimientos de nueva savia, que es como bálsamo piadoso que suaviza asperezas, que templa nuestros nervios, tonifica nuestro espíritu, esclarece nuestro entendimiento, vigoriza nuestro cerebro y moldea inteligentemente nuestro carácter con inspiraciones nobles y siempre bien orientadas.

Es ante todo y sobre todo el de Ruiz López el libro de un hombre bueno.

Francisco GARCÍA BELTRAN.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Belleza e higiene

LAVADO DE LA CABEZA

En todas circunstancias, la cabellera y el cuero cabelludo deben mantenerse en estado de perfecta limpieza, por medio de lavados frecuentes y regulares.

Para lavar la cabeza se emplean indiferentemente diversos medios, muy eficaces y sin peligro.

Uno de ellos consiste en un "shampooing" compuesto de:

Agua de Panamá. . . 1 litro
Jabón negro. . . . . 30 gramos

Otro procedimiento, excelente para el lavado del cabello, es dar fricciones al cuero cabelludo con una mezcla de yema de huevo crudo y agua ligeramente carbonatada.

El éter de petróleo lava admirablemente la cabeza sin dejar en los cabellos ninguna huella de humedad. Su empleo es peligrosísimo porque se inflama rápidamente y son de temer sus propiedades anestésicas.

Después del lavado de la cabeza, séquesela cuidadosamente procediendo a una fricción con alcohol o ron mezclado con agua.

Desenrédese el pelo cuando está aún húmedo.



DE LA VIDA INTENSA

—¿Qué está haciendo, Jesusa?
—Nada, señora. Ya está hecho.

CONTRA LAS PELÍCULAS

Lavaos la cabeza una vez al mes en una jofaina de agua con dos cucharadas de amoníaco y en la cual se haya disuelto un trozo de carbonato de sosa del tamaño de una nuez.

A la larga, los cabellos toman un reflejo dorado que me induce a recomendar este procedimiento a las personas de cabellos rubios o castaños. Las morenas, en cambio, deben evitarlo.

Por otra parte, no puedo menos de recomendaros que cada quince días os lavéis la cabeza con la decocción jabonosa templada o con la mezcla siguiente:

Jabón verde . . . . 100 gramos
Alcohol rectificado . 50 „
Glicerina . . . . . . 15 „

Disolved en esta mezcla tres gramos de naftalina y empleadlo todo con agua templada como si fuera jabón ordinario.

Cuando el agua hace notar la presencia de películas en el cuero cabelludo, hay que emplear un peine fino de marfil.

Para que desaparezcan las películas, os recomiendo también la loción de agua de brea.

E. de L. B.

La cocina

SOPA FRANCESA

Tiempo, 3 horas; seis cuartillos de agua, cuatro libras de carne, dos cucharaditas de sal, tres zanahorias pequeñas, tres cebollas de tamaño regular (una claveteada con dos clavos), una cabeza de apio, un manojito de tomillo, una hoja de laurel, un poco de perejil atado, dos nabos y una cebolla quemada o un poco dorada. Póngase la carne en una olla con agua y hiérvase poco a poco, quitándole la espuma luego que se levante, échese una taza de agua fría que ayude a la espuma a subir. Cuando ya no se levante espuma, échense las legumbres, bien lavadas y preparadas. Rebánense las zanahorias, clavetéense las cebollas y córtense los nabos en cuatro pedazos. Échense en la olla y hiérvanse por 2 horas. Si el agua se evapora mucho, póngasele más agua caliente. Algunos huesos mejoran mucho esta sopa.

PASTELITOS DE OSTRAS

Dos cuartillos de ostras, picadas muy menudito; una taza de mantequilla derretida y con leche; pimienta picante y negra al gusto. Échense las ostras en la mantequilla derretida y cuézanse durante 5 minutos. Ténganse preparados los pastelitos; llénense con esta mezcla; caliéntense 2 minutos en el horno y mándense a la mesa.

FILETE DE TERNERA, ASADO

Carne, media libra de mantequilla derretida, media de relleno y un limón. Deshuésese, hágase una incisión profunda entre el filete y la silla y llénese con el relleno. Dóblese la carne de modo que quede de una figura redonda, asegúrese con espetones y átese, cúbrase con papel engrasado. Ásese lentamente al principio. Rocíese bien, quítesele el papel poco antes de que esté cocida, enharínese y rocíese con mantequilla. Cámbiense los espetones por unos de plata. Échensele encima el jugo de un limón, mantequilla derretida y salsa morena. Adórnese con rebanadas de limon. Tiempo, 4 horas para doce libras.

POLLOS EN FRICASSÉE

Límpiense, lávense y descuartícense los pollos, ténganse en agua con sal durante 1 hora. Pónganse en una olla con media libra de tocino, cortado en tiras, y con agua fría que los cubra. Tápese bien y hiérvase; si los pollos son grandes, estófense durante 1 hora o más después que hayan empezado a hervir. Ya cocidos, añádanseles cebollas medio picadas, perejil y pimienta, y tápese otra vez durante 10 minutos. Échense dos cucharadas de harina en agua fría, luego en una taza de leche caliente y mézclese esto con dos huevos batidos; échesele después una cucharada grande de mantequilla y póngase todo en una cacerola; mézclese bien, hiérvase, pónganse los pollos en la fuente, écheseles encima la salsa y sírvanse.

BUÑUELOS DE NARANJA

Cuatro naranjas y masa común. Quíteseles la corteza y la pelleja interior, pero sin destrozar la pulpa; divídase cada una en cuatro o cinco pedazos en proporción a sus cascos; mójese cada pedazo en la mase y fríanse en bastante manteca muy caliente hasta que tengan un color amarillo subido. Sírvanse con azúcar pulverizada en una servilleta.



LA HIGIENE DEL "NOUVEAU RICHE"

—Deme una docena de cepillos para los dientes. Son para mi esposa.
—¿Doce?
—Sí; uno para cada diente.

Una broma que pudo ocasionar una guerra

Pocas bromas han estado a punto de costar tan caras como la que en la primavera de 1885 se permitió gastar a la escuadra inglesa un inventor norteamericano, el capitán Pablo Boyton. A no haber sido por la cortesía y serenidad de un oficial inglés, lo que comenzó como una burla hubiera costado la vida a cinco inocentes periodistas de talento, y ocasionado una guerra entre dos potencias.

En aquellos días, Inglaterra y Rusia parecían próximas a romper las hostilidades en el Asia Central. La Cámara de los Comunes acababa de votar un crédito de guerra de 55 millones de pesos oro, y un ejército ruso ocupaba ya las puertas del Afghanistán.

Precisamente entonces, se encontraban en el puerto de Nueva York un buque de guerra ruso, el "Strelak", y otro inglés, el "Garnet". Ambos esperaban solamente que se declarase la guerra para salir a alta mar y tirotearse de lo lindo, y toda la población neoyorquina hacía preparativos para presenciar la batalla naval tan pronto como viese zarpar a los buques.

En estas circunstancias, el redactor jefe del "Times" de Nueva York, recibió una carta del capitán Boyton. Era éste inventor de un traje flotante o salvavidas, algo así como un vestido de buzo que se inflaba de aire y permitía sostenerse sobre el agua y navegar con ayuda de un doble remo; lo había ensayado en muchos ríos y puertos de América y de Europa, pero nadie había hecho caso de la invención, como con tantas otras sucede, y el capitán había abierto un bodegón cerca de Broadway, que llevaba por título "El Barco". En su carta, el inventor rogaba al periodista que se dignase ser testigo de una escena que daría asunto para una información interesante. El editor del "Times" llamó a uno de los reporters más jóvenes y le ordenó que acudiese a la cita.

A las ocho de la noche, reuníanse en la trastienda de "El Barco", el capitán Boyton y cinco periodistas representando, además del "Times", el "Sun", el "World", el "Herald" y el "Morning Journal". El primero de estos periódicos había enviado como repórter al famoso Brisbane, que es hoy día uno de los periodistas que mayor sueldo tienen en el mundo. El inventor les explicó entonces lo que se proponía.

—No hace mucho—les dijo—presenté mi traje salvavidas al almirantazgo inglés, encomiando su utilidad en la guerra; pero aquellos señores no sólo negaron esta utilidad, sino que se rieron de mí y de mi invento. Ahora quiero vengarme, y para ello, esta noche voy a ir nadando hasta el "Garnet" llevando conmigo un torpedo descargado que voy a atar debajo de la quilla. Quiero mostrarles lo fácil que sería con mi invento, a cualquier enemigo de Inglaterra, volar un buque británico. De ese modo, daré una lección al almirantazgo, aunque estoy seguro de que no me lo agradecerá.

En un momento se preparó la expedición. Marcharon los seis al puerto y, en medio de las tinieblas, entraron en la cabaña de un barquero. El inventor se vistió su traje salvavidas y se echó al agua llevando consigo el torpedo descargado, y los cinco periodistas, que veían allí materia para un artículo emocionante, le siguieron en un bote. No fué necesario ocultar al barquero el motivo de la expedición. Boyton, hombre ingenioso, había buscado un botero irlandés, feniano de corazón. Por aquella época, los fenianos estaban en el apogeo de su actividad, y se reunían diariamente para discutir proyectos espantosos contra la Gran Bretaña; de modo que el pobre hombre, creyendo que se trataba en realidad de volar un navío inglés, estaba entusiasmado con la aventura.

Al llegar a unos cien metros del "Garnet", el aventurero inventor se separó de los periodistas rogándoles que le esperasen allí, y con toda la velocidad que le permitía su doble remo, desapareció en la obscuridad. En aquel momento fué preciso tapar la boca al irlandés, que ya se disponía a lanzar una exclamación de desafío creyendo ver de un momento a otro el buque inglés hecho pedazos.

De pronto, se oyó un grito en la cubierta del barco, seguido de órdenes breves que de lejos no podían distinguirse, y dos minutos después pasó junto al bote el capitán Boyton, nadando a todo nadar y seguido de cerca por una lancha de vapor tripulada por unos cuantos marineros ingleses al mando de un oficial joven, todos ellos con la cabeza descubierta y sin más traje que la clástica y los pantalones.

Era inútil que un hombre quisiese luchar con el vapor. A la vista de los repórters, el capitán Boyton fué cogido por dos o tres marineros, levantado en vilo y metido en la lancha inglesa. Esta se acercó entonces al bote de los periodistas, y el oficial, puesto en la proa y blandiendo su sable, ordenó:

—¡Ríndanse ustedes y vengan a bordo! ¡Pronto!

Los repórters americanos no contestaron una palabra. El oficial era casi un niño, y a los periodistas les pareció una vergüenza acatar las órdenes de un mozalbete extranjero en sus propias aguas. Pero el marino inglés sabía muy bien que la razón estaba de su parte, y así, con la mayor sangre fría dió a sus hombres la voz de "apunten" y, tan pronto como levantaron los fusiles, dijo cortésmente:

—Es preciso que den ustedes cuenta al capitán del "Garnet" de lo que hacían debajo de la quilla. Ríndanse antes de que cuente tres.

Y volviéndose a los marineros gritó:

—¡Haced fuego en cuanto diga tres! ¡Uno!

Los periodistas seguían tan mudos como estatuas, sin que su bote se separase de la lancha de vapor, porque el barquero irlandés, el valeroso feniano, acababa de esconderse debajo de los asientos.

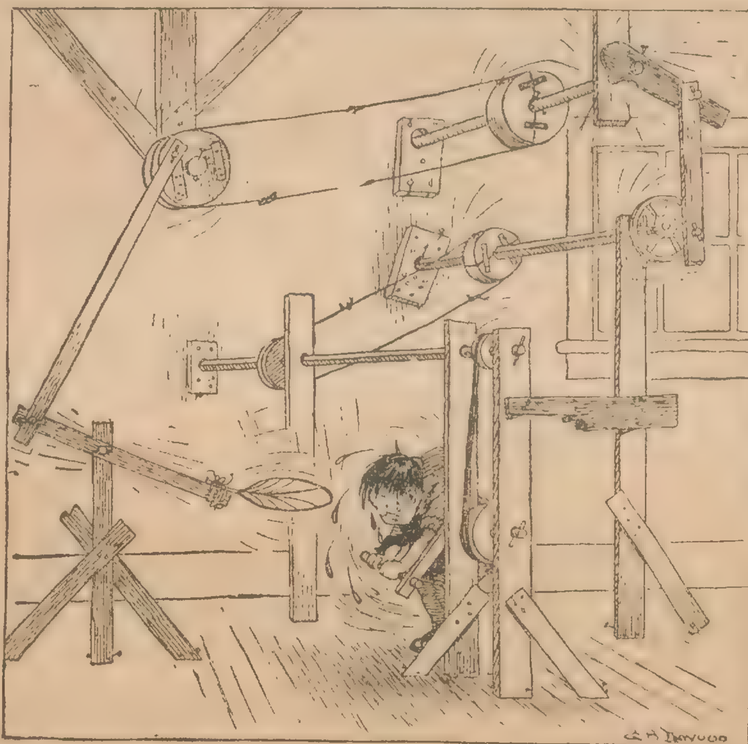
—¡Dos! —exclamó el oficial.

A la pálida luz del reflector del buque se pudo ver cómo cada marinero afinaba la puntería. Ya iban a desplegarse los labios del oficial, cuando uno de los repórters tuvo la ocurrencia de gritar:

—¡Eh! ¡Que somos periodistas!

Las culatas de los fusiles golpearon el fondo de la lancha, y el oficial preguntó más cortésmente de qué se trataba. Entonces Boyton le dijo que simplemente de atravesar a nado la bahía de Nueva York, por una apuesta, y que los del bote eran distinguidos periodistas que asistían como testigos, con lo que el marino se dió por satisfecho y les dejó marchar.

Pocos días después, los tripulantes del "Garnet" encontraron atado a la quilla el inocente torpedo, encerrando sólo una carta en la que Boyton explicaba el motivo de aquella aventura. El joven oficial que mandaba la lancha de vapor fué sometido a un consejo de guerra por haber dejado en libertad al autor de la broma. Y la cosa no era para menos. No hubo guerra entre Inglaterra y Rusia, pero faltó muy poco para que la hubiese entre Inglaterra y los Estados Unidos por el loco capricho de un inventor ofendido.



—¡La máquina de abanicarme me está resultando inútil! ¡Cada vez tengo más calor!

Las primeras postales ilustradas

A Pedro Dupuy.

Cuando todos creíamos que la tarjeta postal ilustrada era cosa moderna, resulta que a principios del siglo XVIII existía ya en Augsburgo, en el interior de una comunidad protestante y como medio de propaganda. Los habitantes de aquella ciudad que observaban las prácticas luteranas, protegidos un tiempo por Gustavo Adolfo, fueron luego, en su mayor parte, obligados a la abjuración o al destierro, y dichas tarjetas servían para que se comunicasen entre sí los que habían adoptado el segundo partido. Eran pequeñas hojas conteniendo versos o algunas líneas, muchas veces satíricas, y dibujos en que se glorificaba a Gustavo Adolfo; no circulaban como hoy, a cara descubierta, sino bajo sobre; pero su uso se hizo tan general, que se vendían por todas partes, hasta en las ferias de los pueblos.

No hay que decir que las tales tarjetas son hoy una rareza que alcanza elevado precio, porque los coleccionistas se las disputan como cosa curiosísima.

Humberto ZAPPA.

Lonjas de cereales

Chicago, Omaha, Minneapolis y Kansas City son los grandes centros harineros de los Estados Unidos. Hay algunos otros de menos importancia, y en todos ellos hay su lonja o bolsa de la harina, de manera que puede decirse que toda la harina que se consume en la gran república, excepto la que los pueblos pequeños se reservan para su propio uso, ha pasado por estas lonjas y ha sido objeto de una transacción más o menos larga. Realmente, en estas bolsas lo que se compra y vende no es la harina, sino el grano. Los agricultores acuden a venderlo, y los harineros a comprarlo. En este negocio intervienen las autoridades, pero no para imponer tasas ni para gravar la compra con onerosos tributos, sino para comprobar la buena calidad del grano, lo que se hace, no precisamente para beneficio del comprador, sino para saber si todo el grano que se presenta en el mercado está en buenas condiciones, garantizando así la bondad de la harina, y por consiguiente la del pan. Cada estado en que hay una lonja de grano, tiene también un Departamento de inspección de granos, y de la importancia de su misión puede tenerse idea sabiendo que el de Chicago, por ejemplo, tiene que examinar más de treinta mil vagones de grano al mes. Para ello, cuenta con veinticinco inspectores, cincuenta seleccionadores y un gran número de escribientes y personal subalterno.

Colaboración espontánea

¡Esa casa!

Siento profunda inquina por la casa
que con su orgullo de cemento y hierro,
rozando el ventanuco de mi cuarto
indiferentemente, fué creciendo.

Es odio y es rencor por esa mole,
que palmo a palmo me ha robado el cielo...
¡hasta el rayo de sol que bañó en oro
la pobreza glacial de mi aposento!

Héctor **BRIZIO.**

Conciencia

Nada turba el silencio de la hora,
a solas con mi alma reflexiono
y raspando lo bajo del encono
descubro mi conciencia delatora.

Hay en mí dos tendencias: precursora
la una de maldad, desde su trono
maldice y admoniza en rudo tono,
mientras la otra, perdonando, llora...

Y el dualismo se ceba silencioso
entre las duras rocas de mi pecho
dejando un dulce amago voluptuoso.

Pues, si una voz me dice: recrimina,
¡la otra, ingenuamente, me ilumina
con la tenacidad de un suave acecho!

Ricardo **BUCCICARDI.**

En la noche del santo...

La sala patriarcal que preside el abuelo,
desde el marco severo de su cuadro al carbón,
tiene esta noche en fiesta hidálguico revuelo
de tiempos ya pasados cual pasa la ilusión.

Silvina, la de trenzas de princesa de oriente,
la de labios de grana, la de dulce mirar,
celebra sus quince años, celebra dignamente
el ser "niña bonita", pues ella lo es sin par.

Y el piano arranca notas de valses caprichosos,
la lámpara refleja un rojizo color
y la dueña del santo, con los ojos dichosos,

se pasea arrogante por la cálida estancia,
sabiendo bien la estirpe que retoñó su flor:
lozana en hermosura y de casta fragancia.

Estanislao F. **CARAS.**

Tempestad

¿Que el mar está agitado y no hay calma
en el barco?... ¡no temo perecer!
Pues he luchado con la tempestad del alma:
Y he sabido vencer.

Sí, valerosa soy; la frente erguida,
¡no me mata el pesar!
Ni temo que se extinga mi vida
en el profundo mar

María B. de **RODRIGUEZ.**

Carta al sol

Relumbrante Apolo, hijo
del gran Zeus omnipotente:
Perdona si, francamente,
arrogante me dirijo
a tu linaje esplendente.
Mas, yo soy así, y perdona
si mi palabra blasona
de tratarte como igual;
¡nuestro régimen actual
nos lo tolera y abona!
¡Ya los reyes se acabaron,
y el prestigio que gozaron
hoy sólo vive en la historia,
y apenas si conservaron
vagos recuerdos de gloria!
Hoy, viejo, la humana grey,
a los hombres y a la ley

UNA VICTIMA DEL AMBIENTE



—¡Y pensar que si estuviera en Rusia, a estas horas sería tal vez secretario del Tesoro!

les dió un valor más humano:
Tú seguirás siendo rey...
¡pero, rey republicano!
Ya sabes (por si te atreves
tu grandeza a celebrar,
y no al extremo lo lleves)
que tu prestigio sin par
a Copérnico lo debes.
Empeño pedante fuera
si tu vanidad creyera
que eres rey de la creación;
para darte la razón
basta un Tico Brahe cualquiera!
Tu brillantez no decrece
ni tu gloria legendaria,
si digo que me parece
que eres el Alfonso trece
de una isla planetaria!
Mas, fuera pedantería
lesiva a tu seriedad...
y en esta temeridad
hay tanto de grosería
como de sinceridad...
¿Que eres grande? ¡Bien se ve!
Y lo acepto y lo repito;
y siempre te admiraré
y por grande te tendré
en el piélago infinito...
Pero, de ahí a que blasones
de que eres padre y señor
de las etéreas mansiones...
¡No delires, por favor,
que en ridículo te pones!
Presume por lo que eres,
y déjanos en paz: ¿quieres?...
¿No sabes, ¡por Belcebú!,
que hay aquí, ojos de mujeres
que iluminan más que tú?...
¿A qué esa necia arrogancia?...
¿A qué viene la insolencia
de tu insípida jactancia?...
¿Qué hay con tu falsa eminencia?...
"¿Qué querés con tu elegancia?"...
¿Que algún poeta, servilmente,
dice que tu luz ardiente
es peregrino arrebol?...
¡Pues, para mí eres un sol
en estado decadente!
Ya, cierto sabio, intrigado
por tu fama esclarecida,
tu omnipotencia ha estudiado...
¡y sólo te ha calculado
quinientos siglos de vida!
Quédete, en fin, el consuelo
de que vives en el cielo,
pero, escucha y no te asombres:
¡Para nosotros, los hombres,
no eres más que un reyezuelo!

José **VICTORERO.**

Palermo matinal

Para **FRAY MOCHO.**

Ostentando esplendor y señorío,
abrió sus puertas de oro el sol naciente;
deslumbrante de luz está el vacío,
saturado de aroma está el ambiente.

Cantan las aves en el bosque umbrío,
el follaje discurre blandamente,
brillan profusas perlas de rocío
y en giros corre musical torrente.

Regia esmeralda luce la pradera,
de rosas y jazmines Primavera
nos brinda su fragante floración.

Y tan sublime palpitar de vida,
sacude mi alma como cuerda herida
por íntima y secreta pulsación.

Teófilo C. **CHIESA.**

El payador

¡Allá va!... Por la llanura
cruza en su pingo piafante
sobre el que surge, arrogante,
su legendaria figura.
Una estrofa de amargura
palpita en su boca ardiente:
¡Lleva ceñida la frente
por una vincha campera
y en sus ojos reverbera
un destello de vidente!

En la armonía serena
del crepúsculo sangriento,
dócilmente flota al viento
su romántica melena!
Compañera de su pena,
como una carga preciosa
en la espalda vigorosa
lleva la dulce vihuela
que le alegra, y le consuela
con su música armoniosa!

¡Es el último jirón
de una estirpe que agoniza
bajo la fría ceniza
de un olvido sin razón!
Gaucho poeta, su canción,
en sentimiento se anega:
¡Y es beso de luz, que llega
hasta el alma, donde estampa
la tristeza de la Pampa
y el amor de Santos Vega!

Domingo F. **ARIETTI.**

Soledad sonora

"Sunt lacrymæ rerum".

Resalta tu ingrato "adiós"
en mi soledad aciaga,
como una sangrante llaga
¡del crucificado Dios!

A solas, hablo de ti...
—¡Es tan hondo tu recuerdo!—
¡Sin ti me abismo y me pierdo:
Sin ti, ¿qué será de mí?...

¡Si vieras!... ¡A veces, loco,
rememoro tu presencia,
y en mi furente demencia,
¡a la demencia provoco!

Mortajado en el sudario
de tu ausencia austera,
llevo mi angustia a manera
del "Inri" patibulario!...

De tanto duelo abrumado,
y de tanta aflicción,
que ya siento el corazón
yerto, roto, desgarrado!...

¡Y tú tan lejos, ¡ay! tanto
que no presientes, ni sabes
mis penas hondas y graves;
mis largas horas de llanto!

¡Ten clemencia!... ¡El cruel delirio
quiere adueñarse de mí!...
¡Siempre clamando por ti,
siempre sufriendo un martirio!...

¡Eufoniza en dulce "a tempo"
la sonata del olvido!...
¡Alma: sin ti he perdido
hasta la noción del tiempo!...

¿Nada te habla de mí?
¿Ya estoy muerto en tu recuerdo?
¡Y yo que me abismo y pierdo
de tanto pensar en ti!...

Francisco **FERRARO.**

EL TEATRO CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

APOLO

"La mala sed", drama en 3 actos, de Samuel Eichelbaum

Suele ser ingrata la tarea de crítico de nuestra producción teatral, para un hombre equilibrado y recto. Llamado a juzgar valores siempre muy relativos, o transige con el mal gusto preponderante o realiza una mortificante batida de policía literaria. Nosotros, que hemos optado por lo último, tendríamos motivos para reclamar modestamente la cruz de beneficiencia.

Por esto, en las raras ocasiones en que nos sorprende el hallazgo de una obra meritoria, experimentamos una sensación de alivio, de complacencia, de reconciliación.

Tal nos ha ocurrido con la pieza de Eichelbaum.

En esta obra, el autor se ha salido de ese ambiente convencional con el que se ha pretendido caracterizar nuestro gran mundo y también el mediano y el pequeño. Ha dejado de lado el ficticio "porteñismo" de ciertos medios y ha abordado un tema universal, intenso, hondo: el erotismo hereditario.

Con extraordinario acierto, con notable buen gusto, con sutil observacion de temperamentos, ha concebido la realización, en tres actos, de tres aspectos de un mismo fatalismo sexual: el del esposo adúltero, el de la caída femenina y una pasión latente de suego a nuera, personajes todos de una misma familia.

La obra revela un alto concepto de la emotividad teatral y sigue una sana tendencia de arte.

Podrían hacerse ciertas observaciones respecto a la realización escénica de la obra. El primer acto es ambiguo. La acción, en conjunto, no es orgánica, porque aisla demasiado entre si los tres conflictos, que debieran tener contactos inmediatos. Le falta fuerza de expresión al diálogo en casi toda la obra. El momento de mayor intensidad dramática debió ser desarrollado en el tercer acto y no en el segundo. El final de la pieza con el suicidio del padre de aquella familia desventurada, no es acertado, porque nada resuelve.

A pesar de estos y de otros defectos de técnica que presenta, "La mala sed" merece para su autor el efusivo aplauso que encontró en la sala. Constituye un saludable ejemplo y encierra méritos positivos.

La interpretación que dió a la obra la compañía del Apolo fué excelente. Destacóse muy especialmente la admirable labor realizada por Pablo Acchiardi, con la que demostró poseer extraordinarias facultades para ser un notabilísimo actor dramático. Muy sobria y eficaz la Pagano, dió a su papel emoción y altura. Los demás, bien.

SAN MARTIN

Entre las diversas "reprises" realizadas últimamente en este teatro, merece especial mención la de la pieza "Franz Hallers", en la que Vilches hace una de sus más notables creaciones.

El talentoso actor español va ganando cada vez más en el consenso público y los empresarios empiezan a disputárselo. Parece ya resuelto que en febrero Vilches y los suyos pasarán al Nuevo, donde sin duda se afianzarán sus prestigios.

POLITEAMA

Casaux realizó su beneficio el viernes con "El vasco de Olavarría", ante una sala desbordante. Las grandes simpatías que tiene el popular actor se exteriorizaron en una tempestad de aplausos al terminar la función. Los obsequios llenaron su camarín y todo el mundillo teatral presentó sus saludos al creador de tanto personaje risueño.

LICEO

Con "El amigo Raquel" se cubre hasta el momento en que escribimos, el cartel de doña Camila. Anoche ha debido beneficiarse Tregues, con "La serpiente", de Mook, donde hace un papel destacado.

Sigue ensayándose la pieza de Jorge Dowton que reemplazará a la de Weisbach.

¡COMEDIANTA!...

Después de vivir seis meses archivada, se estrena en un teatro criollo una obra que no le gustaba a la primera actriz, quien, a pesar de tener marido, es la que manda en ese teatro.

Logra la pieza, llena de méritos artísticos, un éxito franco. Llama el público al autor, habla éste y luego habla la aludida actriz. ¿Qué dice? Pues que ojalá pudiera estrenar siempre obras de tantos quilates artísticos como esa.

Después de hacerlo sufrir seis meses al autor, ¡decir eso!... ¡Comedianta!...

OPERA

Con "El desconocido", título arbitrario que huele a pieza policial, los de la Opera han querido ponerse en una "tessitura" de actualidad con respecto á las cuestiones proletarias que agitan el mundo.

Don Ivo Pelay, autor de "El desconocido", ha escrito un primer cuadro que tiene muchos puntos de contacto con el pensamiento que informa la obra "El pobre hombre", aunque carece del énfasis ideológico y la dialéctica de la pieza de González Castillo. Reeditado, pues, el tema de la situación de la clase media, representada esta vez por los empleados de escritorio de una fábrica, y la conveniencia de unirse al proletariado para contrarrestar al capitalismo, aparece el inevitable patrón, áspero y orgulloso para tratar a sus asalariados, que rechaza un pliego de condiciones y se burla de las pretensiones de sus operarios. Entre éstos hay uno, el desconocido, recién incorporado a la fábrica, pero que ha servido antes en ella. Este obrero se resiste a ir a la huelga. Recuerda las hambres que pasó en huelgas anteriores y el hombre se siente conservador. Los huelguistas le provocan, le insultan y llegan a escupirle para obligarle a pelear. En esta circunstancia el "desconocido", empleando un revólver que le regaló el patrón, hiere y es conducido a la comisaría. Mientras se instruye el sumario, la mujer del agresor se presenta a pedir gestione su libertad al patrón. Este, que la pretendiera otrora, aprovecha la oportunidad para seducirla. Y termina la pieza, como puede descontarse, con la muerte del seductor por el desconocido.

El público saludó con largos aplausos la nueva obra de Pelay, en la que actuaron con brillo Pomar, Camiña, Fagioli y Porta; la actriz, señora Podestá de Pomar, mostró un poco de vacilación en ciertos momentos, por lo menos así nos pareció.

EN EL TEATRO



—Disculpe, señora. ¿Tendría usted la amabilidad de quitarse el sombrero? ¡Pagué cinco pesos para ver la obra!
—Yo he pagado ochenta para que me vean el sombrero.

BUENOS AIRES

El excelente actor Enrique Rambal realiza su temporada en este teatro cada vez con mayor concurrencia de público. Con motivo de la festividad de los santos, puso en escena el drama de Zorrilla, "Don Juan Tenorio", con plausible corrección, dando fe que tanto él como los elementos que le secundan podrían muy bien cultivar otro género teatral con buen éxito.

Reanudadas las representaciones de dramas de truculencia, estrenó "El secreto mortal", que gustó al público decididamente.

NACIONAL

Un éxito sugerente ha conseguido la honesta pieza de los señores Deffilipis Novoa y Martínez Paiva, "Santos y bandidos", que ha ido a dignificar el cartel del Nacional, bastante olvidado de la mano de Dios del punto de mira artístico. Dicha obrita ha destapado a un nuevo actor cómico, Enrique Jacobini, quien parece destinado a una rápida popularidad.

Se ensaya una pieza de Roldán, que será el primer estreno.

"LOS HIJOS MANDAN"

La compañía del Apolo, tan pronto como lo imponga el bordereau, estrenará una producción de don Alfredo Duhau, que lleva el título del epígrafe. Los prestigios del señor Duhau como comediógrafo, hacen que su nuevo trabajo sea esperado con interés.

ARGENTINO

Continúa Parravicini obteniendo grandes llenos con "El cabo Scamione", pieza francesa traducida por el popular bufo. O mucho nos equivocamos o terminará la temporada con esa traducción.

TEATRO NACIONAL EN EL FLORIDA

La distinguida actriz Lina Esteves reaparecerá próximamente con una compañía nacional por ella formada en el teatro Florida, sala que por su ubicación no parece dudoso logre mantener el género nacional que se va a intentar por primera vez en ella.

La señora Esteves, aparte del prestigio de su nombre, ha logrado reunir elementos que, si no están todavía consagrados por el público, son todo una promesa. Así, por ejemplo, la señora Ema Bernal, una actriz joven, de linda presencia y buena dicción,

que nada difícil sería lograra destacar pronto. También irá Delmiro Casals, un actor cómico de innegables aptitudes, que hace ya tiempo capitanea compañías por las salas de barrio.

"EL ANIMADOR"

El sábado reapareció ante el público de Buenos Aires la compañía Rivera-De Rosas, poniendo en escena la obra de Henry Bataille, "El animador", traducida al castellano por el diputado nacional doctor Antonio de Tomaso y el autor uruguayo Rodríguez Acasuso.

Por falta de tiempo, aplazamos nuestro comentario para el próximo número, no sin dejar constancia de la excelente acogida que hizo el público a la obra y a la compañía, que la estrenó después de ensayarla con esmero.

COMEDIA

El éxito de "El pibe del Corralón", donde tanto se luce el diminuto Narcisín, corre parejo con el de la pieza de Muñoz Seca y Pérez Fernández, "Los amigos de alma", últimamente estrenada.

Los de la Comedia es casi seguro que llevarán ambas piezas a las cien representaciones, si no pasan de ellas. Y en verdad que las dos producciones tienen méritos, cada una en su estilo, para perdurar en el cartel.

AVENIDA

Se ha despedido de la compañía de zarzuelas que actúa en esta sala, el director Manolo Fernández, quien se embarcó para España. El elenco se mantendrá desarrollando lo mismo su temporada que, como todos sabemos, es fecunda en éxitos. Prepara actualmente varios estrenos que serán puestos con el lujo escenográfico y la corrección interpretativa que son conocidos para todos los que concurren al Avenida.

MAYO

Continúa desierto el escenario donde la Rico hizo últimamente diversas proezas más o menos artísticas. Entretanto, se urden a la sombra de los toldos de "La cosechera", las combinaciones que brotan de la mollera estupenda de García Buceta y su rubio secretario, dos "genios" para eso de formar conjuntos de zarzuela...

VARIEDADES

Mientras tramita conquistar una sala cabe el asfalto, el inefable maestro Terés deja oir a los viajeros que van y vienen por la línea del sud, el ruidoso coro de vírgenes "aburridas" de su virginidad... Terés es tesonero y, o mucho nos equivocamos, o dentro de poco le vemos instalado en plena Avenida de Mayo...

OLIMPO

El veterano Vitta sigue actuando con Pepe Suárez en este pequeño teatro de la calle Pueyrredón. El cartel se renueva cinematográficamente y el público presta su asentimiento concurriendo en buen número a ver los espectáculos. En estos días pondrá en escena esta compañía "La esfinge enamorada", de Gaid, que se estrenó con franco éxito en el Excelsior, y "Los de la maffia" y "Champán tangó", de Isaac Morales (hijo), el "coleborrdor".

NUNCA

Nunca saldrás de ti, pobre alma mía.
Víctima de tu propio paroxismo,
das curso a tu nostalgia del abismo
y a tu implacable afán de lejanía.

Del cielo que forjó la fantasía
quieres robar el rayo... Tu ser mismo
se encarga de borrar el espejismo
y encadena a la roca la osadía.

Monta sobre el volante Clavileño,
márchate a la conquista de tu sueño
y vuelve ufana a relatarla un día...

Te oiré como al retorno de la escuela
oyó el rapaz los cuentos de la abuela...
¡Nunca saldrás de ti, pobre alma mía!...

Enrique **GONZALEZ MARTINEZ.**

CASINO

El campeonato de lucha greco-romana es la atracción más interesante del Casino. Diariamente la platea rebosa y parte del público tiene que quedarse de pie. Los domingos se efectúan interesantes "matinées" familiares.

GRAND SPLENDID

Una concurrencia selecta asistió en la semana anterior a presenciar los interesantes espectáculos cinematográficos realizados en esta grandiosa sala, que se caracteriza por el acierto en la elección de las películas y por el sello de distinción social que tienen las funciones. El jueves, como siempre, se efectuará una matinée infantil con cintas muy divertidas. El viernes, la función de moda acostumbrada.

CAPITOL

Las funciones que se llevaron a cabo en estos últimos días han permitido ratificar las preferencias que sienten gran número de familias por esta sala, una de las más prestigiosas de Buenos Aires. En honor del secretario señor Sánchez, cuya cultura y "savoir faire" son conocidas, se llevó a cabo el jueves una función que puso de relieve las simpatías de que goza el señor Sánchez. La matinée infantil que se anuncia para el jueves es de mucha atracción, lo mismo que la función de moda del viernes.

"LA ESCENA"

Esta popular revista teatral publicará en su número del jueves la pieza de Alberto T. Weisbach, "El amigo Raquel", que se está dando en el Liceo. En el suplemento editado ayer apareció "El desconocido", de Ivo Pelay, recién estrenada en la Opera.

Un homenaje de las "Desencantadas" a su cantor

La municipalidad de Constantinopla acaba de hacer colocar una placa en una de las casas habitadas por Pierre Loti en Estambul.

Hace algún tiempo, Pierre Loti fué nombrado "Ciudadano de Estambul"; esta nueva manifestación de simpatía y de reconocimiento hacia el ilustre autor de las "Desencantadas",—debido a la iniciativa privada,—merece llamar la atención sobre los sentimientos que animan a los ribereños del Bósforo hacia Pierre Loti en particular y hacia los franceses en general.

Pierre Loti ama a los turcos y los turcos aman a Pierre Loti. Sin embargo, para decir las cosas tales como son, es preciso reconocer que la amistad de los turcos por el ilustre escritor (queremos hablar de las masas del pueblo), amistad sincera, profunda, sin reserva, como debe ser entre las naturalezas francas y sencillas, ha necesitado de algún tiempo para desarrollarse, y ahora es más sólida que nunca.

Cuando hace cuarenta años la enseña del buque "Julián Viaud", fué a Constantinopla por la primera vez, el escritor se sintió atraído por el encanto delicado de este oriente especial, que no es el oriente árabe, egipcio o africano y donde los colores, como las costumbres, están atenuados, afinados. Emprendió en las callejuelas pintorescas de Estambul, bajo los cipreses seculares de los cementerios musulmanes, sus caminatas solitarias y soñadoras que debían inspirarle tantas páginas deliciosas, tantas pinturas delicadas de un paisaje encantador que se transforma y del cual no queda sino el recuerdo inmortalizado por los libros de Loti.

Ahora, es cierto, el viejo imán de la antigua mezquita, el bonachón dueño de la taberna y los clientes familiares del pequeño café al aire libre, sombreado por los olivos, se hicieron muy pronto amigos del escritor. Pero la popularidad del marino-poeta se confinó por fuerza a este pequeño grupo.

Cuando aparecieron los primeros libros de Loti sobre Estambul, los conocedores turcos los saborearon con delicia, pero el gran público, aunque no ignorante, no conoció al autor sino más tarde y—es necesario confesarlo—causó un poco de estupor que se manifestó entre el elemento puramente turco, de los viejos creyentes. ¿Cómo? Aquel oficial extranjero se vanagloriaba de haber tenido aventuras con las mujeres circasianas y turcas! ¿Era posible? ¿Era creíble? Novela o fantasía, poco importa, aquellas galanterías no agradaron a todo el mundo. A los turcos no les gusta que se ocupen de sus mujeres.

Pero con el tiempo,—las costumbres, las concepciones se modifican aun en Turquía;—las susceptibilidades se hacían menos vivas, menos intransigentes, más razonadas, y además la educación literaria e intelectual francesa penetró más y más en las clases escogidas de la sociedad turca y las consecuencias se dejaron sentir. De este modo, hace ya mucho tiempo que Pierre Loti no tiene sino amigos entre los turcos, y cuando la guerra de los Balkanes, se reveló ante ellos como un Pierre Loti nuevo, que no se contentaba con cantar las gracias suaves y la poesía de las ciudades turcas, las costumbres apacibles de sus habitantes, sino que compartía la guerra con su pluma contra los enemigos de aquel pueblo que le mostraba amistad.

"La Turquía agonizante", de Pierre Loti, transformó en profunda gratitud el sentimiento de admiración que los turcos experimentaban simplemente hasta entonces por el ilustre escritor. Se proyectó entonces amueblar, a la vieja moda turca, una casa de madera, en un antiguo barrio de Constantinopla, invitándose a Loti a que fuera a pasar algunas semanas. Esto pasaba en 1913, después de la reocupación de Andrinópolis, libre de los búlgaros. Los lectores de nuestra revista no habrán olvidado las bellas páginas que el poeta francés envió desde aquella ciudad que lo tuvo como huésped de honor algunos días.

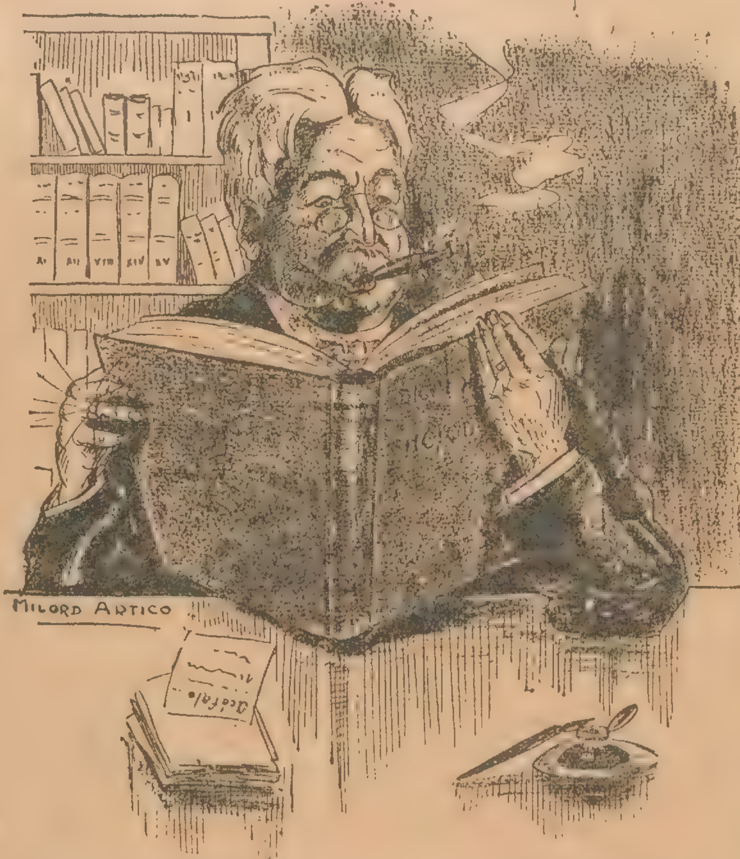
El conflicto mundial debió poner en ruda prueba la amistad particular entre turcos y franceses. Sin embargo, después del armisticio se ha sabido con alegría, con descanso, que Pierre Loti defendió a los turcos, no sólo contra los búlgaros y los griegos, sino contra la opinión de su país, justamente exasperado por cuatro años de guerra. El eco de su palabra llega a Constantinopla, debilitado por la distancia, detenido y transformado por la censura desconcertante y que bastó, sin embargo, para provocar un nuevo impulso de entusiasmo hacia el autor que osaba decir palabras que nadie quería escuchar. Se ingeniaron desde entonces a fin de dar una forma material al reconocimiento público para Loti; se proyectó construir una estatua, dedicarle una fuente que se construiría en el parque del viejo serrallo, quién sabe cuántas cosas más. Finalmente, un pequeño grupo de amigos y admiradores personales de Loti, a la cabeza de los cuales se encontraba Rechad Fouad Bey, nieto del gran Fouad Pachá, se fijó en una idea más sencilla, más práctica: la de hacer colocar una placa conmemorativa en una de las casas que ocupó Loti en Estambul. Loti dió su consentimiento al proyecto y la municipalidad de Constantiopla lo adoptó por unanimidad.

La casa está situada en la calle más populosa de Estambul, a un centenar de metros de la Columna Quemada, y próxima a uno de los rincones más característicos del Estambul turco. Una vieja mezquita que data de la época de la conquista, árboles corpulentos y seculares cubren con su sombra las tumbas, llenas de viejas inscripciones.

La casa pertenece a una familia de soldados, de oficiales; uno de ellos encontró la muerte en los Dardanelos; el otro sirve de guarda al Sultán. La arquitectura no tiene nada de particular ni es tampoco original. La placa, de mármol blanco que está sobre el pórtico, tiene dos metros de largo y en uno de sus extremos tiene graciosos ornamentos esculpidos, dibujados por el arquitecto Vedal Bey, para encuadrar el texto turco y el texto francés, superpuestos, esculpidos en relieve y dorados a la moda turca.

El día de la inauguración de la placa, el domingo 18 de julio, la casa fué empavesada con las banderas de Turquía y de Francia. El público, que fué apenas informado por una pequeña gacetilla en los periódicos, no concurrió en gran cantidad y la ceremonia tuvo más bien el carácter de una reunión íntima y cordial que el de una gran manifestación popular.

BENITO ESTUDIA ETIMOLOGIA, por Milord Artico



ACÉFALO: A, pref. grieg. negativo o privativo. Cephalos, cabeza. — Sin cabeza. || Anat. Cuerpo sin cabeza. || Comunidad sin jefe. || Amér. Lugar desamparado y sin gente...

—...Es decir, que en realidad, el presidente de la República efectivo soy yo, porque el Hombre hace rato que tiene amputado el cerebro...

Una medicina japonesa

Cálculos estomacales para curar a los niños

En el Japón existe un mercado de bezoares o cálculos del estómago de los animales. Según referencias del cónsul yanqui en Yokohama, los bezoares se emplean mucho como medicina, porque existe la creencia de que poseen eficaces propiedades para el tratamiento de las enfermedades de los niños.

En el mercado se clasifican las piedras, según su origen, en orientales y occidentales, suponiendo que las primeras tienen más virtud, y por lo tanto, son las que se venden más caras. Aunque las segundas no tienen tanta fama, como son más baratas, tienen mucha salida.

Su valor varía según la calidad, el tamaño y el color. Cuanto más grandes son y más fuerte tienen el color, más precio alcanzan. Las rotas y agrietadas cuestan la mitad que las perfectas. El precio más bajo suele ser de cuarenta "yen", o sea veinte pesos oro, y de ahí va subiendo según la calidad.

CLELIA

por Gontrán ELLAURI OBLIGADO

Especial para "Fray Mocho".

Fragmento de la novela histórico-correntina, del mismo título, que aparecerá en breve.

. . . .

. . . .

XXIII

Aquella tarde las súplicas de Clelia no tuvieron esa espontaneidad de otras veces: ese acento de convicción que van derecho al corazón y hacen surgir el manantial de indulgente ternura, dispuesta a perdonar...

Silvio movió tristemente la cabeza.

—El mal está hecho — dijo — y todas tus protestas, todas tus promesas no pueden repararlo. Tú misma has muerto la confianza que tenía en ti; y, aunque ahora jures, siempre pensaré: "Como me ha engañado una vez, me engañará otras". Desde el momento que he comprendido tu "proceder", ya no puedo creer en tu sinceridad.

¡Ah! — agregó con un acento de voz que hacía daño en oirlo. — Esto es todavía más doloroso que tu infidelidad; porque es horrible, horrible, para un hombre honrado, verse en la necesidad de dudar de la mujer en quien tenía puesta toda su fe, y sentir que cada día, que cada hora se va extinguiendo el amor que los unía...

Y si no, recuerda lo que decíate en uno de mis pobres versos, pero que tanto, tanto te agradaban:

"¿Sabes lo que es amor, amor profundo,
amor sublime, que jamás se olvida?...
¡Es la fusión en una sola vida
de dos almas errantes por el mundo!..."

Y tú, con tu "proceder", has menoscabado esa última ilusión mía, la más hermosa y más fecunda en bienes que he tenido. Pero, si por tal menoscabo ha de padecer alguien, no seré yo quien padezca, sino tú que fué la que asestó el golpe.

Creo — quiero así creerlo — que en todo lo acaecido no hay para mí la sombra de una injuria; mas, si ésta existiera, estoy dispuesto a perdonarla. Largo tiempo he estado recibiendo beneficios, ricas prendas y dádivas de amor, y bien puede permitírseme que trate siquiera de pagar la deuda contraída con un poco de nobleza que me sobra.

Y bien puedo mostrarme magnánimo; pues, de los personajes que figuran en este drama pequeño y sin ruido, soy el menos perdidoso, por más que parezcan desmentirme las apariencias... "El", a los ojos de casi todos, es el vencedor; yo, el vencido. Sin embargo, yo, el vencido, compadezco a mi adversario afortunado. Y no es mi soberbia la que habla. Cada vez que me encuentre por las calles y me vea frente a frente, ese hombre sentirá en lo más hondo la bofetada de la humillación, y echará sangre su orgullo. Lo traspasarán mil pensamientos amargos que caerán sobre su alma como gotas de veneno. Y cada vez que tú le mires o le sonrías amorosamente, pensará que para mí tuviste también sonrisas y miradas iguales; y, cuando en el vergel bien cultivado del amor abran las rosas de los besos, le sobrecogerá la certidumbre que esos besos también me prodigaste. Y conocerá la peor de las torturas: rabiar de impotencia, considerando que con todos los poderes, todos los títulos y todos los tesoros de la tierra, no alcanzaría a borrar de mi memoria y de mis labios la vaga huella de unos besos. Y, poco a poco, la sierpe de los celos irá en él creciendo y acibarándole el amor, hasta matarlo.

Como ves, nada tengo que envidiar al que, según las apariencias, me ha vencido. Ojalá disfrute de su triunfo... En mi alma no germinan deseos malos de venganzas futuras. ¿A qué he de perturbar la existencia de nadie, si todavía soy bastante joven y puedo reconstruirme otra ilusión, tal vez más hermosa y perdurable, en cuyo palacio encantado viva feliz? Todavía soy bastante joven y puedo mantener el corazón abierto a un ideal más puro, a una nueva esperanza.

Creo habértelo escrito también:

"¡Ay de aquel que no posea una flor de la hada de los ojos verdes!"...

Clelia, al oirle expresar así, intentó echar mimosamente sus brazos al cuello de Silvio; pero él la esquivó con displicencia. Entonces ella le interrogó con ansiedad:

—¡Cómo, Silvio!... ¿Es posible?... ¿No me amas ya?...

Y, dicho esto, se cubrió desesperada su bello rostro con las manos.

—¡Ah! — replicó él con amargura;— no me preguntes lo que siento hoy en mi alma... Sólo puedo decirte que siento que algo ha muerto en mi corazón, algo que no revivirá jamás, ¡jamás!—repitió con acento enronquecido por la pena que pugnaba en ocultar...

Clelia, entonces, quiso, en testimonio de su arrepentimiento, posar sus labios sobre los ojos de su amante. Pero éste, con un gesto de duda y desaliento, la rechazó nuevamente.

—No, — dijo — déjame... no te acerques... ¿No comprendes que en este momento me son odiosas tus caricias?... Aún tienes en tu cuerpo el perfume de ese hombre a quien, sin duda, se las habrás prodigado esta tarde...

—¡Silvio! — protestó Clelia. — Te aseguro que te engañas. Nada de lo que supones ha sucedido. Sí, es verdad que ayer encontré a Raúl, y en un momento de aturdimiento le prometí acompañarle hoy en su auto en un paseo a Vicente López, y habiéndoselo prometido, me pareció luego cruel, y hasta ridículo, no cumplir mi palabra. He ido, es cierto, a la cita, y mi única falta es habértelo ocultado; mas, durante este paseo, todo se ha reducido a recordar platónicamente el pasado. Confieso que no debí acceder al capricho de él, y te pido sincera y humildemente perdón. ¡Bien sabes tú, que sólo eres al que yo amo, y que a ti sólo pertenezco en cuerpo y alma!...

Silvio, al escuchar de Clelia este acto de contrición y verla llorar, estuvo a trueque de estrecharla, como otras veces, entre sus brazos, y... ¡hasta perdonarla!...; pero, cuando iba a hacer esto, vió, entre Clelia y él, interponerse la imagen del "otro", como para desmentir sus protestas y juramentos. Su pensamiento invenciblemente tornaba al camino a Vicente López: no podía menos de representarse la bella figura de su amante inclinándose hacia Raúl; la seductora mirada de sus hermosos ojos, prodigándole sus caricias, y comprendió que, a su pesar, esta aparición no podría desterrarla nunca de sí en la intimidad de la vida entre los dos... Esta reflexión mató de cuajo todo su enternecimiento.

Arrancóse, pues, con enojo de los brazos de Clelia, que ya lo aprisionaban; apartóla de sí con violencia de hombre herido en lo más hondo de su alma, y dirigiéndose hacia la puerta exclamó:

—¡Adiós!... ¡Ya todo ha concluído entre nosotros!...

Y se marchó sin escuchar las súplicas de Clelia, ni el ¡ay! doloroso que lanzara al desplomarse semidesvanecida sobre el verdiclaro "chaisse-longue", el mismo tantas veces testigo mudo de dos seres que se confundieron en un abrazo de infinita ternura; de la conjunción de dos bocas, cual sello, al parecer entonces irrompible, de aquel juramento de amor que formulara ella espontáneamente, en hora memorable, sobre la tumba de su madrecita, en una tarde melancólica de junio, a orillas del Paraná, allá en el cementerio de la poética capital correntina...

Pero bien dijo el poeta, el más conocedor sin duda del perverso corazón humano:

"¡Que promesas de mujer
es humo que lleva el viento!..."

. . . .

. . . .

Entretanto, la viuda melancólica del Día, colgando su argentada lámpara en el espacio, se aprestaba ya a su habitual paseo por la tierra: en la coqueta habitación, hasta hacía poco rato hermoso nido de un idilio, dos ojos negros de mujer destilaban lágrimas de dolor... y, afuera, un grupo de noctámbulos pasaban coreando alegremente la letra de uno de los tangos más en boga:

"Romántico bulincito,
cotorro de mis amores,
ya se esfumaron tus flores
desde que me abandonó..."

Y Clelia, vuelta en sí, haciendo suya quizás la tristeza de esa plebeya canción, exclamó con acento de intensa, desoladora amargura:

—¡Sí!... ¡Adiós ilusiones!... ¡adiós alegrías!...

¿Era que, percatándose de la enormidad de su falta, comprendió también que la resolución de Silvio sería inquebrantable y que, esta vez, la separación era para siempre... ¡para siempre!?...

¡Quién sabe!... Pero lo cierto fué que su alma frágil de mujer volvió a contraerse en los espasmos de la desesperación...

Y, poniéndose en pie, con la cabellera en desorden, latiéndole las sienes, exclamó paseándose nerviosamente, rabiosamente por la habitación:

—¡Ah, Herminia, Herminia!... ¿Por qué me escribirías esa carta?... ¿Por qué me aconsejaste a que lo "dejara" y a hacer lo que he hecho en un momento que maldeciré toda mi vida?... ¡Sí, maldito, maldito, maldito! — repitió muchas veces, desesperada. Y pronunciando, en una obsesión dolorosa, el nombre de su hermana, se arrojó nuevamente sobre el "chaisse-longue", llorando sin consuelo, como si todo el mundo de sus ensueños, de sus alegrías se deshiciera de súbito en la nada, cual una nebulosa sin forma...

¡Oh, ya no se mofaría, no, de aquellos versos que Silvio le mandara en un instante desolado de su alma:

"Hoy ya muerta la esperanza de mis días [de ventura,
bajo el frío de ese cielo de tus ojos sin [amor,
voy llevando por el mundo el pesar de mi [amargura
y rimando en mis canciones la tristeza y el [dolor...
Todo ha muerto, nada queda de esa mágica [ternura
que surgía halagadora de tus ojos con ful- [gor,
el recuerdo de esos días es tan sólo lo que [dura
y que aumenta inexorable de mis penas el [rigor..."

Y sin saber cómo, atenaceando su mente el recuerdo de "algo" que, también, le dijera su amante al alejarse: "Si pudieras asomarte a mi espíritu como quien se asoma a una ventana... verías entonces cómo y en qué poco tiempo aquel amor se fué cual una nube..." — palabras estas que habíansele estereotipado en su corazón como un puñal bien clavado hasta el puño... sí, ¡hasta el puño!... — musitó, inconscientemente, uno de los versos de aquella triste canción, objeto días antes de sus burlas:

"Todo ha muerto, nada queda de esa má- [gica ternura..."

Tornó a llorar amargamente, desoladamente, mientras oprimía sobre su seno, sobre su corazón el retrato de Silvio, a quien comprendía que esta vez lo había perdido para siempre...

Buenos Aires, octubre 1920.

Una vez más se va a intentar la ascensión a la cumbre del Everest, el pico más alto del Himalaya, y por consiguiente del mundo entero. La empresa la tiene en estudio una comisión compuesta de miembros de la Real Sociedad Geográfica de Londres y del Club Alpino de Inglaterra. Hasta ahora, la altura mayor que se ha alcanzado en el Himalaya es la de 7.350 metros, a que llegó el duque de los Abruzos, pero para llegar a la cumbre del Everest hay que subir 1.490 metros más, y muchos alpinistas experimentados juzgan imposible esta empresa.

La dificultad no está en la naturaleza del terreno, ni en lo penoso de la ascensión propiamente dicha. Desde este punto de vista, la gran cordillera asiática es mucho más accesible que los Alpes. El obstáculo principal consiste en la atmósfera rarificada, que resulta mucho más insoportable cuando se suma al ejercicio físico violento. El alpinista Mummery, uno de los más famosos montañeros, cuando quiso conquistar las cumbres del Himalaya, estableció un depósito o estación cerca de la cima del Monga Parbat, y allí pasó algún tiempo, reuniendo provisiones y aclimatando sus pulmones y su corazón a la atmósfera de las grandes alturas. En estas condiciones, la ascensión final parecía una cosa sencilla, pero al acometer la gran cumbre, sucumbió.

VIAJE INUTIL



El operario a quien han mandado a llamar para que arreglara el timbre:
—No hay nadie en la casa. He llamado cuatro veces y no responden.

UN HIJO DE ADAN



—Es usted hijo de Adán? La verdad es que se parecen muy poco.
—Tal vez es porque vestimos de distinta manera.

Epistolario de un diarista

por Martín BERNAL

Florezcan mis recuerdos de diarista en homenaje a mis colegas de raza, por el romance heroico que esculpieron entre los claros de luna de la noche pampa y el malón de sus caudillos.

Que un milagro de arte resplandezca en ti alguna vez. Que él inspire tus recuerdos. Aquellos que nacen de tu hombría, en una hora del destino.

Recógelos en el vuelo de los cantares íntimos. Ellos te prolongarán en el tiempo y en la vida como una epopeya.

Pocos son mis recuerdos de diarista. Nadie mejor que yo para recogerlos amorosamente. Pertenecen a mi periodismo metropolitano. Nada le aportaba a éste del periódico de campaña, cuya vida precaria, es un reflejo del localismo retardatario. Nací en él, por mis ensayos literarios. Pero sin ese entusiasmo jubiloso, vehemente, que irradia de la vocación que se abre paso.

Yo diría que por una intuición secreta, sentía ya la incompatibilidad, que existía, entre mis ideas nacientes y la publicación versátil y mercenaria.

Sin embargo, he sentido un fervor inmenso por el periodismo combatiente y civilizador de Mitre y Sarmiento.

Me enorgullezco de haber pasado por una altísima tribuna de los pueblos del Plata: "El Tiempo", de Carlos Vega Belgrano.

Ilustre director de "El Tiempo":

Mi colega de raza—iba a deciros—pero vuestra pluma ha vibrado infinitamente más lejos que la mía, en la cultura argentina.

Os ofrendo esta página, porque yo he florecido en vuestra cátedra.

Os brindo esta página, por vuestra palabra alentadora y prometedora, para los que llegábamos a vuestro diario.

Yo la he oído fervorosamente.

Por ella, palabra que escuchábamos con respetuosidad y hombría, porque vuestros mejores oyentes éramos muchachos y éramos poetas.

Evaristo Carriego y yo, éramos dos muchachos de la tierra gaucha, que os queríamos, don Carlos.

Evaristo Carriego y yo, éramos de una tierra brava, que reñíamos en Buenos Aires, por un simple fervor de nuestra alma gaucha.

Poeta de mi raza:

Mi alma gaucha vuela, otra vez, pampa afuera.

Tu compañero y amigo, no quisiera morir en la ciudad invadida.

Vuelvo mi memoria a vuestro diario "El Tiempo", don Carlos. Revivo vuestro primer recibimiento cordial en él. Esa tarde, me sentía célebre en las calles de Buenos Aires, porque vuestro gran diario, me acogía en su primera página del día.

Vuestro diario se fué. Parece mentira. Pero se fué.

Moría, también, el muchacho de la tierra brava. Moría, porque lo creían viejo, porque no sabía inventar una mentira periodística, como le ocurrió en "El País", en las dos horas que estuvo en él. O moría, porque acababa de perder la última tribuna.

Alma gaucha de mi raza:

Yo he plantado en tu tierra brava, cuando nadie araba en ella. Planté "El Demócrata". Un periódico de un muchacho lleno de hombría. Un periódico que se parecía a tu anagnosia. Que no decía nada, porque era la voz de un niño. Un periódico que no floreció, porque en esa hora sólo florecían los matones.

Alma gaucha de mi raza:

Yo he plantado en tu tierra brava cuando nadie araba en ella. Planté "El Demócrata". Mi primer tribuna. El lector más vehemente de "El Demócrata" era mi padre.

Mi pueblo lo alentaba.

Buenos Aires:

Tu redactor viajero de un día, fué un diarista, que ha peleado por ti y por un libro de su juventud, como peleaba cuando era niño por un ramo de violetas!

Ha peleado con los caudillos, pampa afuera.

Te presenta aquel intendente de la campaña, que profanaba el libro artístico que llevaba tu redactor viajero, Buenos Aires, preguntando si él le serviría para redactar ordenanzas municipales...

Nunca se ha reído tanto en su vida tu redactor viajero, como ese día en el pueblo de Ayacucho.

Fué su venganza.

ELOGIO DEL PAN A 0,90 EL KILO, por Tristán Babuna



"El velo de las fulgurantes probidades resulta demasiado transparente."

El perro que habla

por Lucien WAHL

Sabemos que los pericos y papagayos pronuncian frases inteligibles y no me siento muy seguro de que algunas veces no las comprendan; los cuervos y otros pájaros pueden articular a la manera del hombre; ¿pero los perros? Un periódico que se llama "Zoologischer Anzeiger", publica un artículo de Herr Ziegler, profesor de zoología y de anatomía comparada en la Universidad de Stuttgart, exponiendo nuevas observaciones muy curiosas.

Es seguro que los caballos de Elberfeld y el perro de Mannheim son capaces por su propia razón de leer y de calcular. Todo el mundo conoce las páginas de Maeterlinck sobre los famosos caballos... Se las recomendamos al lector, sencillamente para volver a la educación que Herr Ziegler ha dado a un perro alumno suyo, con el que desde los catorce meses comenzó a trabajar diez minutos por día. Mira a su maestro, que le explica los números con sus dedos, contando en alta voz mientras que el perro da golpes con su pata.

Herr Ziegler le ha enseñado también las letras, y el animal—cuyo nombre es el de Sepp—habla golpeando con la pata determinado número de veces, según el orden de las letras que componen las palabras pensadas por él. Algunas veces responde de una manera extraña, lo que no significa que sea demasiado animal.

M. Georges Bohn nos dice a propósito del artículo de Herr Ziegler:

"Ziegler muestra al perro, y sin que lo sepa la señorita Moeckel, un dibujo en el que figuran gallinas negras. Interrogado, responde: "No me satisfacen los animales negros en dibujo, y lleva usted todo el día perdiendo el tiempo en pintarlos." Por medio de esta grosería, el perro ha manifestado su mal humor porque los invitados se aprestaban a tomar el café con pastas, sin convidarle. "Yo no sé si el lector se ha convencido; por mi parte, sigo siendo escéptico. Esos perros razonan exactamente como los seres humanos; aun puede decirse que tienen el sentimiento de lo cómico."

Todo el mundo ha podido notar que en numerosos casos—M. Hachet-Souplet lo ha precisado mediante experimentos,—los animales que viven en contacto permanente con el hombre, razonan como seres humanos. En cuanto al sentimiento de lo cómico es indudable entre las bestias, y nadie ignora que los gatos y los perros se ocultan para sorprender a sus amos, fingen que van a morderlos, etc.

Por otra parte, los animales parecen experimentar las mismas sensaciones que nosotros, como las del tacto, olfato, gusto, visión y oído. El doctor Toulouse, que ha escrito esa observación en su libro "Para pensar y obrar", agrega que el perro parece tener una vida psíquica superior o semejante a la nuestra; "Formula juicios, por ejemplo, cuando aprecia las distancias, las dimensiones y las relaciones entre causa y efecto."

¿Pero y el lenguaje verbal? El mismo biólogo nos dice: "Ciertamente, ese lenguaje, y por consiguiente el pensamiento por imágenes verbales, es un modo de pensamiento humano. No todos los hombres le poseen; un sordomudo analfabeto no tiene a su disposición ninguna imagen verbal, ni visual, ni auditiva, ni motriz. ¿Es por esto incapaz de pensar? Evidentemente, no..." Y más adelante agrega: "Si un día el animal fuera capaz de comunicarse con nosotros—y esto no es improbable, porque lo que hace parece más difícil que hablar,—la moral sufriría un enorme cambio."

M. Mac Orlan, en su obra "La Bestia Conquistadora", se imagina que los animales, después de aprender a hablar y de ser educados, desempeñan funciones de burócratas, de médicos, etc., etc., y que acaban por mandar a los hombres, los cuales terminan ocupando el lugar que hoy tienen los animales; el fin de esta historia es optimista.

¿Pero el perro y el gato no hablan? No el lenguaje de los hombres, pero si tienen su vocabulario, pues no ladran ni maúllan de la misma manera en circunstancias diferentes, y, en cambio, en circunstancias análogas se repiten siempre.

Herr Ziegler no nos dice si Sepp puede servir de intérprete entre un hombre y un perro.

La cirugía del primitivo azteca

El museo de historia natural de los Estados Unidos ha encontrado las huellas del tratamiento quirúrgico de los aborígenes entre las ruinas de los pueblos aztecas de Nuevo México, y se basa para ello en el hallazgo del esqueleto de una mujer de 20 años, el cual revela las huellas de una herida y el correspondiente tratamiento quirúrgico empleado.

El señor Earl H. Morris, que es el descubridor, encontró además que los restos estaban en el piso de la gruta y entre las capas de tierra un pedazo de vestido de algodón, un manto y un petate.

La cadera izquierda estaba completamente dañada, y el antebrazo izquierdo mostraba dos roturas y una dislocación en la extremidad.

"Seis tablillas al menos rodeaban al brazo roto—escribe Morris,—las dos más arriba fueron quitadas para ver mejor la región interna, y si se piensa que existieran dos o tres más ocultas por la tierra no removida, el número de tablillas asciende a ocho o nueve. Estas son de madera, de siete pulgadas de largo por término medio, media de diámetro y un tres diez y seis avos de pulgada en espesor. Tienen un trazado uniforme en toda su extensión y en forma adecuada. Tienen en el interior una superficie plana y curvilínea en la parte de afuera.

"Del estado de este esqueleto puede concluirse que el tratamiento de la fractura de la pelvis fué más allá de la cirugía primitiva. El tratamiento del brazo roto, sin embargo, estaba dentro de su competencia. Como sobrevino la muerte antes de que transcurriera el tiempo requerido para la curación, hay que poner en duda la destreza del cirujano."

La dislocación de los huesos en los puntos de fractura no permite conocer con precisión el método empleado.

Existe la probabilidad de que la separación ocurriera después de la muerte. El cuerpo fué reclinado sobre el lado izquierdo cuando fué depositado, y en el curso de desintegración de las partes blandas esta posición mantenía las extremidades de las costillas separadas en cuatro o cinco pulgadas del esternón.

Pero cualquiera que sea la consideración que se haga sobre el particular, tenemos que llegar a esta conclusión, dice el señor Morris: "el practicante de la edad de piedra sabe ya emplear tablillas en el tratamiento quirúrgico".

Es un hecho bien conocido que las vibraciones y oscilaciones de la superficie del mercurio perjudican a los instrumentos con los cuales se deben tomar medidas exactas. El profesor Mr. Stilmman acaba de escribir un artículo en "The Scientific Papers of the U. S. Bureau of Standards", indicando un procedimiento destinado a amortiguar esas oscilaciones. Consiste en un campo magnético poderoso en el que las líneas de fuerza son perpendiculares a la columna de mercurio observada. En ese caso, el desplazamiento del mercurio tiende a producir corrientes que se oponen y anulan el movimiento. El efecto es más marcado en los recipientes metálicos que en los tubos de vidrio, debido a la menor resistencia de la envoltura a las corrientes inducidas. Este dispositivo facilitará las mediciones de las columnas de mercurio en el caso en que el soporte no sea estable, por ejemplo, en las operaciones hechas en el mar.

Sonetos de Félix E. Etcheverry traducidos al alemán

El conocido intelectual, profesor don Robert Lehmann-Nitsche, autor de notables trabajos sobre antropología y muy considerado en los círculos universitarios de Buenos Aires y La Plata, ha traducido al alemán las poesías de nuestro distinguido colaborador señor Félix E. Etcheverry, que insertamos a continuación y que, según juicios de personas conocedoras de la lengua germánica, representan una felicísima versión al idioma de referencia.

La agonía del poniente

I

Mientras gime la brisa su doliente
Sinfonía de rima quejumbrosa,
La tarde taciturna se arreboza
Con las plomizas nubes de occidente.

Apenas se oye el chorro de la fuente;
Y al besar el cadáver de una rosa,
En burbujas intrépidas solloza
Y se escurre, después, serenamente...

En su plena apoteosis de fulgores
Deja el sol en el alma de las flores
Sus fecundas caricias vibradoras,

Y en ese ambiente de églogas sencillas
Teje la eternidad viejas puntillas
Con el hilo intangible de las horas!

Dämmerung

Des Windes Brise klagt vor Schmerzon schnelle
In Beimen ihre Symphonienmythe,
Derweil der Abend still, wie Riesenhüte
Stülpt über sich bleigraue Wolkenbälle.

Kaum hört man noch das Riesellied der Quelle,
Sie küsst den Leib der welken Pampablüte,
Ihr Tropfenrhymus schluchzend sich versprühte,
Verliert sich schüchtern dann als blinke Welle...

Verklärt im vollen Glanze seiner Gluten
Lässt in der Blumen Seele zitternd fluten
Der Sonnenheros seine brünst'gen Strahlen;

Und wenn die Hirten singen schlicht zur Leier,
Webt Ewigkeit die reichsten Spitzenschleier
Aus unfassbarer Stunden flücht'gen Zahlen.

La agonía del poniente

II

Se fatigan las luces del ocaso
En su afán de animar los panoramas,
Y revuela el olor de las retamas
Sobre el verde infinito del ribazo.

Adquiere suavidades de albo raso
El volcado fulgor entre las ramas,
Salpicando con límpidas escamas
Las castas margaritas a su paso.

Echa al aire una esquila sus tañidos
Añorando en repiques doloridos
Los halagos de pródigas auroras.

Y la tarde, cual triste penitente,
Abre y cierra la puerta del poniente
Al isócrono paso de las horas...

Des Abends Todeskampf

Der Dämm'rung Lichter mühesam sich quälen
Das weite Panorama zu beleben,
Die Düfte der Retamablüten schweben
Den Flug von Ufers Grün hinaus zu wählen.

Ein mildes Weiss sieht man herein sich stehlen,
Mit mattem Glanz die Zweige sich verweben,
Und helle Spritzer Lichtes huschend streben
Den zarten Blüten keusch sich zu vermählen.

Der Herde Glöckchen hört man leise klingen,
Mit ihrem Tönen wehmutsvoll besingen
Der Morgenröte Pracht die nun geschwunden;

Und wie ein Büsser still an heil'gem Orte;
Schliesst auf und zu die Nacht des Westens Pforte
Dem ewig gleich geschwinden Schritt der Stunden!

Ver "Fray Mocho", N.º 437, septiembre 7 de 1920.

Novela Nacional

Con el título que precede, ha sido fundada una nueva revista semanal, de índole literaria, destinada a difundir seleccionadas producciones intelectuales, de autores de prestigio.

El primer número de dicha publicación dió a conocer un interesante cuento original del escritor argentino Juan Carlos Dávalos, y el que habrá de ponerse hoy en venta contendrá una sensacional novela damática del conocido autor hispano José López Silva.

A juzgar por la buena aceptación dispensada al primer ejemplar del nuevo colega, no es aventurado predecir que obtendrá un franco éxito en la empresa acometida.

PIPIRÍ SE ENOJA



—¡Cha, digo! ¡Quieren que me limpie los dientes, precisamente antes de ir al dentista para que me los saque!

La gitanilla, por Raúl PUETA

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Anda con los lobos, tus parientes!

Y los perros aullaban furiosos. Sus ladridos no eran más crueles que las exclamaciones de la mala mujer.

La gitanilla sonrió. Contraer la boca es un gesto muy fácil: está al alcance de todos.

—¡La buenaventura! ¡La buenaventura!

Los gritos resultaban irónicos.

Entre el movimiento febril de las grandes ciudades, el grito un tanto romántico de una gitanilla pregonando la suerte, parece un anacronismo.

El rojo del vestido de bordes acuchillados por el uso; las vueltas innúmeras de un collar de grandes cuentas; suelto el cabello de azabache; la tez morena y los ojos negros; la boca torcida en eterna risa sin poder desterrar empero, el pronunciado fruncimiento del ceño adusto, todos esos signos de egipcia belleza y de fantástico vestir, hacen aparecer a la gitanilla de este cuento como recién salida de la pomposa Corte de los Milagros...

El mago de Egipto, el pisaverde de Cartago y el rey de Túnez esperan tu vuelta... ¡No tardes, gitanilla! Trae pronto el producto de tu buena suerte, de tus mentiras piadosas, de tu risa de oro...

No robas todavía: eres muy pequeña. El buen rey Luis te estampará su flor... y Carlos de Borgoña te hará un lindo nudo...

Deja al mago de Egipto. que robe el bolso plateado de la linda marquesa; deja al rey de Túnez, que arranque los bellos doblones de algún caballero, que tendido quedó en lo espeso del bosque por la dama de sus pensamientos.... ¡Déjalos!... Tú eres muy pequeña, gitanilla mía... Ríe solamente, ríe siempre...

¡Vana ilusión! Ahora, las buenas paisanas no escuchan ya tus cantos. Ahora... ya no hay princesitas azules que muy en secreto, gozosas de sus picardías te hacían pasar por el laberinto de los corredores de sus grandes palacios, hasta el lejano gabinetito de rosa... Allí, te enseñaban sus manos, por cuyas líneas hacías correr lo fértil de tu fantasía... Y tú exclamabas:

—¡Te ama tu príncipe! ¡Te ama, y desde la guerra donde lucha con sus migueletes... te envía sus besos!

¡No sueñes más, gitanilla! ¡Despierta! ¿No oyes acaso los ladridos de los perros y las injurias de los hombres?

Hoy, no te conducirán prisionera hasta la Torre del Silencio guardada por alabarderos; hoy, no levantarán la hoguera en la Plaza Mayor del Buen Pueblo de Cristo, para quemar tus fábulas y acallar tus idolatrías; hoy, no te harán nada de eso, pero te harán algo peor: te escupirán.

¡Despierta, pues! Arroja de tu cuerpo esos grotescos harapos, esas lentejuelas multicolores, esos collares ridículos. Vístete como todos; di lo que dicen todos; ríe de lo que ríen todos... y serás feliz. Pero antes, antes de hundir tu vieja existencia y levantar la nueva, antes de que mueran todas tus cosas, todas tus mentiras, toda tu risa de oro, canta por última vez tu antiguo canto, canta que yo también cantaré contigo y echaré una lágrima sobre tu mágico canto:

¡La buenaventura! ¡La buenaventura!

UN HOMBRE DESGRACIADO



El prisionero, condenado a tres años de cárcel, es puesto en libertad a los dos años. — ¿Cómo me arreglaré ahora, señor? ¡Yo que había alquilado mi casa por tres años!

El ozono y el peróxido de nitrógeno

En el desarrollo de la ciencia, se han cometido y se cometen errores que después aparecen como apreciaciones inexactas cuando se realiza un nuevo descubrimiento. Esto ha tenido lugar con el ozono, que generalmente se consideraba como un gas vivificante que causa frescura y vigor en el aire libre; pero el doctor Moore ha demostrado satisfactoriamente que lo que se consideraba como ozono, que solamente se encuentra a grandes alturas no menores de cinco millas, es peróxido de nitrógeno.

Se creía que el peróxido de nitrógeno es producido por la electricidad de los truenos de las tempestades; pero se ha descubierto que la luz intensa es el verdadero agente. Se encuentra que la lluvia y el rocío siempre contienen esta substancia, de manera que si deja en reposo el agua de estas formas, se oxida en la forma de nitrato, y si se pone éste bajo la influencia de la luz nuevamente, se convierte en peróxido.

Por medio de una poderosa luz de mercurio, se puede producir peróxido de nitrógeno en un laboratorio. Dicho gas se está empleando en los principales hospitales de Londres, como un desinfectante para los dormitorios, y para limpiar los pasajes nasales. Como es bien sabido, el sol es un poderoso desinfectante; ahora se sabe que genera esta propiedad en el peróxido de nitrógeno.

El doctor Moore hizo sus experimentos en el aire libre del campo, por medio de soluciones químicas que absorben ozono y peróxido de nitrógeno. Encontró presente a éste, pero no al primero, confirmando así el descubrimiento de lord Rayleigh, quien, proyectando un rayo de luz en un valle y fotografiando el espectro, encontró que el ozono no estaba presente.

A. ALDANA.

Un Gorki inglés

por Angel GUERRA

Uno de los temperamentos más originales entre los nuevos novelistas ingleses es, sin duda, Arthur Morrison, el autor de "Tales of mean Streets", libro que al publicarse fué por unos tan discutido y por otros tan admirado. Hay quien llamó a Morrison el Guy de Maupassant británico.

Existe, a no dudar, cierto parentesco, no sólo por el carácter de la obra, sino también por la intensidad espiritual de la misma. Pero en la comparación de ambos escritores hay que establecer la relación de maestro y discípulo.

También se le ha comparado a Gorki, y, en efecto, por la índole de los asuntos que han servido de tema a los cuentos y a las novelas de Morrison, se encuentra entre ellos una analogía bien marcada.

La primera obra de Morrison, que fué una verdadera revelación y le conquistó una reputación enorme, fué el tomo de "Cuentos de las calles bajas". Evocaba en aquellas páginas toda la miseria y el embrutecimiento de las gentes del East-End, el barrio pobre de Londres, que también han descrito, en sus diversos aspectos, otros dos grandes escritores, como Jack London y el judío Israel Zangwill.

¿Cómo es ese barrio londinense?

Morrison lo presenta en estos términos:

"Está allá, cerca de Cornhill, al fondo de Leadenhall Street y detrás de Aldgate Pump, dirá uno; un barrio horrible, adonde fuí un día en compañía de un vicario; un siniestro manojo de callejas en que hormiguean formas humanas, donde hombres y mujeres de una suciedad repugnante viven de una ración de ginebra, donde la ropa blanca es un lujo desconocido, donde cada ciudadano muestra un cardenal sobre los ojos y donde nadie ha peinado jamás los cabellos.

El East-End, dirá otro, es un territorio abandonado a los obreros sin trabajo, y los obreros sin trabajo son una raza que tiene por emblema una pipa de barro y por enemigo principal el jabón. De vez en vez, ella se traslada en masa a Hyde Park, con estandartes, y proporciona a los puestos de policía cercanos una fuerte provisión de borrachos alborotadores."

¿Cómo es la calle que ha elegido el novelista?

Así la describe:

"Nadie ríe en ella; la vida allí es demasiado seria. Nadie canta. Cuando un rayo de amor baja a cualquier rincón de la calle, ese rayo baja demasiado pronto en la vida, y no es más que un rayo muy brumoso. Baja demasiado pronto, porque él es la sola cosa un poco brillante que la calle haya visto, y por eso se le espera y se le llama con impaciencia. Muchachos y muchachas van de un lado para otro, torpemente, del brazo. Se "hacen compañía" a la manera indígena. Allí no hay cambio de promesas, ni compromisos, ni siquiera palabras de amor. La pareja marcha, a lo largo de la calle, casi siempre en silencio. Y el amor es una cosa triste en esa calle, si se le compara con el amor en otros lugares. Comienza demasiado pronto y acaba demasiado pronto también."

Ese es el escenario que Morrison ha elegido para sus cuentos y novelas. El los ha estudiado "d'après-nature" con una escrupulosidad de detalles y un espíritu de observación ciertamente admirables. No fué más escrupuloso ni más detallista Zola al componer las páginas tabernarias de L'Assommoir".

En ese escenario coloca sus personajes, héroes de blusa y de andrajos. Son "dockers", obreros de la fábrica del gas próxima, trabajadores de los pequeños astilleros que se alzan en las orillas del Támesis.

La vida de ellos, en la miseria y la suciedad de los tugurios que habitan, es una espantosa tragedia. Y el escritor la narra con una sencillez y una veracidad impecables, pero al mismo tiempo, sin gritos y sin frases elocuentes, con un poder de emoción dramática prodigiosamente desbordada.

Aun ha extremado el realismo y el colorido sensacional en las páginas de su novela "Un hijo del Yago". La visión es más amplia, el sabor que exprime mucho más amargo.

El Yago es una especie de patio de Monipodio. Es el vertedero humano, la casa de vecindad enorme, la ciudadela de seres racionales como un inmenso corral de bestias. Los obreros de los docks y de los astilleros han sido sustituídos por otros seres más repulsivos, de más repugnante condición moral y social. Se vive allí, no del trabajo, sino del hurto, sin ley moral y sin someterse a freno de ninguna clase.

El novelista, al evocar la realidad que ha visto y que indirectamente ha vivido, no omite detalle alguno, por repugnante que sea, sin miedo al escándalo, para permanecer fiel a la verdad. Así, nos entretiene con escenas de robos, de borracheras, de depravación. Hay escenas de una brutalidad trágica, pero también de una misericordia infinita, como es la muerte de los niños en la miseria y en el abandono.

También es un niño el protagonista de su novela, aquel desventurado Dicky Perrot, que recuerda el Olivier Twist, del maestro Dickens.

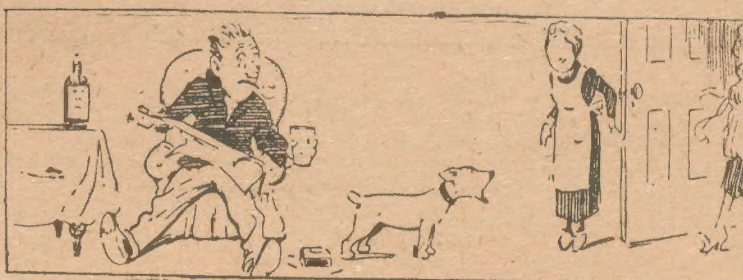
El pobre héroe de Morrison, el pequeño Dicky, es, al comienzo de la novela, un niño de ocho años. En el hogar familiar se vive del robo y se vive miserablemente. ¿Qué ha de hacer él? Seguir el mismo camino. Cierto que es un camino de perdición y sin redención, que fatalmente lleva a la cárcel, al patíbulo o a la muerte. Pero no hay otros en aquel barrio y en aquel patio de Yago para elegir.

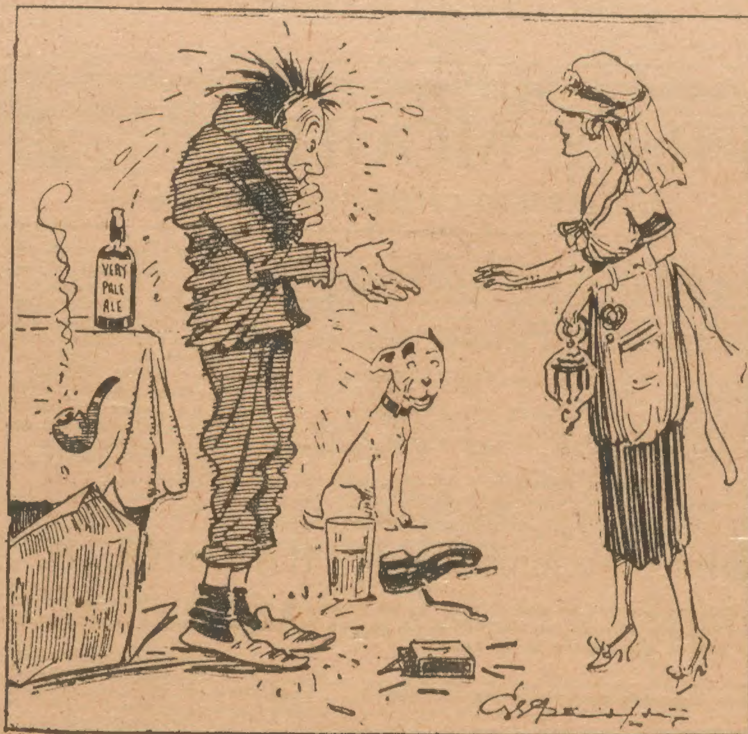
Y roba. Siente vagos remordimientos; pero pronto se disipan en su obscura conciencia.

Cuando su padre está preso, el mantiene a la madre con el producto de sus rapiñas. Dicky Perrot es un hombre. En medio de una pelea, al fin, recibió un golpe mortal. Era el destino. Se libró de la cárcel; pero su única liberación del camino del mal la encontró en la muerte.

La obra de Morrison es cruda por su realismo exagerado, cruel por la miseria y la depravación que nos describe. Pero hay en ella un fondo de piedad y de ejemplarización moral. Cree que es mejor enseñar al público la horrenda llaga para que sienta con el asco el escozor del remordimiento, que no ocultarla para no perturbar el impecable egoísmo de los espíritus sin misericordia.

LOS PEORES MOMENTOS DE LA VIDA





Cuando la novia nos sorprende demasiado "negligé".

PARA LA GENTE DE CAMPO

¿Qué significa una cosecha de maíz extraordinaria?

Un rendimiento de 113 hectolitros de maíz desgranado, por hectárea, de un campo de 35 hectáreas, fué la cosecha que un agricultor obtuvo el año pasado. ¿Cómo consiguió esto? Simplemente, sembrando semilla buena de un alto tanto por ciento de germinación en la prueba, en un terreno bien preparado, cuando el suelo estaba lo suficiente caliente para favorecer la rápida germinación de la semilla, y por los cultivos frecuentes y superficiales hasta el tiempo de cosechar. Su terreno estaba bien drenado y además era fértil a causa de la práctica de una rotación eficiente y de tener bastante ganado que se alimentaba con los productos de la hacienda, disponiendo como era natural del estiércol resultante.

Doblar el rendimiento por hectárea, producir una cosecha mayor en un área más pequeña, reducir los gastos de trabajo en producir y cosechar el maíz por métodos intensivos y eliminar los sistemas inferiores de producción y métodos de manejo, debe ser la aspiración de todo cultivador de granos. La selección y siembra de buena semilla es de gran importancia. La semilla de maíz que cueste $ 15 por hectolitro, si aumenta el rendimiento sólo 10 ó 20 por ciento, es una de las mejores compras que el agricultor puede hacer. El coger maíz para semilla al azar, directamente del arcón al tiempo de sembrar, sin hacer anualmente un ensayo de germinación para averiguar si el maíz es de variedad lucrativa, disminuye los posibles rendimientos en los campos que se adaptan para producir grandes cosechas.

Los ensayos de producción han demostrado repetidamente que el maíz para semilla, seleccionado en el campo al tiempo de cosechar, rendirá de 14 a 17 hectolitros más por hectárea que la semilla escogida del granero, mientras que las mazorcas de maíz para semilla cogidas de una parcela sembrada especialmente para este objeto, lo cual se debe hacer en toda hacienda grande, generalmente da un rendimiento de 15 a 16 por ciento mayor que el maíz seleccionado en el campo. Cualquier agricultor puede comprar alguna semilla de primera clase y sembrarla en un pedazo de terreno fértil, bien preparado, cerca de su residencia y de esta parcela obtener el maíz para semilla que necesita para la siembra del año siguiente. Es un medio poco costoso y eficaz para mejorar el rendimiento del maíz.

DE LA VIDA INTENSA



Un modo de reservarse el asiento.

Al comprar maíz para semilla es necesario poner una atención especial a la productibilidad y adaptabilidad al suelo y clima donde se cultiva. Puesto que con un hectolitro de semilla se puede sembrar de 6 a 7 hectáreas, si la semilla es de calidad superior, lo cual aumentará el rendimiento ordinario en cuatro hectolitros por hectárea, cada hectolitro de buen maíz para semilla sembrado en la primavera añadirá unos 25 hectolitros más a la cosecha que se recoge en el otoño. Toda la semilla debe someterse al ensayo de germinación antes de sembrarla, y la semilla que no germine por lo menos el 90 por ciento se debe rechazar.

Muchos agricultores no preparan bien el terreno para la siembra del maíz. Frecuentemente, el pasar la grada una o dos veces más significa una diferencia de 2 a 4 hectolitros por hectárea al tiempo de cosechar. En algunas secciones, la labor que se hace en el otoño es mejor, mientras que en otras la labor de primavera da buenos resultados. Lo principal es arar una pulgada más profundo cada vez y formar bien el caballón en vez de voltear completamente la tierra como hacen muchos labradores. Es esencial gradar por la tarde lo que se ha arado en el día, a fin de conservar la humedad. Una grada de discos de doble acción es un instrumento muy bueno para preparar el suelo para maíz, pues aunque es de tiro pesado pone al suelo en buena condición en una o dos operaciones.

Un rodillo para pulverizar el suelo es un instrumento eficiente para pasarlo por el campo de maíz después que se ha sembrado, a fin de hacer subir la humedad del suelo a la superficie y también para formar una cobertera de tierra y de este modo impedir la evaporación. Si no se puede disponer de tal instrumento, se usará un desyerbador para deshacer los terrones y cubrir la semilla que no haya sido cubierta por la sembradora. Luego que el maíz tenga 8 cm. de alto, se debe empezar el cultivo con una cultivadora de asiento, el cual se continuará tan frecuente como se pueda hasta que se recoja la cosecha. Es necesario cultivar el maíz tan pronto como sea posible después de cada lluvia y conservar el suelo bien suelto durante el período de desarrollo. Los dos primeros cultivos se deben dar a 10 cm. de profundidad, pero después éstos serán más superficiales, esto es, 5 cm. de profundidad, a fin de no cortar o dañar las raíces del maíz que empiezan a desarrollarse 8 ó 10 cm. debajo de la superficie.

Cuando se ha desarrollado el maíz al punto de que no puede usarse una cultivadora de asiento, se debe emplear entonces una cultivadora de grada de un caballo para mantener el suelo suelto. Un hombre con un buen caballo puede cultivar de 3 a 4 hectáreas, diariamente, con uno de estos instrumentos. Todos los mejores agricultores reconocen el valor de estos instrumentos para usarlos en los sembrados de maíz. Una cosecha de maíz extraordinaria significa un trabajo persistente en el cultivo desde que se siembra la semilla hasta que la planta ha alcanzado su completo desarrollo. El cultivo impide el desarrollo de las malas hierbas y conserva la humedad del suelo por medio de una superficie mullida.

Ocurren muchos desperdicios en el cultivo del maíz. Donde se siembra la semilla muy espesa a causa de la fertilidad del terreno, ocurre un desperdicio de semilla. En los campos que no son resembrados, a fin de remediar el daño causado por las aves y gusanos al destruir la semilla, habrá sitios sin plantas y el terreno nada producirá. Nunca se debe dejar terreno en los extremos del campo para dar la vuelta, pues esto no es otra cosa que un desperdicio del terreno como también lo es los árboles en el campo o las fajas de terreno a lo largo de las cercas. Los caminos a través del campo representan un desperdicio de terreno fértil. Una cosecha extraordinaria significa la eliminación de desperdicios y del costo de producción inútiles, significa la continua práctica del trabajo de rutina desde la siembra a la cosecha, significa una buena estación normal no alterada por las sequías excesivas o por demasiada lluvia. Significa experiencia y competencia por parte del agricultor para producir la cosecha.

George H. DACY.

FRAY MOCHO — SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre . .	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre. .	$ 3.00
Semestre . .	„ 5.00			Semestre. .	„ 6.00
Año.	„ 9.00	Semestre. „ „	4.00	Año. . . .	„ 11.00
N.° suelto .	20 cts.			N.° suelto .	25 cts.
N.° atrasado.	40 „	Año. . . „ „	8.00	N.° atrasado.	50 „

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Administración: PASEO COLON, 1266
U. T. 184, Avenida

A los coleccionistas de "FRAY MOCHO"

Habiendo sufrido un alza el valor de los materiales empleados en las tapas para la encuadernación de los ejemplares de nuestra revista, anotamos a continuación los precios que regirán en lo sucesivo:

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. . . . . . cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico. . . . . . . „ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande. . . . . . „ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico. . . . . . . „ „	„ 6.—	1.50

LA ADMINISTRACION.

MINUÉ

Compuesto por C. Reinecke

Arreglo de Pablo Gallico

Moderato

Piano.

p con grazia

f

mf

marcato il basso

più f

dim. e ritard

a tempo

p

f

mf

PEÑA-PLATA

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE 1864

El gran aperitivo nacional

Más de medio siglo de elaboración es circunstancia suficiente para llevar un producto al sumum de la perfección y de la eficacia.

La **HESPERIDINA BAGLEY** tiene como base de su sólido prestigio esa enorme suma de labor que importa, por sí sola, el más alto nivel del crédito industrial; y basta tomar una copa de este insuperable aperitivo, antes de cada comida, para comprobar prácticamente su excelente calidad y la superioridad evidente que posee sobre toda la producción similar.



HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL